

deficiencia del receptor, unida a las múltiples ondas que lo circundan, impide la consumación de nuestros propósitos. Si el instrumento de intercambio permanece absorto en las preocupaciones de la lucha común, es difícil establecer la preponderancia de nuestros deseos.

La mente humana atrae ondas de fuerza, que varían de acuerdo con las emisiones que caracterizan sus actividades. En el aparato mediúmnico, ese fenómeno es más vivo. Por la sensibilidad que marca las facultades registradoras, el médium proyecta energías en busca de nuestro campo de acción y las recibe de nuestra esfera con intensidad indescriptible.

Calculen, pues, los obstáculos naturales que cercenan nuestras intenciones. Si no hay combinación flúidico-magnética entre el espíritu comunicante y el receptor humano, nuestro intento solamente podrá realizarse parcialmente.

Es casi imposible imponer nuestra individualidad completa.

Aún tratándose de materializaciones, el visitante del "otro mundo" depende de las organizaciones que lo acogen.

Si el médium rehúye la obligación de mantener el equilibrio físico-psíquico, y si los compañeros que integran su grupo de trabajo se hallan distraídos, sin la precisa comprensión de los deberes que les competen, resulta impracticable el aprovechamiento de los recursos que nos ofrecen para el bien.

Estoy recibiendo ahora preciosas lecciones al efecto, después de haber cometido la liviandad de prometerme a mí mismo que proseguiría, después del sepulcro, comunicándome regularmente con los lectores de mis páginas doctrinarias.

Consideraba la escritura y la incorporación mediúmnicas, como cosas corrientes en nuestras experiencias; no obstante, me tocó reconocer, en este plano en que hoy me encuentro, la falta de atención con que estimamos semejantes dádivas. Esos hechos, ampliamente multiplicados en nuestras agrupaciones, representan inmensos trabajos por parte de los Espíritus protectores, con reducida comprensión por parte de los encarnados que a ellas asisten.

Llegué a comprender el por qué de muchas promesas de amigos, que no se realizaran.

Diversos compañeros habían partido antes que yo, convencidos de que podrían volver cuando lo desearan, trayendo informaciones de la nueva esfera, y, no obstante estar esperando su palabra aclaratoria en reuniones respetables, la solución parecía olvidada indefinidamente.

El hombre encarnado es considerado en nuestros círculos espirituales, como simple arrendatario de las posibilidades terrestres, y en modo alguno podemos absorberle la autoridad y la dirección de la experiencia física, máxime no siéndole posible determinar la zona de trabajo que nos es propia.

En vista de eso, por más que lo deseemos, estamos obligados a depender de ustedes al intentar nuestras comunicaciones e interferencias.

Los amigos de la vida superior tienen necesidad de la cooperación elevada, para poder manifestarse en las obras de amor y de fe, en la misma forma en que las entidades dedicadas al mal reclaman concurso de baja especie de las criaturas perversas o ignorantes, en el escenario carnal. Se verifica la misma disposición en nuestra zona de servicio. Ustedes podrán conseguir esto o aquello en nuestro ambiente, pero dependiendo para ello de las entidades que puedan movilizar.

PONDERACIONES NECESARIAS

Volviendo a mí mismo después de haberme despojado del cuerpo material, la preocupación de regresar entre mis amigos, constituía un ansia continua. Me habituara en mi última existencia, fértil en trabajo intensamente vivido, a concretar los menores deseos, en todo aquello que concernía a la lucha exterior.

El hombre práctico, que se mantiene en el cuerpo terrestre por más de cincuenta años, se acostumbra a ser invariablemente obedecido.

Ese hábito le crea enormes prejuicios, por encerrarse instintivamente en el círculo vicioso de preconceptos nocivos que van cristalizándosele vagamente, en su organización mental. Las insignificancias llegan a

torturarlo. La conveniencia la interpreta como falta de respeto, y la prudencia como ingratitud.

Casi me consideré ofendido cuando mis bienhechores espirituales me dificultaron el pronto retorno.

Al final de cuentas, pensaba para conmigo mismo, lo que yo pretendía no era, en modo alguno, la admiración ajena, ni deseaba aprovechar la oportunidad para ensalzar mi nombre. Lo que sí me interesaba era la prueba de la supervivencia. Para lograr este objetivo, de serme posible, tocaría un clarín más alto que el de una sirena festiva.

Amigos afectuosos, no obstante, me hicieron comprender que la falta de prudencia en el ambiente espiritual, es tan perjudicial como la algazara intempestiva en la vía pública. Y después de escuchar una larga serie de ponderaciones conducentes a reajustarme en mis propósitos desordenados, comprendí, gracias a Dios, que mis precipitaciones se originaban en la pura ingenuidad.

PRIMERAS VISITAS

Las primeras visitas que llevé a cabo en los núcleos doctrinarios, se verificaron, justamente, en Rio de Janeiro. Mi situación, entonces, era muy diferente. Mientras estuve encarnado, solamente me había sido posible identificar reducida porción del trabajo. Mientras que ahora, acompañado de amigos espirituales que me conducían solícitos, observaba un mundo nuevo, de aspecto indescriptible.

Veía los centros espiritistas, en función de estudio y de socorro, como verdaderas colmenas de entidades desencarnadas. Algunas, en servicio y actuación evangélica; otras, en gran número, asistían procurando alivio y aclaración, haciéndonos recordar la multitud de víctimas de accidentes, cuando concurren a las puertas de los hospitales de emergencia.

La importancia de las obligaciones se agigantaba a mi vista.

Comprendí, entonces, cuánta abnegación necesitábamos para poder perseverar en el bien, de acuerdo con las enseñanzas de Jesús.

Mi primera impresión fue de carácter negativo. En el fondo, llegué a admitir por algunos momentos, la incapacidad de la colaboración humana, ante la inmensidad del servicio. Mas la palabra de los compañeros experimentados logró reanimarme.

Pequeño número de simientes llegan a producir toneladas de granos para alimentar al mundo. De igual modo, los gérmenes de buena voluntad improvisan actividades heroicas en la estructuración humana.

Esa conclusión me tranquilizó, y tuve la alegría de hacerme ver en varios centros del ideal, aprovechando la cooperación de algunos médiums que interpretaron mi personalidad. Las oportunidades, no obstante, no me ofrecían recursos para brindar noticias completas. Comencé a luchar por lograr mi individualismo sobre salientes, más, examinando y reconociendo el respeto que merecen los intereses ajenos, no me sentí suficientemente

dispuesto a establecer interferencias que redundasen en perjuicio del bien general.

TENTATIVAS Y APRENDIZAJE

Después de varias experiencias, vine a la localidad de Pedro Leopoldo, por primera vez después de mi liberación.

¡Qué diferente me lucía ahora el grupo que yo visitara personalmente, en Agosto de 1937, en compañía de mi querido amigo Watson!

Aquella casa humilde la veía ahora repleta de seres desencarnados.

Los compañeros que rodeaban la mesa, eran pocos. No excedía de veinte el número de personas que se hallaban en el recinto. Las paredes, luciendo como desmaterializadas, daban cabida a amplio conjunto de almas necesitadas, que el orientador del centro, con la colaboración de muchos auxiliares, procuraba socorrer con su palabra evangélica.

Entré, ladeando tres hermanos, y recibiendo abrazos acogedores.

Observando los cuidados del dirigente y previendo las particularidades de la reunión, recordé los espíritus controladores a que se refieren comúnmente nuestros compañeros de Inglaterra.

Nos hallábamos ante un equilibrado orientador espiritual.

Todas las experiencias y realizaciones de la noche, se hallaban programadas.

Incontables hilos de sustancia oscura, partían, como líneas móviles, de las entidades perturbadas y sufrientes, intentando alcanzar a los componentes de la pequeña agrupación de encarnados; pero, bajo la supervisión del mentor del grupo, se produjo un bello haz de luz en torno del cuadro a que ellos se acogían, cuyo haz atraía las emanaciones de color plomizo, extinguiéndolas.

Me explicó un espíritu amigo que las personas angustiadas, fuera del cuerpo físico, proyectan oscuras emanaciones, producto de la tristeza y de la rebeldía, en los centros de fraternidad cristiana en los cuales se improvisan tareas de auxilio.

Mientras los encarnados allí presentes oraban y atendían a las solicitudes que se establecían entre los dos mundos, observé que los trabajadores espirituales extraían de algunos elementos de la reunión, gran cantidad de energías fluídicas, aprovechándolas en la materialización de beneficios para los desencarnados que allí se hallaban en condiciones dolorosas. No me fue posible analizar en toda su extensión, el servicio que allí se desarrollaba, pero un atento espíritu compañero me aclaró que en todas las sesiones de fe cristiana, consagradas al bien del prójimo, los cooperadores dispuestos a auxiliar con entusiasmo son aprovechados por los mensajeros de los planos superiores, quienes retiran de ellos los recursos magnéticos que Reichenbach bautizó con el nombre de "fuerzas ódicas" convirtiéndolos en elementos de preciosa utilidad para las

entidades dementes y suplicantes. Mi mente, no obstante todo cuanto observaba, se interesaba en lograr la aproximación con el médium, fijo como me hallaba en la idea de valerme de él para lograr contacto con el mundo material que había dejado.

Quebrantando las conveniencias, rogué la colaboración del superior del grupo, no obstante el respeto que su presencia me inspiraba. Mi petición no fue recibida por él con muestras de desagrado, pero me tocó en el hombro paternalmente, y me dijo, eludiendo:

— Mi buen amigo, es justo esperar un poco más. No tenemos aquí un servicio de mero registro. Es conveniente ambientar la organización mediúmnica. La sintonización espiritual exige más tiempo.

Entonces, dentro de la imperfección y del egoísmo que aún me dominaban, recordé el caso del espíritu de André Luiz. El no fuera, como yo, espiritista; y no obstante, comenzara, bien pronto, a dar sus noticias del "otro mundo". El director, liberal y comprensivo, fijó en mí sus penetrantes ojos, como si estuviera leyendo en lo más recóndito de mi corazón, y sin que yo hubiera exteriorizado lo que pensaba, agregó con humildad:

— No crea que André Luiz alcanzó la iniciación de improviso. Sufrió mucho en las esferas purificadoras, y luego frecuentó nuestras tareas durante setecientos días consecutivos, para lograr afinidad con la mediumnidad. Además de eso, el esfuerzo de él es impersonal y refleja la cooperación indirecta de muchos bienhechores nuestros que viven en esferas más elevadas.

Y pasó a explicarme las dificultades, indicando los óbices que se anteponían al intercambio, relacionando aclaraciones científicas que no pude retener en mi memoria. A continuación, me prometió que me auxiliaría en el momento oportuno.

Realmente, me hallaba decepcionado, pero satisfecho.

Me estaba acercando a los amigos, sin capacidad suficiente para hacerme percibir por ellos. Mientras tanto, comenzaba a comprender, no solamente los inconvenientes naturales del intercambio entre ambas esferas, sino también la necesidad del desprendimiento y de la renuncia, en la obra cristiana que el Espiritismo, bajo la égida de Jesús, está realizando en favor del Mundo.

Me veía como en otro lugar, en otro clima, ante conocidos y desconocidos, como si me hallara ante enorme multitud de personas deseosas de hacerse comprender de mí.

En otros momentos, mi memoria retrocedía en el tiempo. Reveía situaciones alegres y tristes, conforta doras y embarazosas, extinguidas desde hacía mucho tiempo. Reintegrándome totalmente en el cuerpo exhausto, sentía extremas dificultades para retener las imágenes y describirlas. El cerebro tenía vida intensa, mas en lo relativo a la comunicación con el exterior, me sentía agotado, como un limón exprimido.

La fe preparaba mi espíritu, ante la gran transición, no obstante, los celos crecían, las preocupaciones aumentaban siempre.

MODIFICACIÓN

El desvanecimiento de la fuerza física determinaba en mi alma un fenómeno singular.

Me sorprendía al verme enternecido y sentimentalista. Me había acostumbrado a tratar con el mundo, dentro del mayor sentido práctico. Estimaba la observancia de la caridad, convencido, no obstante, de que la energía rígida era indispensable en las relaciones humanas.

Muchas veces, en la intimidad entre compañeros encarnados y entidades desencarnadas, me sintiera ríspido, contundente.

Me esforzaba frecuentemente por no desmerecer la confianza de los que me estimaban, sin embargo, no siempre sabía ser dulce en la extensión de la personalidad. Tal manera de ser individual, que las luchas duras de la vida humana me impusieran, representaba motivo de no pocos sinsabores para mí, porque, en lo íntimo, aspiraba a servir la fraternidad legítima, en nombre del Cordero de Dios.

Ahora, postrado, sentía que una inesperada sensibilidad me dirigía.

La renovación del camino me obligaba a olvidar los negocios y los intereses terrenales.

Ya no me era posible gobernar el timón del barco material, y ese impositivo, a lo que parecía, me proporcionaba acceso a mí mismo.

Sentía la necesidad de ternura y de compasión, como si en aquellas horas estuviera volviendo a la edad juvenil.

El hombre de actividad humana, obligado a defenderse y a preservar el bien de los seres queridos, a través de mil modos diferentes, estaba pasando...

En cuanto a esto, la muerte gradual era una realidad.

Al fin, me reencontraba.

Yo ya no era el hombre común, reclamando socorro y cariño. Tenía el corazón oprimido por aflicciones indecibles. Si la disnea me robaba la tranquilidad, los remordimientos poblaban mi espíritu de tristezas y de

sombras. Jamás experimentara, hasta entonces, tan grande sensación de exilio y desplazamiento.

En la Tierra, estaba envuelto en benditas atenciones por parte de las queridas hijas y de los abnegados amigos; pero, realmente, no me seducía el regreso a la juventud del cuerpo. ¿Serían nostalgias del Más Allá el factor determinante de la inquietud que me torturaba? No. Reconocía mi condición de hombre imperfecto, que en modo alguno debía soñar con el paraíso. Me esperaba, naturalmente, un laborioso futuro en cualquier parte en que me encontrara.

No obstante, dolorosas ansiedades pesaban sobre mi alma abatida. Yo, que había hecho guerra a las lágrimas, les reconocía, ahora, el sumo poder; se contenían en mis ojos, con frecuencia, cuando, a solas, me entregaba a largas meditaciones. Oraba con fervor, pero en el curso de la oración solitaria, me sensibilizaba como una criatura.

Entrara en las vísperas de la total exoneración, en cuanto a los deberes terrenales. Me veía dispuesto a abandonar el nido planetario que me abrigara por dilatados años...

¿A qué puerto me dirigiría?

EN EL GRAN DESPRENDIMIENTO

Recordando las experiencias del investigador De Rochas, me identificaba en singulares procesos de desdoblamiento.

Recluido, en la imposibilidad de recibir a los amigos para sostener con ellos largas conversaciones y entendimientos, me vi en varias ocasiones fuera del cuerpo exhausto, tratando de aproximarme a ellos.

En las últimas treinta horas, me reconocí en una posición más extraña. Tuve la idea de que dos corazones latían en mi pecho. Uno de ellos, el de carne, en ritmo descompasado, casi a punto de paralizarse, como un reloj en indefinible perturbación; y el otro, funcionando más equilibrado, más profundo...

Mi vista común se alteraba. En determinados instantes, la luz me invadía con claridades súbitas; pero, durante minutos de prolongada duración, me envolvía una densa neblina.

El confortamiento de la cámara de oxígeno, no lograba sustraerme a las sensaciones de extrañeza.

Observé que un frío intenso me hería las extremidades. ¿No sería la integral extinción de la vida corpórea?

Procuré calmarme, orar íntimamente y esperar. Después de sincera rogativa a Jesús para que no me desamparase, comencé a divisar a la izquierda la formación de un depósito de sustancia plateada semejante a una gasa sutilísima.

No podía asegurar si era de día o de noche en torno mío, dada la neblina en que me sentía sumergido, cuando noté dos manos cariñosas que me sometían a pases de fuerte corriente. A medida que se practicaban de arriba hacia abajo, deteniéndose, particularmente en el tórax,

disminuían mis sensaciones de angustia. Recordé con fuerza al espíritu del Hermano Andrade, atribuyéndole aquel beneficio, y le imploré mentalmente se hiciese oír de mí, ayudándome.

Cual si estuviera sufriendo delicada intervención quirúrgica bajo la acción de pesada máscara, oí que alguien me confortaba: "¡No se mueva! ¡Silencio! Silencio. .! "

Entonces consideré que la terminación de la resistencia orgánica era cuestión de minutos.

No se extendió el alivio por mucho tiempo. Comencé a sentir sensaciones de opresión en el pecho.

Las manos espirituales del que me daba los pases, se concentraban ahora en el cerebro. Demoraron su acción por casi dos horas en torno a la cabeza. Me volvió a dominar una suave sensación de bienestar, y de pronto sentí una conmoción indescriptible en la parte posterior del cráneo. No se trataba, indudablemente, de un golpe. Se asemejaba a un choque eléctrico, de vastas proporciones, en lo íntimo de la sustancia cerebral. Aquellas amorosas manos, ciertamente, habían roto algún lazo fuerte que me retenía unido al cuerpo material...

En el mismo instante, me sentí subyugado por energías devastadoras.

¿A qué podría comparar el fenómeno?

La imagen más aproximada que se me ocurre, es la de una represa cuyas compuertas fuesen arrancadas repentinamente.

¡MI HIJA!

Sintiéndome relegado a mis propias obras ¿por qué no confesarlo?, me sentí solo y amedrentado. Me esforcé por gritar implorando socorro, pero los músculos ya no me obedecían.

Traté de ampararme en la oración, pero el poder de la coordinación me faltaba.

No me era ya posible precisar si yo era un hombre que estaba muriendo o un náufrago debatiéndose en una sustancia desconocida, bajo extensa neblina.

En aquel intraducible conflicto, recordé más intensamente el deber de orar en las circunstancias difíciles... Rememoré el pasaje evangélico en que Jesús calma la tempestad ante los compañeros llenos de pavor, rogando al Cielo salvación y piedad...

Fuerzas de auxilio de nuestros protectores espirituales, hermanadas a mi confianza, me sostenían en aquellas perturbaciones. Brazos poderosos, aunque invisibles para mí, parecían reajustarme en el lecho. No obstante, una aflicción asfixiante me oprimía íntimamente. Sentía ansias de libertarme. Lloraba conturbado, atado al cuerpo que sentía desfallecer, cuando una tenue luz se hizo perceptible a mi vista. En medio de un sudor copioso, distinguí el espíritu de mi hija Marta extendiéndome los brazos. Estaba linda como nunca. Intensa alegría se traslucía en su semblante tranquilo. Avanzó hacia mí, cariñosa, me enlazó el busto, y me dijo con ternura a los oídos:

3. EN PLENO TRANCE

Amparándome en Marta, intenté proclamar en voz alta el júbilo que me dominaba. Pero los miembros yacían tiesos y los órganos vocales descontrolados.

No tenía perfecto conocimiento del estado en que se hallaban mis familiares en aquellos momentos. Mis ojos seguían perturbados. Una sensación de estrujamiento recorría todo mi cuerpo; mientras tanto, ¿qué otra cosa pedir más allá de aquella infinita ventura que la devoción filial de Marta me proporcionaba?

Intenté alinear mis ideas con el fin de agradecer la intervención de mi querida hija; pero no lo conseguí,

Percibiendo mis dificultades, Marta acarició mi frente y me dijo con dulzura:

"Nuestros bienhechores desatan los últimos hilos. Mientras tanto, hagamos nuestra oración".

EL SALMO 23

No me era posible, en aquellos momentos, coordinar pensamientos y mucho menos pronunciar frase alguna. Mi respiración era opresora, como en los últimos días de la lucha en el cuerpo físico. Con alegría, vi a mi hija dirigirse a lo alto, repitiendo en voz pausada y conmovedora las expresiones del Salmo 23, ampliando su contenido.

— *"Oh Señor, tu: eres nuestro Pastor; nada nos faltará. Haz que hallemos refugios de esperanza; guíanos suavemente a las aguas del reposo.*

"Reconforta nuestra alma, condúcenos por, los caminos de la justicia, en la que confiamos por amor a Tu nombre.

"Aunque vamos por el valle de la sombra y de la muerte no temeremos mal alguno, porque El está con nosotros; y Su voluntad y su vigilancia nos consuelan,

"Prepáranos mesa llena de bendiciones, aún en presencia de los enemigos que traemos dentro de nosotros mismos; unge nuestra cabeza de buen, ánimo y transporta de júbilo nuestro corazón.

"Ciertamente la bondad y la compasión del Señor nos seguirán en todos los días de la vida, y habitaremos en Su Casa Divina, por, largo tiempo. Así sea."

A medida que su voz pronunciaba el texto antiguo, se multiplicaban mis lágrimas abundantes y espontáneas, y crueles dolores asaltaban mi región torácica.

Vine a saber, más tarde, que aquellos sufrimientos provenían de la extracción de residuos fluídicos que aún enlazaban la zona del corazón.

RECIBIENDO SOCORRO

Terminada la oración, que oí bajo indecible angustia, percibiendo la manifiesta intención de mi hija, que procedía así tratando de alejar mi pensamiento de la intervención espiritual a que me hallaba sometido, noté que los dolores se hacían menos fuertes. Ella permaneció inclinada amorosamente sobre mí, por más de una hora, en silencio.

Temía hablar y provocar con ello fenómenos desagradables; y por lo que me pareció, Marta participaba igualmente de mis temores.

Llegó un momento durante el cual la respiración se hizo más normal, y verifiqué que el corazón latía uniforme y regular.

Con la mirada, supliqué a mi hija, sin palabras, que reforzase el socorro que mi situación estaba exigiendo.

Vi que movía cuidadosamente su brazo derecho, pasando a continuación su diestra repetidamente sobre mi cabeza exhausta. Me di cuenta de que me aplicaba fuerzas espirituales que yo todavía no podía comprender.

Pasaron algunos minutos más y percibí que el poder de la oración me proporcionaba nuevamente facilidades. Encadenaba los pensamientos sin mayores dificultades, y convencido de que podía intentar la oración con éxito, improvisé una ligera súplica.

Mi labor tuvo excelente resultado. La armonía general comenzó a rehacerme, pese a la debilidad extrema que sufría.

Note que, de Marta hacia mí, se desprendían pequeños haces de luz, en porciones inmensas,

envolviéndome por completo, al paso que me veía ahora rodeado de una atmósfera débilmente iluminada en tono anaranjado.

La respiración se normalizaba. Había desaparecido la carencia de aire. Mis pulmones se robustecían como por encanto, y tan grande era el bienestar que me proporcionaban las prolongadas inhalaciones de oxígeno, que tuve la sensación de inhalar alimento invisible, del aire ligero y puro.

A medida que se restablecía la fuerza orgánica, se fortificaba mi potencia visual.

La claridad color anaranjado que me envolvía, se iba mezclando con la luz común.

Con todo, la mejoría que experimentaba no llegaba al extremo de restaurarme la facultad de hablar. Mi abatimiento era aún insuperable.

Con gran asombro, me vi por duplicado.

Yo, que tantas veces exhortara a los desencarnados a contemplar los despojos de que se habían librado, miré mi cuerpo presto a endurecerse, con espanto y amargura.

Miré a mi hija con suplicante humildad, imitando el gesto de una criatura miedosa. Me hallaba postrado, vencido. No me valía ninguna razón de rebeldía; si me fuera posible, desearía apartarme. La contemplación de mi cuerpo inmóvil, no obstante mi aguzado deseo de observar y aprender, me ocasionaba aflicción. El cadáver me perturbaba con impresiones de muerte; me imponía reflexiones desagradables y amargas. A distancia del

mismo, probablemente la idea de vida y de eternidad prevaleciera en mí mismo.

Marta comprendió lo que yo no podía expresar. Y con la mayor ternura, me dijo:

—"Tenga calma, papá. Los lazos no se han roto totalmente. Necesitamos paciencia por algunas horas más."

EN DIFÍCIL POSICIÓN

Aguzando mi vista, verifiqué la existencia de un hilo plateado, que unía mi nuevo organismo a la cabeza material inmovilizada.

Torturante emoción se posesionó de mí.

¿Sería yo el cadáver, o el cadáver sería yo? ¿Por medio de qué boca pretendía hablar? ¿Por la que se cerrara en el cuerpo o por la que me servía ahora? ¿A través de qué oídos escuchaba las palabras de Marta?

Intentando ver por los ojos materiales, me sentí nuevamente sumergido en densa niebla.

Asustado, me reanimé mentalmente.

Aquel grillete tenue que me ligaba con los despojos, era realmente un hilo de fuerzas vivas, uniéndome a la materia densa, semejante al cordón umbilical que liga al recién nacido al seno femenino. Mirando entonces el cuerpo reposado e inerte, simbolizando el templo materno de mi ser que resurgía en la espiritualidad, recordé ciertamente inspirado por los amigos espirituales que me

prestaban allí su socorro, la enormidad de mis débitos con la estructura material que me retuviera en el Planeta durante extensos y benditos años. Le debía en cooperación, gran cantidad de conocimientos, cuyo valor inestimable reconocía en aquella hora. Tenía que vencer el malestar y la repugnancia.

Me tranquilicé.' Comencé a considerar el cuerpo, enflaquecido y frío, como valioso compañero del cual me apartarla definitivamente. Mientras duró nuestra unión, me beneficiara al contacto de la lucha humana. Junto a él, recogiera bendiciones inextinguibles. Sin él, ¿por qué procesos seguiría mi aprendizaje? Lo miré enternecido, mas, aumentando así mi interés por la carne inmóvil, incapaz de separar emociones y seleccionarlás, me sumergí en impresiones de angustia. Mis energías parecían reintegrarse aceleradamente a aquella envoltura abandonada. Insoportable desasosiego me martirizaba. Percibí los conflictos de la carne que se desorganizaba. La diferencia que presentaban los órganos, me imponían desagrado.

Comprendiendo mis dificultades, Marta me informó bondadosamente:

. — "Recuérdese, papaíto, de la necesidad de concentrarse en la oración. No divague. Olvide la experiencia que terminó, sosteniendo la mente en la oración."

Con gran esfuerzo retorné a mí mismo y me mantuve en el recogimiento necesario.

Mi objetivo, ahora, era no pensar.

Si avanzaba en el futuro, me asediaban extraños vértigos; si me demoraba analizando el vehículo físico, tan vigoroso e inesperado impulso me reconducía a él.

¿Qué hacer de mí, reducido a minúsculo punto sensible situado entre dos esferas?

Me tranquilicé y oré.

ENTRE AMIGOS ESPIRITUALES

Rogando a Jesús que me auxiliara para encontrar el mejor camino, observé que mi capacidad visual se dilataba. Curiosos fenómenos de óptica afectaban mi retina vacilante. La noción de la perspectiva se me alteraba. Parecía que la imagen del ambiente me penetraba. Los objetos y las luces, ¿permanecían dentro de mí o estaban a mí alrededor? En semejante indecisión, divisé dos figuras al lado de mi hija.

Centralicé cuanto me fue posible el propósito de ver con mayor exactitud, y vi mi esfuerzo compensado. Ambos espíritus se destacaban nítidos.

¡Qué alegría inundó mi ser!

En uno de ellos identifiqué, sin obstáculos, al venerable Bezerra de Meneses, y en el otro, adiviné al benemérito Hermano Andrade. Por la sonrisa de comprensión que me dirigieron, reconocí que los dos habían notado mi sorpresa indescriptible.

Todavía mi júbilo del primer instante fue sustituido por la timidez. Mientras nos debatimos en la lucha

material, casi nunca recordamos que nos hallamos seguidos por el testimonio del plano espiritual, aún en los más mínimos actos de la existencia. Hablamos de los Espíritus con la desenvoltura de los niños que se dirigen a sus padres a propósito de insignificantes juguetes. Me sentí repentinamente avergonzado.

¿Cuántos sacrificios había exigido de aquellos abnegados amigos?

A pesar de la natural timidez que la presencia de ellos me causaba, hice todo lo posible por levantarme, para recibirlos con la veneración que merecían. Pero lo intenté inútilmente.

Percibiendo mi intención se acercaron a mí.

Me cumplieron con palabras confortadoras y con cariñosas bienvenidas.

Gentilmente, me explicó Bezerra que el proceso de la liberación se desenvolvía normalmente; que ríe me preocupase con la demora porque la existencia que yo disfrutara fuera dilatada y activa. No era posible, dijo bondadosamente, efectuar la separación del organismo espiritual con mayor rapidez. Aclaró que el ambiente doméstico estaba impregnado de cierta sustancia que clasificó de "fluidos gravitantes", que dificultaban la liberación.

Más tarde, pude saber que los objetos de nuestro uso personal emiten radiaciones que se ligan a nuestras ondas magnéticas, creando -elementos de unión entre ellos y nosotros, reclamando mucho abandono de nuestra parte, con el fin de que no nos retengan o perturben.

Después de instruirme con la mayor benevolencia, Bezerra me recomendó que olvidara el retraimiento en que me refugiara, confiándome a pensamientos más elevados, para colaborar así con él a sustraerme al decúbito dorsal.

Me puse a reflexionar en la infinita bondad de Jesús, mientras el cuidadoso amigo me aplicaba pases, proyectando sobre mí, con sus manos dadivosas, abundantes rayos de luz.

Al terminar esa operación, se acentuaron mis energías.

Sin embargo, no pude ni levantarme ni hablar. Ambos bienhechores, seguidos de Marta, que nos observaba con visibles muestras de alegría, me retiraron del lecho, determinando que me amparase en ellos para una jornada de reposo.

— "Es necesario salir de algún modo, dijo Bezerra en tono grave; lo conduciremos a la playa. Las vibraciones marítimas son portadoras de gran beneficio para el reajuste general."

Me abracé con esfuerzo a los devotos obreros de la caridad, y no obstante observar que el último lazo aún me unía a las vísceras descontroladas, me aparté de la zona doméstica, dándome cuenta de que era rápidamente conducido por ellos a la orilla del mar.

4. VIDA NUEVA

La excursión, aunque de algunos pasos solamente, a pesar de haber sido realizada con el auxilio de energías ajenas, acentuó mi abatimiento. No obstante, no perdiera el placer de observar, dada la importancia de las sorpresas que se sucedían.

Recordando la ansiedad con que siempre esperara en la Tierra las descripciones del momento de la muerte, por parte de los compañeros que me habían antecedido, trataba de fijar todas las particularidades de la situación, con la esperanza de transmitir noticias a los hermanos de la retaguardia.

Aquel contacto inesperado con la Naturaleza, me imponía, por tanto, singular renovación. Los restos de los dolores físicos habían desaparecido. La ausencia de ciertas impresiones desagradables me ampliaba la apatía. Me encontraba intensamente aliviado, pero más débil.

BREVE REPOSO

Me asaltó un irresistible deseo de dormir.

Bezerra, Andrade y Marta eran bienhechores, y representaban la vida diversa en que yo penetraría de ahora en adelante. Ciertamente, tendrían mil informaciones preciosas que yo esperaba obtener de ellos, curioso y feliz, mas, ¿cómo vencer el sueño que tanto pesaba sobre mi cerebro?

Extenuado, vacilante, noté que no portaba las mismas ropas que usaba habitualmente en la cama. Me envolvía en vasto ropón claro, de convaleciente.

Intenté preguntar, pero la debilidad de mis órganos vocales proseguía sin variaciones. Era preciso aceptar los recursos tal como se me ofrecían. No podía hacer pregunta alguna. Eran indispensables la serenidad y la paciencia.

Ante el mar, se me diferenciaba la posición orgánica. Aquellas ráfagas de aire fresco que yo recibía encantado, regeneraban mis fuerzas. Parecían portadoras de un alimento invisible. Inhalándolas, me sentía singularmente sustentado, como si hubiera tomado un caldo sustancioso.

Marta, ahora sentada, me ofrecía su regazo acogedor, acariciándome la frente.

Noté que el hermano Andrade comentaba las virtudes del mar para el restablecimiento de las energías del periespíritu. Se refería a los casos de socorro prestados a hermanos recién desencarnados, que habían sido conducidos con éxito frente a las aguas.

Desarrollaba el mayor esfuerzo para comprender sus expresiones, cuando el benemérito amigo me dirigió la palabra con el mayor cuidado, aconsejándome el sueño pacífico y reparador.

— No debe reaccionar contra el reposo, me dijo fraternalmente; y agregó que no convenía sacrificar las necesidades del alma por la curiosidad, aunque ella fuera noble. Ya tendría tiempo de observar y aprender mucho; y por lo menos durante algunas horas, no debía rehuir el descanso imprescindible.

Comprendí el alcance del consejo y obedecí. Me entregué sin resistencia y perdí la noción del espacio y del tiempo, en un sueño bendito y reparador.

IMPRESIONES DIFERENTES

Al despertar, avanzado el día, no podía precisar el tiempo durante el cual había reposado.

Continuaba mi hija a mi lado, pero no había señal de ambos bienhechores. Me informó Marta, que se habían ausentado, pero que no tardarían en regresar. Me, confiaron a ella mientras me tranquilizaba, mas volverían a mi lado dentro de breves minutos.

Me sentía otro hombre. Moví los brazos y me levanté sin dificultad. Intenté hablar, y ¡qué alegría experimenté! Conversé con la hija querida a voluntad. Me explicó que yo no había reposado todo cuanto fuera de desear y que tendría que volver a descansar en la primera oportunidad. Me preguntó en seguida si me hallaba temeroso, y al demostrarle la firmeza de ánimo que poseía, me aseguró que Bezerra dentro de breves minutos cortaría los últimos lazos que me retenían aún, de cierto modo, al cuerno carnal, consultándome al mismo tiempo si no me inspiraría temor asistir, de al-aún modo, al entierro de mis despojos.

Le respondí que estaba en ello muy interesado, pues todo lo que me fuera posible aprender de nuevo, representaría enriquecer mis observaciones.

En verdad, me animaban otras disposiciones. Tenía la sensación de haber rejuvenecido. Palpé mi nuevo cuerpo. Era ya mismo, de la cabeza a los pies. El corazón y los pulmones funcionaban con regularidad. Lo que más me fascinaba, con todo, era el nuevo aspecto del paisaje. Las casas, la vegetación y el mismo océano, parecían coronados de sustancia coloreada. ¡Qué sugerencias sorprendentes me rodeaban! La claridad solar revelaba maravillosos cambiantes.

Me informó Marta que mientras nuestra mente funciona bajo determinadas condiciones, vemos solamente algunos aspectos del mundo. Y como la interrogara si todos los desencarnados se sorprendían con las vistas que deslumbraban mis ojos, respondió negativamente. Muchos de los liberados de la envoltura física, aclaró, conservan tan fuerte afinidad con los intereses terrenales, que la vista no se les modifica de pronto, y prosiguen viendo la Tierra con las mismas expresiones con que la dejaron.

¡El cuadro era prodigioso!

Sentí un fuerte impulso de postrarme en señal de reconocimiento a la Majestad Divina.

Era tan grande la ligereza que caracterizaba ahora mi organismo que, contemplando asombrado las aguas próximas, me pareció que constituían un pesado elemento. Pensé por consiguiente que si lo intentase, probablemente conseguiría caminar sobre la superficie líquida, aureolada a mi vista, en sublime coloración.

Comprendiendo el estado de ánimo en que me hallaba, mi querida hija se mostró satisfecha. Desde el primer momento de nuestro encuentro, Marta revelaba ansiedad por verme tranquilo y contento.

Nos disponíamos a dejar aquel abrigo en que nos refugiáramos, cuando me di cuenta de que me hallaba en traje impropio. Arraigado a la idea de que sería visto por algunos amigos encarnados, no oculté un gesto de disgusto.

A distancia del lecho, aquel ropón blanco no dejaba de ser algo escandaloso.

Marta, que observaba mis reflexiones, sonriente, se vestía con delicado gusto.

Iba a exponerle los recelos que me preocupaban, cuando se adelantó asegurando que las preocupaciones de aquel momento atestiguaban mi mejoría.

— Un hombre desalentado no piensa en la ropa, me dijo alegremente.

Agregó que Bezerra y el hermano Andrade no demorarían, y que la solución del problema había sido prevista en la víspera.

En efecto, transcurridos algunos minutos, llegaron llenos de atenciones. La posibilidad de poder dirigirles la palabra, me llenó de inmenso júbilo. Los abracé con el mayor agradecimiento.

Me traían un traje color ceniza, muy semejante a los que yo prefería en el verano.

El hermano Andrade me ayudó a ponérmelo.

Unos instantes más, y entre los dos bienhechores que me amparaban a ambos lados, ofreciéndome sus brazos, nos apartamos de la playa.

El movimiento era enorme en las vías públicas. La misma diferencia que observara en el mar, en las plantas y en las casas, la notaba ahora también en las personas. Cada una se revestía de un halo diferente. No obstante, no me sentía con ánimo de hacer preguntas. Me asombraba con el propio modo de andar, y ese problema naturalmente solucionado, bastaba, por ahora, para mis ansias de analizar. Caminaba sin gran desenvoltura; pero la lentitud de mis pasos obedecía a mi inexperiencia y no a cualquier impedimento por parte de mi nuevo cuerpo, que reconocí ligero y ágil.

Aprovechaba aquella oportunidad para acentuar mis observaciones en ese sentido, cuando una apresurada señora, cargando un bulto de notables proporciones embistió contra nosotros con la mayor indiferencia.

Grande fue el susto que llevé. Reculé, en un movimiento instintivo, temiendo el choque, pero no tuve tiempo. La dama atravesó nuestro grupo, sin darse cuenta de nuestra presencia.

Asustado, busqué la mirada de mis compañeros. Todos me miraban sonrientes.

Este, mi querido Jacobo, dijo Bezerra con el mejor buen humor, es un nuevo plano de la materia, que vibra en diferente grado.

Pasó por nosotros sin perturbarnos, exclamé.

Por nuestra parte, tampoco la perturbamos a ella, agregó el hermano Andrade con satisfacción.

El incidente me chocó grandemente. Me veía perfectamente integrado en el antiguo patrimonio orgánico.

¿No estaremos dentro de un cuerpo de ilusión?, osé interrogar.

Bezerra aclaró con la mayor delicadeza:

El poder de la vida, en la ilimitada Creación de Dios, es infinito, y la mujer que pasó desapercibidamente por nosotros, cuyo cuerpo carnal camina hacia la muerte, podría hacer la misma pregunta.

Aquella pequeña ocurrencia me proporcionaba bastante material para reflexionar. Me agradaría cambiar comentarios y proponer cuestiones diversas, pero mi abatimiento era todavía grande.

Me dejé, pues, conducir sin resistencia, de imprevisto en imprevisto.

DE VUELTA AL HOGAR

Gran movimiento de personas se observaba en torno del hogar en el que mis ojos carnales se habían cerrado para siempre.

Una natural atracción me impulsaba a entrar precipitadamente. El ambiente hogareño reclamaba mi espíritu como un poderoso imán. Sin embargo, fuerzas desconocidas me obligaban a retroceder.

Ante aquel fenómeno, muy afligido, miré a Bezerra, buscando aclaración.

El venerable amigo me contempló pacientemente y dijo:

Hace poco, observábamos que el cuerpo físico de una señora no había afectado en nada nuestra organización; pero aquí nos vemos enfrentados por materia de nuestro plano, envuelta en pensamientos agresivos y desfavorables en gran cantidad. Las proyecciones mentales de la mayoría de nuestros amigos aquí congregados, forman energías contradictorias entre sí. Algunos discuten, y muchos piensan en forma inadecuada al respeta que se debe a un compañero fallecido. Para nosotros, habituados a atravesar los obstáculos, esta compacta emisión de fuerzas antagónicas no constituye una barrera infranqueable, pero es preciso reconocer las condiciones especialísimas en que usted se encuentra. Usted aún se halla en la condición del pájaro que acaba de salir del nido, incapaz de volar libremente.

Me regocijé con la explicación; mas, no obstante, indagué con curiosidad:

¿Y si yo insistiese?

Sufiría cheques sumamente desagradables, aplazando el restablecimiento de sus fuerzas. Todo acto útil exige ejercicio.

No porfié. La simple vecindad de las conversaciones me infundía pronunciado malestar.

Bezerra recomendó al hermano Andrade y a Marta que me asistiesen, mientras él cortaba el lazo que en cierta forma me retenía aún unido a las vísceras cadavéricas.

El regreso a mi hogar, con todas las sorpresas que me estaba proporcionando, me ocasionaba penosas impresiones.

Tenía que esforzarme para no caer extenuado allí mismo.

Me había vuelto la disnea. Si la cama estuviese a mi disposición, con seguridad buscaría en ella, sin demora, refugio confortable.

Marta me ayudó, aclarándome que aquella hora se caracterizaba por gran ansiedad en el corazón de los seres queridos que me consagraban sincero afecto en la Tierra, cuyos innumerables pensamientos de angustia convergían sobre mí, y que, por eso mismo, yo debía resistir, asegurando mi propia tranquilidad.

Considerando lo que me decían, procuré calmarme.

Las fuerzas que me alcanzaban de lleno, irrefrenables e impetuosas, me sorprendían dolorosamente, como si se tratara de una corriente eléctrica. Sentía que voces imprecisas llenaban mis oídos.

¿En dónde me encontraba? ¿Entre mis amigos, o en el centro de un remolino de energías desconocidas, más furiosas que las de un viento huracanado?

El hermano Andrade percibió mi angustia y me sostuvo en sus brazos con más cariño y mayor seguridad.

No ignoraba que se encontraban allí numerosos amigos míos; pero no obstante el inmenso deseo de volver

HERMANO JACOBO

a verlos, me sentía imposibilitado de semejante satisfacción. Mis ojos estaban turbios y mi mente se hallaba atormentada.

5. DESPEDIDAS

En muchas ocasiones colaboré en los servicios de socorro a los recién desencarnados, mayormente en las oraciones de recordación, pero estaba lejos de calcular las luchas de un "muerto".

Amargado y afligido como me hallaba, ponderé los sufrimientos de los que abandonan la experiencia física sin preparación alguna. Si yo, que había consagrado largos años a los estudios espiritualistas, encontraba dificultades tan grandes, ¿qué no ocurriría a los hombres comunes, que no se interesan en los problemas relativos al alma? Allí, al frente de mis propios amigos, me sentía en un torbellino de contradictorias emociones. ¿A quién apelar?

ATENCIONES PERTURBADORAS

Marta me acarició la cabeza exhausta y me pidió calma. Añadió que las dificultades eran justas. Muchas personas se despiden del mundo carnal sin obstáculos y sin desagradables incidentes. Innumerables almas duermen larguísimos sueños, y otras nada perciben en la inconsciencia infantil en que yacían sus impresiones. Conmigo, no obstante, la situación era distinta. Adiestrara la mente para enfrentar la grande transición, en el campo de servicio activo a que me dedicara. Me identificara con los problemas del espíritu durante mucho tiempo, en esfuerzos diarios. Estableciera relaciones extensas entre

encarnados y desencarnados. Pero no podía evitar que ante el cuerpo inerte se concentrasen manifestaciones mentales heterogéneas. No todos los pensamientos allí congregados significaban amor y auxilio fraternales. Las opiniones sobre mí divergían grandemente, formando corrientes de fuerza poco simpáticas. Algunos conocidos hablaban de mí en términos que yo no merecía, mientras otros me acribillaban con espinas punzantes. Me situaba, pues, en un cuadro de impresiones complejas.

Las informaciones me las daba la querida hija, en suaves aclaraciones.

Añadió que no debía preocuparme grandemente. La perturbación era pasajera. Cuando se dispersaran las atenciones centralizadas en el funeral, respiraría contento.

Disgustado, observé las explicaciones, meditando sobre la enseñanza que recibía.

La vida real para mí, ahora, era la del espíritu, la que comenzaba con la extinción de la vida física.

¡Qué deseos experimenté de materializarme delante de todos, rogando la limosna de una oración sincera! ¡Cómo suspiré por la concesión de una oportunidad para pedir disculpas por mis debilidades! Si los amigos presentes olvidasen mis errores y me auxiliaran con la oración sentida, evidentemente mi equilibrio se beneficiaría de inmediato. Vigorosos recursos sostenían mi corazón. Pero era ya tarde, para mostrar actitudes íntimas, de caridad y de perdón.

Pensé en los que habían partido antes que yo, experimentando las aflicciones que me asaltaban, y me

consolé. Y no me olvidaba de que aquellos encarnados que allí me enjuiciaban con tanta facilidad en relación con mi situación, serían a su vez llamados después, ante la verdad espiritual, tal como me estaba ocurriendo a mí.

No debía reaccionar inútilmente por medio de la angustia. El tiempo es nuestro bendito renovador:

DESLIGADO AL FIN

Pasaron algunos instantes difíciles, cuando una inopinada conmoción estremeció todo mi ser. Me parecía que había sido proyectado a enorme distancia. El Hermano Andrade y Marta, naturalmente prevenidos, me ampararon fuertemente.

Confieso que aquél choque me afectó con tan grande violencia, que creí llegado el momento de "otra muerte".

Al poco tiempo, no obstante, el corazón se rehízo, se equilibró la respiración, y Bezerra surgió, sonriente, indagando si el desprendimiento se realizara normalmente.

Los tres me abrazaron satisfechos.

Me explicó el respetable bienhechor, que hasta aquellos momentos, mi cuerpo espiritual fuera como un "globo cautivo", pero que de ahora en adelante, dispondría de verdadera libertad interior. Pensaría con claridad, me movería sin obstáculos y tendría más precisas mis facultades.

En efecto, a pesar de sentirme débil y somnoliento, tenía más seguridad. Mis ojos y mis oídos especialmente,

registraban imágenes y sonidos con relativa exactitud. Las perturbaciones ya no me afectaban con la intensidad de unos minutos antes.

Aclaró Bezerra que en la mayoría de los casos no es posible liberar a los que desencarnan con tanta prontitud; que la rápida solución del problema liberatorio, dependía, en gran parte, de la vida mental y de los ideales a que se une el hombre durante su vida terrestre. Me recomendó que observara por mí mismo, las transformaciones de que era objeto.

Me examiné con detención y observé que, efectivamente, en lo íntimo, me hallaba fortalecido y rejuvenecido, sin la carga de las heridas fisiológicas.

Aunque imperfectamente, conseguía ya moverme sin auxilio. Aspiraba el aire con alegría; y Marta señaló que mi júbilo sería mayor y mi sensación de ligereza más fascinante, cuando pudiera respirar el oxígeno de lo alto, como el nadador que bebe el agua cristalina de la corriente purificada distante del enturbiado líquido de las márgenes.

Francamente, la muerte del cuerpo constituía un milagroso baño de rejuvenecimiento. Me sentía alegre, robusto, feliz.

Readquiriendo mis posibilidades de analizar con exactitud, pasé a reflexionar en los problemas de orden material.

¿Cómo se desenvolvería el futuro de mi hogar? ¿Qué providencias podría hacer en beneficio de todos? Tal

parecía que estas preocupaciones llevaban mi mente a un plano distinto. Mis fuerzas volvían a fallar nuevamente.

Bezerra se dio perfectamente cuenta de lo que me sucedía, me golpeó el hombro amigablemente, y me aconsejó:

— Usted conoce ahora, como nunca, el poder del pensamiento. Procure lo Alto.

Comprendí la razón del consejo, y me modifiqué interiormente.

EN DIFICULTADES

Reanimado, observé que podía confrontar los conflictos de aquella hora, sin grandes dificultades.

El Hermano Andrade agregó que, libre de los últimos lazos que me unían al cuerpo carnal, podría aproximarme a mis amigos, sin choques de gran importancia; aconsejándome, sin embargo, que no me aproximara demasiado a las vísceras cadavéricas, en cuya contemplación tal vez fuese acometido por impresiones de desequilibrio.

Las novedades se sucedían unas a otras.

Aguijoneado por una visión más amplia, noté con estupefacción que gran número de desencarnados se apiñaba alrededor.

Una entidad poco simpática, casi al lado nuestro, decía a otra semejante:

El entierro es de viejo Jacobo, aquél que nos adoctrinara hace tiempo. ¿No recuerda?

Me acuerdo perfectamente, respondió el interlocutor, añadiendo a carcajadas: Daría cualquier cosa por verle ahora la "cara".

Y seguía riéndose con gran algazara.

Funcionando ya mi memoria sin entorpecimiento, ante sus observaciones sarcásticas, los recordé perfectamente.

Eran obsesores de una joven internada en una clínica de enfermos mentales y evocaban las particularidades de la reunión en que me había entendido con ellos. Me sentía sumamente débil. Pero aun así, tendría un gran placer en contestarles. Recordé el interés con que yo recibiera la descripción que hiciera la médium vidente en relación con ambos espíritus, y confirmaba, admirado, por mí mismo, los informes con que fueran presentados. Con gusto sacrificaría cualquier cosa por poder interpelados, haciéndoles sentir el error en que se hallaban; y me disizion.la a interferir, cuando el Hermano Andrade controló mis impulsos diciendo:

¡No haga eso! Provocaría una contienda desagradable e inútil, Por otra parte, ellos no nos ven. Se desenvuelven en otra onda vibratoria.

Realmente, procedían como si no nos vieses. Permanecían junto a nosotros, sin percibirnos, de igual modo que yo, en otro tiempo, me moviera al pie de entidades desencantadas, sin notar su presencia.

Ya habrá tiempo, agregó el amigo con bondad y calma.

Notando mi coraje, me condujeron los tres a un lugar inmediato a aquel en que permanecía mi cuerpo yerto.

No obstante las grandes mejoras que sentía, no logré atravesar la onda de fuerza que se improvisara a lo largo de los vehículos.

Deseaba ardientemente penetrar en el hogar, y por encima de todo, distribuir entre los seres amados que quedarían distantes, mis pensamientos de amor, reconocimiento y esperanza. Bezerra, entretanto, me dijo con prudencia:

No insista. No es aconsejable, por ahora, la pérdida de reservas.

Me contenté tratando de ver a algunos amigos dentro de los automóviles.

Un pequeño grupo de conocidos atrajo mi atención. Avancé hacia a ellos, pero me vi obligado a alejarme decepcionado. Hablaban de política en agresiva actitud. Envolvían sus mentes en disputas innecesarias.

Por vez primera, verifiqué que los espíritus inferiores no son únicamente los que se comunican en las sesiones de adoctrinamiento. La conversación, a pesar de ser discreta, presentaba notas de intercambio con el plano invisible, en cuyos dominios ingresaba va, receloso y encantado. Uno de los amigos se refería a los problemas de la administración municipal, en afinidad perfecta con una entidad poco evolucionada, que allí, ante mis ojos

espantados, lo subyugaba casi por completo obligándolo a proferir frases irrespetuosas y crueles.

Retrocedí instintivamente.

— Usted, Jacobo, dijo Bezerra en tono grave, todavía no puede soportar estos dardos mentales.

Nos encaminamos entonces, hacia otro ángulo de la calle.

Descubrí otro grupo de personas a las cuales había profesado profundo afecto. Me acerqué a ellas con ansiedad, seguido de mis benefactores. ¡Otra desilusión me esperaba! Se hablaba, en voz baja, sobre los grandes gastos en que seguramente se incurriría con el entierro de mis despojos. Emitían juicios aventurados, envolviendo mi nombre en impresiones de desarmonía y de rudeza.

Retrocedí, nuevamente.

Bezerra me abrazó, lleno de comprensión, y me recomendó paciencia.

Me sentía invadir de profundo desaliento, cuando observé que no lejos, en cierto vehículo, se formaban preciosos círculos de luz.

El Hermano Andrade, viendo mi preocupación silenciosa, aclaró:

— En aquel automóvil, tenemos la claridad de la oración sincera.

Rogué a los protectores que me ayudaran a alcanzar aquel abrigo, a toda prisa.

Lo alcancé y me regocijé. Varios compañeros me ofrecían el recurso de la oración bienhechora. Fue tal mi reconocimiento hacia ellos, que casi me arrodillé feliz.

Aquella rogativa que hacían a Jesús, en beneficio de mi alma, constituía para mí una dádiva celestial.

De aquel pequeño grupo emanaban energías confortadoras que penetraban mi alma a modo de lluvia balsámica.

La oración me influenciaba dulcemente.

Creo que los recién desencarnados casi siempre necesitan del pensamiento fraterno de los que quedan todavía en el plano terrenal.

Explicó Bezerra que los recién libertes comúnmente necesitan del socorro espiritual de los seres queridos, para desembarazarse sin demora de las ligaduras que aún los unen al cuerpo físico.

Con el auxilio de los que quedan, los que parten siguen más libremente al encuentro del porvenir.

ANTE LA NECRÓPOLIS

Asistía, al fin, al enterramiento de mis vísceras cansadas. La solemnidad, a la que tantas veces me refiriera, se presentaba ahora a mi vista, presa de asombro.

En unión con las relaciones afectivas del mundo, compacta asamblea de desencarnados se puso en movimiento.

Nuestro grupo continuaba reducido, pero aumentaba. Otros amigos espirituales se unieron a nosotros, abrazándome. Se manifestaban deseosos de acompañare en el viaje a la esfera próxima.

Intensa curiosidad dominaba mis emociones cuando el cortejo paró. Estábamos ya a la entrada del cementerio.

Todo aquel local estaba lleno de gente desencarnada.

Con resolución, intenté seguir hacia adentro, pero Bezerra, abrazándome fraternalmente, me recomendó compasivo: Amigo mío, no intente esa lección ahora. Recordemos la parábola y dejemos a los muertos el cuidado de enterrar los muertos.

Enseguida, pidió a los nuevos circunstantes que nos dejaran a solas hasta el momento de la retirada definitiva.

Percibiendo mi desasosiego, me dijo con el mejor buen humor:

Usted no sabe lo que está deseando, Jacobo. Los entierros con mucha concurrencia, imponen gran perturbación al alma. Además, no desconoce que las vibraciones de aquellos que lo aman, han de alcanzarlo en cualquier lugar en que se encuentre

En virtud de aquella respetable opinión, me aparté del cuerpo muerto, en el momento en que penetraba en su nueva morada.

6. EL PASAJE

¡Cuántas veces juzgué que morir constituyese una mera liberación; que el alma, al deshacerse de los lazos carnales, viajaría en plena atmósfera, usando las facultades del vuelo! Pero, si resulta fácil dejar el vehículo físico, es muy difícil abandonar la vieja morada del mundo.

Puedo hoy decir que los hilos morales son mucho más fuertes que las ligaduras de la carne; y si el hombre no se preparó convenientemente para renunciar a los hábitos antiguos y a las comodidades de las sentidos corporales, habrá que demorarse prendido al mismo campo de la lucha en que el cuerpo físico se descompone y desaparece. Y si el hombre complicó el destino, asumiendo graves compromisos con sus semejantes, a través de acciones criminales, se debatirá, llorará y reclamará en vano, porque las leyes que mantienen en cohesión los astros del Cielo y las células de la Tierra, determinan su encarcelamiento en sus propias creaciones interiores.

Si el bien salva e ilumina, el mal pierde y oscurece.

Librémonos del débito, para que no tengamos que sumergirnos en el rescate laborioso, y rectifiquemos el error a tiempo, evitando la rectificación muchas veces dolorosa.

EN LA EXPECTATIVA INQUIETANTE

Ahora que me desembaracé del cuerpo grosero, ya restituido a la Tierra, madre común de las formas mortales, me intrigaba mi propio destino.

Abandonamos el cementerio, y, preocupado, observé que Marta me sonreía afablemente.

Bezerra y el Hermano Andrade se despidieron con afectuoso abrazo, diciendo que nos esperarían dentro de dos horas, en determinado sitio frente al mar.

Mi hija respondió por mí, afirmando que no faltaríamos. Solos, ahora, me preguntó si no querría decir adiós al antiguo hogar.

Accedí, muy contento.

¡Con qué ansiedad volví al ambiente familiar! Contemplé enternecido todo lo que fuera reunido por la ternura de las hijas alrededor de mis necesidades de anciano, y, en medio del llanto que brotó abundante de mis ojos, di rienda suelta a mis pensamientos de paz y de gratitud.

Visité el núcleo de trabajo en el que tantas veces había sido beneficiado por la gracia divina; abracé espiritualmente a algunos amigos, y nos pusimos en camino en dirección a la playa.

¿A qué destino me dirigía?

Desencarnado como me hallaba, ¿por qué motivo no venía a mi memoria, súbitamente, toda la trama de las reminiscencias del pasado? ¿Por qué razones no me

acordaba de mi existencia anterior? ¿En dónde estaría mi nueva morada? ¿En la región europea en la que había encarnado, o en la zona americana en la que fuera beneficiado con las benditas oportunidades del servicio y de la experiencia?

Marta comprendió mi inquietud y rae recomendó paciencia.

Los problemas se me irían solucionando poco a poco. En rápidos minutos alcanzáramos la playa. ¿Para donde me dirigía?

ENTRE COMPAÑEROS

Pasada media hora, se reunía a nuestro lado un pequeño grupo. Los espíritus protectores traían otras criaturas tan necesitadas de asistencia como yo.

Me aclaró Marta que otros desencarnados, carentes de amparo, eran reunidos allí, esperando también la oportunidad de dejar los círculos terrenales.

Con admiración, noté que se hallaban abatidos y cansados.

Con excepción de dos de aquellos quince "convalecientes de la muerte" que se aglomeraban junto a mí, bajo la protección de abnegados amigos, tenían la mirada vitrificada y se movían maquinalmente orientados per sus bienhechores.

Creo que, a mi vez, mi aspecto exterior no era más atrayente; no obstante, no perdiera la facultad de analizar la situación.

Podía conversar a voluntad y aun confortar a uno de ellos, de los de mejor posición psíquica, que simpatizó conmigo a primera vista.

El Hermano Andrade, de nuevo con nosotros, me aclaró con delicadeza que no todos aquellos socorridos habían desencarnado en la víspera. Algunos habían sido liberados desde hacía algunos días, pero no habían estado todavía en condiciones de seguir hacia adelante, hasta aquella noche llena de hermosura y de paz. Afirmó que no era tan fácil abandonar solo, sin mayor experiencia en la espiritualidad superior, el domicilio de los hombres. Innumerables entidades inferiores .cercan a los desencarnados, intentando encadenarlos a las sensaciones del plano físico. No resultaba justo, por tanto, exponer amigos bien intencionados a tales ataques; y era por eso que se formaban extensos cordones de vigilancia. Me decía que los pensamientos desordenados de millones de personas encarnadas y desencarnados, del ambiente humano, crean verdaderos campos de imantación a los cuales no se sustrae el alma fácilmente. Agregó que nuestra retirada, en peligrosa circunstancia como aquella, en que la expedición conducía algunos hermanos casi inconscientes, se realizaría con más éxito sobre el campo o sobre el mar. La atmósfera, sobre esos elementos, es más simple, más natural.

Tuve la impresión de que Bezerra era el supervisor del viaje, Organizó los grupos, distribuyó instrucciones, y nos estimulaba vigorosamente a uno por uno.

Se aproximó a mí y me informó que la primera jornada de los que se libran de los lazos carnales, exige precauciones que garanticen su tranquilidad; haciéndome conocer que aún nos demoraríamos un tanto, esperando una profesora que residía en un barrio distante.

Pasaron unos minutos, y una respetable señora, acompañada por dos bienhechores, se acercó a nosotros.

Reconocí su elevación espiritual por la envidiable serenidad que revelaba. Una hermosa alegría se traslucía, de su semblante lleno de calma. Nos saludó a todos, llena de simpatía y de felicidad. De todos los desencarnados que allí nos reuníamos, era la única cuyo pecho irradiaba luz. Reconocí en ella la verdadera humildad cristiana. La evidente superioridad que la distinguía de nosotros parecía afligirla, tal era la modestia que reflejaba su actitud.

Bezerra la cumplimentó bondadosamente, y confié, lo que, observando aquella mujer de maneras sencillas' y afables, emitiendo-luminosidad sublime, me asaltó el corazón inopinado sentimiento de envidia.

Marta me dirigió una mirada de dulce reprimenda.

Prontamente me tranquilicé, ponderando los sacrificios a que ciertamente habría sido llevada aquella bienaventurada criatura, que tan fuertemente me impresionaba, para conquistar aquel precioso tributo.

En posesión de enorme caudal de informaciones sobre los perjudiciales efectos de pensamientos indignos, traté de obtener mi propia recuperación, reconciliándome apresuradamente conmigo mismo, ante la venerable educadora cuya superioridad casi me hirió. Reafirmé las ideas del bien, dándoles intenso curso en mi actividad interna.

Mi hija sonrió, aprobando mi conducta, silenciosamente.

EL AVISO DE BEZERRA

Preparados ya cuanto era posible, Bezerra hizo uso de la palabra para aconsejarnos y darnos a conocer los peligros del camino.

No puedo reproducir sus observaciones al pie de la letra, pero el gran bienhechor anunció que nos esperaban sorpresas dolorosas si no sabíamos mantener nuestra serenidad en el vuelo. Con excepción de la hermana que se nos había reunido últimamente, no teníamos el poder de la "irradiación luminosa", condición de garantía para el éxito de la defensa contra cualquier ataque de la región tenebrosa. Casi todos los recién desencarnados estábamos desprevenidos en cuanto a semejante recurso, así como ajenos a la debida preparación interior, no obstante la amplitud de nuestra confianza en Dios. Podríamos, por tanto, caer en afinidad con las fuerzas de la ignorancia, enemigas del bien. Nos conservábamos bajo la custodia de

elevados bienhechores que se interesaban por nosotros y por nuestros destinos. Si bien es verdad que habíamos manifestado cierto esfuerzo en el servicio de la creencia religiosa, habíamos sido más apasionados por la idea elevada, que realizadores de ella en el mundo. Nos hallábamos ahora en un campo diferente de la materia, en donde solamente los conquistadores de sí mismos, en el supremo bien al prójimo, alcanzaban posición de altura y de dominio. Mientras nos hallábamos en el plano carnal, podíamos gastar la sagrada forma de la vida lisonjeando los placeres de la plenitud física, olvidando de ejercitar y desarrollar las energías internas. Aquí, sin embargo, éramos obligados a reajustar apresuradamente el caudal de nuestros recursos íntimos, centralizándolos en la sublimación de la vida, con vista al porvenir, si no queríamos dilatar la permanencia en los círculos inferiores, acentuando cualidades poco dignas. La jornada, pues, representaba la primera experiencia importante para nosotros, reclamando nuestra determinación de proseguir hacia lo alto, con el máximo de desprendimiento de la vieja estrada de luchas que abandonábamos. De otro modo, probablemente seríamos alcanzados por vibraciones negativas, que nos inclinarían al retorno.

La advertencia de Bezerra penetró profundamente en todos nosotros, adquiriendo plena noción de la gravedad de aquella hora.

Observando que eran muchos los que permanecían como narcotizados, pregunté a Marta, discretamente, cómo se comportarían ellos ante el severo aviso,

informándome mi hija de que aquellos hermanos que se hallaban en "traumatismo psíquico", despertarían dentro de breves instantes, tanto como les fuera posible, y que, en el fondo, cada cual registraba la advertencia a su modo, según les permitía la capacidad de comprensión, no obstante la situación de semi-inconsciencia en que se hallaban.

Pretendía formular ligera pregunta sobre la "irradiación luminosa" a que Bezerra se había referido, pero Marta me pidió bondadosamente que dejase las preguntas para después.

LA PARTIDA

Breves minutos más, y ya nos hallábamos dispuestos. El Hermano Andrade y Marta me sostenían con sus brazos, uno a cada lado.

De igual modo se habían formado otros grupos.

Los recién desencarnados, tal como me ocurría a mí, iban amparados, uno a uno, por amigos espirituales, estimando yo que éstos constituían las dos terceras partes de nuestra expedición.

La capacidad de volar está íntimamente asociada a la fuerza mental, porque después de oír la oración del supervisor, comenzamos a flotar, por encima del suelo, guardando para mí la nítida impresión de que el vigoroso pensamiento de Bezerra nos comandaba.

El poder de la individualidad evolucionada y perfeccionada, en lo espiritual, debe asemejarse, en alguna forma, al poder de una dinamo generadora, en electricidad, porque sentía en mí, de modo inequívoco, el impulso determinante del orientador que iba al frente.

No seguíamos en cordón continuo, sino en grupos de dos, tres y cuatro, unidos los unos a los otros.

A pesar de mi abatimiento, no quise perder el nuevo espectáculo.

Dentro de breves minutos, teníamos las aguas del mar a nuestros pies, elevándonos lentamente, a modo de peces humanos en un mar aéreo.

¡Extraña observación! Juzgué que podríamos continuar viendo los edificios, la arboleda, los ríos y el océano, aunque el vuelo era nocturno, como si contemplásemos el suelo desde la ventana de un avión común; pero la sombra, abajo, se hacía asustadoramente más densa.

Pregunté al Hermano Andrade, cuál era el origen de aquel fenómeno, y me contestó que la esfera carnal permanece cercada por vasta condensación de las energías inferiores diariamente libertadas por la mayoría de las inteligencias desencarnadas, del mismo modo que la araña vive enredada en su propia tela, y que de lo alto, gracias al poder visual de que ya disponía, podía ver el material oscuro que rodeaba la morada de los hombres.

Al preguntarle si acontecería lo mismo en el caso de que nuestro viaje se realizara durante el día, contestó:

— No. Tal como acontece a los hombres, a los animales y a los árboles, hay también "un movimiento de

7. INCIDENTE EN EL VIAJE

Si el hombre conociera la extensión de la vida que lo espera más allá de la muerte del cuerpo, seguramente seguiría otras normas de conducta en la Tierra.

No me refiero a los materialistas faltos de fe. Además, la mayoría de los ateos no pasan de ser criaturas espirituales, necesitadas de protección y enseñanza.

Me refiero, principalmente, a los que adoptan una creencia religiosa, de labios para afuera, usando la palabra y las pasiones, sin cultivar en lo íntimo las verdades renovadoras que sustentan.

Nosotros mismos, los que nos beneficiamos con el conocimiento de los principios del Espiritismo Cristiano, especialmente los que oímos los mensajes de los que moran en otros planos de la vida eterna, si habláramos menos y cumpliéramos mejor en relación con las lecciones que recibimos y trasmitimos, disfrutaríamos de mejores condiciones más allá del sepulcro; porque la justicia nos apremia en todas partes, y porque llevamos con nosotros mismos, donde quiera que vayamos, las señales de nuestros defectos o virtudes.

Después de la sepultura, sabemos, con exactitud, que el reino del bien o el dominio del mal, moran dentro de nosotros mismos.

ATRAVESANDO SOMBRÍA REGIÓN

Seguíamos sin novedad, y poco a poco me adaptaba al vuelo, como alumno que aprovecha la prueba.

En torno nuestro oscurecía siempre, a pesar de las estrellas que brillaban en lo alto.

Tenía la absoluta noción de que viajábamos sobre un vasto abismo de tinieblas. Observaba no obstante, con admiración, que no me parecía hallarme en proceso de ascensión. La idea de verticalidad estaba tan lejos de nosotros, como la línea de esfericidad lo está a la apreciación del hombre que habita en el globo terráqueo.

Reparé, con recelo, que no lejos de la ruta que recorriamos, aparecían, aunque vagamente, señales de vida y de movimiento. De cuando en cuando, nuestros oídos eran heridos por ruidos y voces desagradables. De espacio en espacio, surgían a nuestra vista formas monstruosas, y, por lo que me era dable percibir, flotaban sobre aquella región verdaderos volcanes cuyo "suelo inestable" ofrecía erupciones en los más diversos puntos.

Lo que nos afligía verdaderamente, era la contemplación de seres en lamentable aspecto, más allá de los márgenes del camino.

No estoy autorizado a describir lo que vi, pero puedo afirmar que las figuras más siniestras de la Mitología, son poca cosa ante aquella realidad que me sorprendía.

Observando el Hermano Andrade el temor que me asaltaba, me explicó, en voz baja, que los planos habitados

por la mente encarnada, emitían, en combinación con las creaciones de los espíritus inferiores desencarnadas, formas perturbadoras, cuando no horripilantes, toda vez que la mayoría de las personas terrestres, tanto encarnadas como desencarnadas, se manifestaban, en lo íntimo, casi en forma irracional. En su información, hizo sobresalir que la esfera próxima al hombre común, en razón de lo expuesto, se halla poblada de un verdadero aluvión de seres extraños, caprichosos y muchas veces feroces. Llegó hasta decir que innumerables sabios de la espiritualidad superior clasifican tal región como la del "imperio de los dragones del mar". Recordé la lectura de las páginas mediúmnicas que había conocida antes de la muerte, y el atento compañero las confirmó, declarando que la zona en que viajábamos constituía realmente el umbral vastísimo entre la residencia de los hermanos encarnados y los círculos vecinos,

Agregó que el pensamiento esparce vibraciones en todas las latitudes del Universo, y que las proyecciones de la mente encarnada en el planeta Tierra, por desgracia, no corresponden a los ideales superiores que inspiran las leyes de la Humanidad. Los hombres, por fuera, añadió el espíritu protector, en las actividades de la vida social, aparentan caballeridad y nobleza; mientras que por dentro, en la expresión real del ser, revelan cualidades poco dignas, muy próximas a los impulsos de los animales. En la manifestación libre del espíritu, prevalece la verdad del alma, no la apariencia de la forma pasajera; y de ahí resulta el enorme cosmorama de zonas oscuras, de tortura

y de dolor, que rodean el plano terrestre, en cuya sustancia, igualmente sutil, operan las entidades perversas, al modo del lobo que puede beber en la misma fuente en que la mansa oveja sacia su sed.

Me di perfecta cuenta de que el bienhechor deseaba destacar que en tales lugares tanto puede el emisario del amor ejercitarse en la práctica del bien, como puede el malhechor de las sombras internarse en el crimen, en el mal.

Comprendiendo realmente que sus atenciones se dividían entre el cariño que me tenía y la expectativa asfixiante del momento, frené el deseo de seguir preguntando.

NUEVA ADVERTENCIA

¿Cuántas horas debíamos emplear viajando sobre él en tenso imperio de las sombras?

Inútilmente trataba de adquirir la noción del tiempo. El abatimiento, y las sorpresas entorpecían el control de mi mente.

Continuábamos sin novedades dignas de mención especial, a través de aquella zona triste y oscura, cuando uno de los miembros de la expedición, que se hallaba al lado de Bezerra, le mostró un objeto semejante a la brújula que conocemos en la Tierra, emitiendo impresiones que el supervisor escuchó con gran atención. Después, el venerable amigo determinó que hiciéramos una pausa, y,

congregándonos a todos a su alrededor, nos dijo en voz baja y prudente, que nos estábamos acercando a un puente que daba acceso a los círculos de actividad espiritual dignificada, en los que nos esperaban. Mientras tanto, el registro magnético del psiquismo de nuestro grupo, señalaba el fenómeno que clasificó como de "inquietante media de pavor". Agregó que la importancia de aquel puente era tan grande, que, comúnmente, muchos habitantes de las regiones perturbadas, se aglomeraban en la base que debíamos alcanzar dentro de poco, amenazando los candidatos conducidos al reino de la luz. Nos pidió calma y decisión, silencio y oración, y, sobre todo, nos recomendó la obligación en que estábamos de olvidar cualquier falta grave del pasado, a fin de que no cayéramos en afinidad con los espíritus ignorantes, penitentes o malhechores, que moraban en aquellos dominios. Debíamos mantener armonía y serenidad en nosotros mismos, porque de no hacerlo así, podríamos interrumpir la corriente de fuerza que sustentaba a los compañeros menos aptos para el servicio del vuelo.

EL PUENTE ILUMINADO

No nos habíamos movido mucho tiempo, cuando un haz de luz sublime barrió el cielo, no lejos de allí, iluminando un puente cuya extensión no pude, de momento, precisar.

Tan hermosa y sorprendente fue la revelación del próximo horizonte, que muchos no pudimos reprimir el llanto. Aquella emotividad, no provenía de la deslumbrante claridad que habían alcanzado nuestros ojos, sino del conmovedor mensaje de amor que emanaba de aquellos rayos brillantes que habían recorrido el firmamento a semejanza de un bello arco iris móvil.

Mientras muchos compañeros contenían con gran esfuerzo las notas de asombro que nos dominaban, cerré los ojos, humildemente avergonzado.

Un temor súbito se apoderaba de mi alma.

¿Había cumplido yo con todos mis deberes? Sí debía comparecer ante un tribunal de la vida superior, ¿estaba preparado para presentar una conciencia limpia de culpas? ¿Cómo serían examinados todos mis actos? ¿Bastaría la buena intención para justificar las propias faltas?

Aquella señal luminosa cortó rápidamente el cielo de nuevo.

Mi alegría ante la aproximación de un plano más elevado era inexplicable, pero la noción de responsabilidad en relación con las dádivas recibidas en el mundo que acababa de dejar, pesaba ahora mucho más intensamente sobre mí... ¿Merecería el ingreso en aquel lugar celestial?

Copiosas lágrimas corrían por mi rostro, cuando el grupo se paró. En el mismo instante oí a uno de los recién desencarnados gritar en medio de llanto convulso:

— ¡No! ¡No!; ¡No puedo! ¡Yo maté en la Tierra! ¡No merezco la luz divina! ¡Soy un asesino! ¡Un asesino!

Aquellos gritos resonaran lúgubrementemente adentrándose en aquellas sombras en las que todavía nos hallábamos.

Otras voces horribles respondieron:

— ¡Vigilemos el puente! ¡Los asesinos no pasan, no pasan!

Me pareció que multitud de fieras se preparaba para asaltarnos.

A corta distancia, la resplandeciente proyección del invisible faro alumbraba el camino, como si fuera movido en "cámara lenta".

Entre nosotros surgían las emociones y las lágrimas, rodeando a un compañero en crisis.

En torno, amenazas y lamentos extraños.

Bezerra, sereno, pero profundamente preocupado, rompió la expectación, recordándonos que debíamos olvidar los errores del pasado; y añadiendo que uno de los amigos, al dejarse influenciar demasiado por el recuerdo del mal, había causado discontinuidad en nuestro viaje. Agregó que las reminiscencias de faltas transitorias no deberían perturbarnos, puesto que bastaría sintonizarnos excesivamente con el pasado para causar serios perjuicios a otros y a nosotros mismos, en circunstancias tan delicadas como aquella en que nos entrábamos. Dijo que el hermano en crisis fuera realmente un homicida en otra época, pero había trabajado en favor de su propia regeneración y en bien de la Humanidad, con tanto valor

en los últimos años de su existencia, que había merecido cariñosa protección de los orientadores de lo Alto, y que no debía llevar la penitencia tan lejos, por lo menos en aquel momento, hasta el punto de amenazar el éxito de la expedición. Necesitábamos atar el "hilo de la unión mental común", con el fin de que nuestra capacidad de vuelo fuese mantenida en alto. De lo contrario, la concentración en masa de entidades inferiores que se hallaba a] pie del puente que se extiende sobre el abismo, tal vez dificultase nuestro pasaje.

Terminada aquella observación, Bezerra me señaló, pidiéndome orara en voz alta, a fin de que nuestra corriente de energía espiritual se rehiciera.

EN ORACIÓN

Espantado con aquella designación superior, sentí miedo y vacilé. Iba a pronunciar una frase cualquiera para eludir el encargo, pero Marta me dirigió una mirada expresiva. En silencio, me pedía obedeciera la orden recibida, prometiéndome ayudarme en el cometido.

Amparado por ella y por el Hermano Andrade, me dispuse a cumplir lo ordenado.

¿Qué oración pronunciaría? Mi cerebro se mantenía incapacitado para crear una oración verbal que fuera compatible con las aflicciones de aquel momento. Escuchando los rugidos que provenían de las tinieblas, miré a mi hijita, y recordé que Marta había repetido a mis oídos

el Salmo 23 en los inquietantes instantes de mi liberación de la carne. Copiaría su gesto. Y elevando mi mente a lo Alto, sintiendo que por momentos la emoción y el llanto entrecortaban mis palabras, repetí los versículos sagrados.

Alrededor, conspiraban, en perjuicio nuestro, la algazara y las amenazas. No obstante, cuando pronuncié las frases de confianza: "Aunque andemos por el valle de la sombra y de la muerte, no temeremos mal 'alguno, porque EL, el Señor, está con nosotros; su voluntad y su vigilancia nos consuelan", nuestro grupo, con Bezerra al frente, se elevó sin dificultad y alcanzamos el puente, atravesándolo a pocos pies de altura por encima del arco en que se estructuraba, conservando el espíritu en oración expectante, como si pesada fuerza de imantación nos atrajese fuertemente hacia el abismo.

¿Qué pluma del plano carnal conseguiría describir nuestra sensación de contentura y de alivio?

Surgen momentos en la vida, en los que solamente el profundo silencio del alma consigue traducir la paz, la gratitud y la alegría.

8. LA LLEGADA

¿Qué sería de la existencia humana si todos los hombres tuvieran la certeza de que viven rodeados por la "nube de testigos espirituales"? ¿Cómo actuaría la criatura en la vida doméstica y en el círculo social si estuviese convencida de que amigos y seres afectivos la esperan en otro hogar?

Viajero inseguro, prefiriendo rutas inciertas, el espíritu encarnado casi nunca se recuerda de que es un simple huésped en la esfera que lo recibe. Si no fuese un desmemoriado para las bendiciones divinas, el camino a través de la carne le sería mucho más provechoso, y el regreso le resultaría más fácil.

Esos pensamientos asaltaban mi cerebro ante los amigos acogedores. ¡Nos esperaban contentos, en el "otro lado", con el generoso abrazo de la bienvenida!

¡Ninguno de nosotros, los que hacíamos aquella travesía por primera vez después de demorada permanencia en la carne, quedó huérfano de lágrimas venturosas! Las explosiones de cariño con que éramos recibidos me hacían pensar que ingresaba en un paraíso.

EN DIFERENTE PAISAJE

El paisaje se había modificado después de trasponer el extenso puente. La oscuridad casi absoluta había quedado atrás en los caminos recorridos, y la atmósfera nocturna se hiciera más ligera, más clara. El aire estaba impregnado de perfumes sutiles.

Moviéndose a nuestro lado, los amigos que nos esperaban después del despeñadero, entonaban cánticos de júbilo. No había nota alguna de tristeza en aquellos himnos de regocijo. Se basaban todos en soberana alegría, como si estuviésemos regresando a la casa paterna, como el hijo pródigo de la parábola. Algunos estaban acompañados por Marta, cuya voz cristalina me ayudaba a combatir el cansancio y el abatimiento.

Muchos de los compañeros sostenían antorchas encendidas, y a su claridad, se les veía el semblante iluminado y feliz.

El vuelo se hacía más agradable, más rápido.

El camino que recorriamos estaba marginado de flores. Algunas de ellas parecían hechas de radiosa sustancia, haciendo aparecer el paisaje como una copia del firmamento.

Los árboles próximos parecían cubiertos de estrellas.

Oyendo las melodías suaves que eran llevadas a lo lejos por el viento fresco que nos soplaba levemente sobre el rostro, no podría expresar, en modo alguno, la emoción que me dominaba.

¿A qué país, en realidad, fuera yo arrebatado por la muerte? ¿Habría subido la Tierra al Cielo, o el Cielo habría bajado a la Tierra?

En verdad, insoportable deseo de dormir amplia y despreocupadamente, esclavizaba mis sentidos. Las aflicciones de naturaleza física habían terminado; mas cierta fatiga sin dolor me dominaba enteramente.

No obstante, aquellas voces argentinas elevándose a lo alto alegremente, parecían embalsamar mi ser revigorizando mis energías. Los versos conmovedores de los cantos y la música espiritualizada que vagaba en la atmósfera, me arrancaban lágrimas inolvidables.

¿Qué había hecho yo en el mundo para merecer la devoción de los amigos y las ternuras de mi hija?

¿Por qué no me había recordado con mayor frecuencia en la Tierra, de que retornaría al Hogar Espiritual? Había pensado en la muerte, la esperara con serenidad y providenciara cuanto juzgara justo para cuando mi cuerpo exhausto bajara al sepulcro; pero no había supuesto que la vida, aquí, fuera tan natural. Si lo hubiera sabido antes, me hubiera preocupado en sembrar el bien y la luz más intensamente, en la causa que abrazamos.

ENCUENTRO EMOCIONANTE

Meditando en las festividades cristianas de los tiempos del Evangelio, noté Que un celeste bando de aves luminosas surgía a lo lejos, volando a nuestro encuentro.

¿Qué pájaros serían aquellos? Había leído en varios dictados medianímicos, informes sobre la existencia de aves diferentes a las nuestras, existentes en las esferas cercanas al plano físico; pero eran tan bellos aquellos seres alados que se revelaban a mis ojos, que no dudé en preguntar al Hermano Andrade sobre su procedencia.

Ante mi interpelación, no ocultó la risa afable y aclaró:

— No son aves. Son criaturas. Tengo información de que vienen al encuentro de la hermana M...

Y designó la profesora cuyo cuerpo espiritual se caracterizaba por hermosas radiaciones de luz.

Con la mayor atención, continuó diciendo:

— Algunos de esos espíritus infantiles recibieran de ella el sublime calor de la maternidad.

Casi al mismo instante, se particularizaba aquella asamblea de niños. Bajo la admiración de todos que habíamos interrumpido la marcha conmovidos, nos alcanzaran cantando un maravilloso himno de glorificación a la tarea santificadora de la maternidad espiritual, que las educadoras humildes, muchas veces abnegadas y anónimas, abrazan en la Tierra.

Los pequeñitos la rodeaban felices, y uno de ellos, que había sido tierno hijo suyo en el mundo, se abrazó a su cuello gritando:

— ¡Mamá! ¡Mamá!

Observé que la venturosa mujer dominada por emotividad interior, se hiciera más radiante y más bella,

pareciéndome que tenía una estrella incrustada en el corazón.

Eran tan profundos los sentimientos que envolvían su alma, que se prosternó de rodillas, sollozando.

El espíritu de una pequeña niña de ojos brillantes y aureolados de luz, le comunicó que otra escuela mucho más linda la esperaba en una región celestial.

¿Cómo no llorar todos ante aquellas manifestaciones de ternura?

Despidiéndose dichosa, rodeada por las criaturas que le fueran tan amadas, oró en medio de lágrimas abundantes emocionando nuestros corazones.

Inmediatamente la vimos tomar rumbo diferente, amparada por los amigos que la seguían desde el principio, y por los pequeños y tiernos espíritus, en un grupo iluminado y maravilloso que se remontó rápidamente hacia una ignota región de la patria infinita.

VIEJOS AMIGOS

Nuestro grupo seguía volando...

La luz que de vez en cuando barría el cielo, lenta y sublime, en forma de abanico, parecía más próxima.

Comenzamos a divisar encantadoras y espaciosas viviendas.

De distancia en distancia, comparecían pequeñas comisiones, que venían al encuentro de sus amigos...

Los abrazos fraternales se distribuían a cada momento. Pero ninguna otra despedida llegó a semejarse a aquella de la profesora desconocida llena de devoción.

Proseguíamos ya en reducido número, cuando de un grupo de cuatro personas que nos alcanzó, fue pronunciado mi nombre en alta voz:

— ¡Jacobo! ¡Jacobo!

Sonriendo, el espíritu de Bezerra determinó nueva pausa en la jornada, se volvió hacia mí, me dio un abrazo, y me condujo hacia ellas.

Las palabras no pueden describir las grandes emociones.

Sorprendido, lleno de júbilo, conteniendo malamente el llanto y la emotividad, di un grito de alegría. Eran Guillón y Cirne, Bittencourt y Sayáo (1).

(1) Ver las Notas que aparecen al final de este volumen. VOLVÍ.

Me abrazaron efusivamente, y, por las miradas graves y afectuosas que me dirigían, demostraban saber cuánto pasaba por mi alma.

Me sentía en la situación del viajero que vuelve de lejos, con la bolsa llena de novedades. No obstante la debilidad que me afligía, hubiera empleado horas y horas dándoles noticias de los compañeros que aún quedaban en la Tierra, como trabajadores de la retaguardia.

Pero ellos no parecían muy interesados en recibir mis informaciones.

Habló Cirne bondadosamente de las dificultades que sufrimos al desencarnar. Añadió que mi caso, no obstante, era agradable y pacífico, por la forma en que había vivido

los últimos tiempos de mi vejez octogenaria, destacando que a él no le había sucedido lo mismo debido al repentino ataque de angina que sufriera.

Guillón interrumpió nuestra ligera conversación:

Dejemos libre a Jacobo, dijo con alegría; ya tendremos tiempo para conversar.

Me dolía separarme de ellos, ante aquella oportunidad que se me figuraba de las mejores para cambiar impresiones.

¡Oh! Exclamé consternada. ¿Cuándo nos veremos de nuevo?

Guillón se rió ante mi gesto de angustia, añadiendo:

¡Vamos, Jacobo! ¿Se olvida de que es eterno? Vaya a descansar.

Se fueron contentos, alegando ocupaciones inmediatas. No podían acompañarme. Me verían en la primera oportunidad.

Bezerra, paternal, se regocijaba. Menos preocupado con nuestro grupo, pues fueran muchos los componentes que habían sido encaminados a diferentes destinos, el delicado supervisor se mantuvo a mi lado en conversación aclaratoria, comentando la extensión y la diversidad de las tareas que nos separaban más allá del túmulo.

Explicaba cuidadosamente el desarrollo del Espiritismo en el Brasil, cuando llegamos a una casa iluminada, de graciosa configuración.

— ¡Al fin!

El espíritu de Bezerra, entonces, indicó la entrada, me abrazó afectuosamente, y dijo:

— Descanse.

Intenté seguirlo, instintivamente, pero el estimado protector me prometió firmemente:

— Nos veremos más tarde.

EL REPOSO

El Hermano Andrade me acompañó con la mayor delicadeza.

Penetré en aquella casa acogedora, bajo fuerte impresión de paz y de ventura.

Me era difícil determinar si me hallaba lejos de la vida terrestre. El ambiente hogareño era perfecto, aunque muy acentuada la belleza de los aspectos exteriores. Tapetes, muebles, adornos e iluminación, eran más bellos y más leves, y, a pesar de revelar magnífico gusto, no ostentaban netas de lujo.

De las paredes estructuradas en sustancia semiluminosa, pendían varios retratos.

Una señora simpática y respetable nos recibió con exquisitas demostraciones de ternura. Ante mi falta de memoria, mi hija Marta dio su nombre. La abracé en un transporte de indefinible felicidad. ¿Cómo no recordarlo en los días inolvidables de la infancia? Había sido para mi hija, como para mí, una segunda madre. La designaré con el nombre de "Mamá Frida", ya que, por orden superior, no estoy autorizado a dar su nombre verdadero.

Intenté una conversación prolongada, haciendo preguntas oportunas, pero observé que hallándome ya fuera del grupo en que viajara, y desligado de la influencia vivificante del espíritu de Bezerra, mi cansancio se hacía invencible.

Hasta allí, en aquella jornada de prolongado curso, me aclaró Marta, estuve sustentado en gran parte por la cooperación magnética del conjunto de los compañeros.

Traté de mantenerme en pie, pero la disnea me volvía angustiándome.

El Hermano Andrade me condujo a una amplia habitación que mi hija me había dispuesto, abrió una gran ventana a través de la cual pude contemplar las pálidas estrellas de la mañana que ya se anunciaba, me acomodó en un lecho mullido, y después de aplicarme pases reconfortantes, me recomendó fraternalmente:

— Duerma tranquilo.

Y sin saber cómo, me entregué al reposo, encantado y feliz.

9. ACLARACIONES

Despertando del extraño sopor en el que me sumergiera, no podría precisar cuánto tiempo reposé. No calificaría como sueño común aquel estado en que permaneciera inmovilizado. Se trataba de un reposo desconocido para mí todavía. Mi cuerpo espiritual se hallaba postrado en un lecho acogedor; no obstante, me hallaba en una atmósfera reveladora y sorprendente. Las imágenes no vagaban imprecisas como acontece en el sueño corriente, en el que la persona, terminado el sueño, es incapaz de obtener de la memoria relaciones precisas.

Los cuadros que se habían sucedido unos a otros, claros y firmes, permanecían ampliamente fijados en mi recordación.

Me vi de niño, en la tierra en que nací, y recordé mi peregrinación desde el Viejo Mundo hacia la América, con una riqueza de particularidades que me espantaba. Tal como si se tratara de acontecimientos sucedidos en la víspera.

Reviví, en aquella maravillosa e inexplicable regresión de la mente, afectos preciosos, y abracé a mis padres, viajando a través de lugares desconocidos.

REANIMADO

Al despertar, encontré al Hermano Andrade junto a mí. Estimo que me había aplicado recursos fluídicos que vigorizaron mis energías.

No me hallaba repuesto del todo; mientras tanto, ¡qué alegre sensación de ligereza experimentaba ahora! Me sentía rejuvenecido, optimista y contento. Marisa unió sus votos de felicidad al estimado bienhechor que me prestaba su asistencia.

Al poco tiempo, noté admirado que sentía necesidad de alimentarme. No experimentaba la aflicción de los estómagos hambrientos en la esfera carnal. Sentía, sí, determinada debilidad que sabía, de antemano, habría de desaparecer al ingerir alguna sustancia líquida.

Mi hija comprendió lo que me estaba sucediendo, porque, pasados algunos instantes, me trajo un pequeño recipiente con ciertos jugos de plantas de mi nueva morada.

Lo tomé con alguna dificultad, encontrándolo de delicioso sabor.

Mi debilidad cedió como por encanto.

Me encontré de buen ánimo para hacer preguntas. No ignoraba que al levantarme para contemplar el hermoso día que resplandecía allá afuera, me esperaba otra vida intensa y diferente.

Interrogaciones inevitables me martillaban en el cerebro, y juzgué oportuno valerme del favor del Hermano Andrade para formularlas sin demora.

Lo consulté sobre las posibilidades de solicitar las aclaraciones que yo deseaba y de buen grado, se puso a mi disposición para corresponder a las que fueran necesarias.

EL REPOSO MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Le conté que, al descansar, no tuviera la impresión de haber dormido, como me sucedía mientras disponía del cuerpo carnal. Había permanecido bajo una curiosa posición psíquica, durante la cual estuviera viajando lejos, contemplando personas y paisajes diversos. Suponía, por tanto, no haber dormido propiamente dicho.

Me escuchó con atención, explicándome que el reposo para los desencarnados varía hasta lo infinito.

El espíritu ligado en demasía a los intereses humanos, siente la necesidad de sumergirse ampliamente en la inconsciencia casi total, después de la muerte. La falta de motivos nobles en los impulsos de la individualidad, establece profunda incomprensión en el alma libre de las redes fisiológicas, y se comporta, ante la grandeza de la espiritualidad superior, en igual forma que lo haría un salvaje recientemente salido de la floresta, ante una asamblea de inteligencias consagradas a las realizaciones artísticas: casi nada entendería de lo que ve y de lo que oye, demostrando la necesidad de un rápido regreso a la tribu de la cual del mismo modo se desligara vagamente para adaptarse a la civilización. En igual forma, los criminales y los viciosos de todas clases, con el espíritu

encarcelado en las gradas de las propias obras esclavizadoras, no encuentran placer en las indagaciones espirituales de naturaleza elevada, reclamando la inmersión en los fluidos pesados de la lucha expiatoria, en la que el dolor sistemático va trabajando el alma como un buril milagroso embellece la piedra. Para las entidades de esa naturaleza, se impone un sopor casi absoluto, inmediatamente después de la muerte, ante la falta de llamadas ennoblecedoras en la conciencia primitiva o delincuente. Terminada la lucha terrena, entran en el período de sueño pacífico o de pesadilla torturante, conforme a la posición en que se sitúan, cuyo período varía de acuerdo con el cuadro general de probabilidades de resurgimiento moral o de más aflictiva caída que los interesados presentan. Terminada esa etapa, que podemos denominar de "hibernación de la conciencia", los desencarnados de ese tipo son reconducidos a la carne o recogidos en establecimientos educacionales en los círculos inferiores, para el aprovechamiento de sus posibilidades en el servicio noble, no obstante ser de orden primario.

No ocurre lo mismo con el espíritu de tipo medio, de regular cultura filosófico-religiosa y sin compromisos oscuros en la experiencia material. Cuanto mayor sea el esfuerzo de las almas de esa naturaleza por atender los designios divinos en el campo físico, más amplia es la lucidez a que se hacen acreedores en las esferas del Más Allá.

Mientras la mente de las primeras se ve impelida al fondo de los abismos de las impresiones humanas, a las cuales se adhieren como las ostras a su propia cubierta, la mente de las segundas trata de elevarse, en proporción a lo que le permitan sus fuerzas y conocimientos. El descanso, pues, más allá de la muerte, para las criaturas de condición más elevada, deja así de ser inmersión mental en las zonas oscuras del mundo, para ser vuelo de ascenso a los dominios superiores de la vida. Finalizando la respuesta, el Hermano Andrade aseguró que ciertas individualidades, no obstante hallarse exhaustas en el supremo instante del trance final, se libertan de la materia grosera y se sitúan en el camino de esferas divinizadas, con absoluta lucidez y sin necesidad de cualquier reposo tonificante, como consecuencia del nivel de sublimación espiritual que ya alcanzaron.

RECIBIENDO EXPLICACIONES

Cuando cementé la dolorosa sorpresa que tuviera ante el panorama oscuro y perturbador que atravesáramos, el Hermano Andrade me oyó sin objeciones, afirmando que realmente eran desagradables los reflejos de la mentalidad humana en torno de la Superficie Planetaria; agregando, no obstante, que ese hecho no ofrecía razones de alarma, toda vez que, si el hombre respira cercado por las emanaciones de sus propios pensamientos, el Mundo, habitación de los hombres, se reviste de las emanaciones

mentales de la mayoría de sus habitantes. La residencia del siervo trabajador, revela sus cualidades superiores en el trato y en el cuidado de su hogar, mientras que el domicilio del obrero ocioso revela la ignorancia y la holgazanería, en el abandono y en la suciedad con que se caracteriza. Viven encarnados en el Planeta casi dos mil millones de individualidades humanas, aclaró el bienhechor, y más de mil millones son espíritus semicivilizados o bárbaros; mientras que las personas aptas para la espiritualidad superior no pasan de seiscientos millones, divididas entre las distintas familias continentales.

Es fácil, pues, considerar la extensión del servicio regenerador más allá del túmulo, teniendo en cuenta que nadie se transforma instantáneamente.

De este modo se hacen comprensibles las sombras que rodean la morada de la mente encarnada y las extensas organizaciones de socorro en que gran número de misionarios abnegados ejercitan el amor y la renuncia, la piedad y la tolerancia, entre millones de espíritus de baja condición, en atención a los beneficios de la ley reencarnacionista o en el aprendizaje de virtudes rudimentarias.

Por tanto, me hice cargo del enorme alcance de los servicios redentores que se efectúan a distancia de la materia carnal, y experimenté inmenso alivio.

Sí, había trabajo, trabajo, trabajo...

Meditando, reconocía que había perdido tiempo en la Tierra, pero confiaba en que algún lugar de la vida nueva me reservaría servicio salvador.

¡Cuánto me reconfortaba semejante perspectiva! Pedí después, al amigo que me instruía, aclaraciones en cuanto al vuelo espiritual.

Si nuestro grupo había conseguido mantenerse por encima de la sustancia inferior, flotando en dirección a lo Alto, ¿por qué no habíamos podido volar sobre el abismo sin necesidad de utilizar el puente iluminado?

Con afabilidad, el Hermano Andrade me explicó que el hecho hubiera sido perfectamente posible, si el grupo hubiese estado integrado solamente por entidades adiestradas en la vida espiritual, con facultades de vuelo plenamente desarrolladas, mientras que la mayoría de los recién desencarnados que nos acompañaban, estaban muy lejos de ampliar sus propias posibilidades en ese aspecto, por la densidad de las pasiones, aunque en cierto aspecto sublimadas, de que eran portadores.

En tales condiciones de desequilibrio, serían fácilmente atraídos por las fuerzas temibles de las tinieblas, como náufragos que desconocen el arte de la natación. En vista de eso, con Bezerra al frente y utilizando las energías de varios compañeros, se estableciera determinada medida de fuerza de vuelo para todos los necesitados que se amparaban en los hermanos más aptos, fenómeno que podía compararse al de la distribución de energías valiosas, pero limitadas, de una dinamo eléctrica.

Y en la vida libre, concluyó el bienhechor pacientemente, el magnetismo personal divino, humano o perverso, es una fuente generatriz de las más importantes, en las expresiones del bien o del mal.

EL PROBLEMA DEL OLVIDO

Cuando el bienhechor terminó, me decidí a indagar sobre mi propio estado íntimo. Una vez terminada mi actuación en el vehículo carnal, ¿por qué no entrar en posesión del pasado? ¿Por qué no recordar el período anterior a mi última encarnación? ¿Por qué me sorprendía ahora ante el espectáculo de la vida libre, si de esta misma vida libre me había ausentado un día con el fin de reencarnarme? ¿No era la muerte física un simple regreso al hogar patrio? ¿Cuáles eran las causas de mi olvido?

El Hermano Andrade me oyó con serenidad y me informó que la reencarnación y la desencarnación constituyen vigorosos y renovadores choques para el ser, y que, en algunos casos, era posible el reajuste inmediato de la memoria cuando el individuo ya alcanzó un grado significativo de elevación; mientras que en la mayor parte de los casos, la reabsorción de las reminiscencias se verifica muy lenta y gradualmente, con el objeto de evitar perturbaciones destructivas.

Podemos simbolizar la mente como una casa susceptible de poblarse de valores legítimos o de valores transitorios, o bien de inutilidades. Nutriéndose en la

Tierra con muchas ideas y pasiones no perdurables, aprovechadas por el espíritu solamente con material didáctico (de no ser proceso expiatorio para aligerarse del mal o de la ilusión), no le es posible sumergirse indiscriminadamente en el pretérito, por resultarle perjudicial, mayormente en los momentos en que se deshace del cuerpo denso de la carne.

Me explicó que algunos compañeros hacen uso de excitantes y de determinados procedimientos magnéticos para adquirir como un avance del recuerdo del pasado; pero que, de acuerdo con su propia experiencia, me aconsejaba someterme a los recursos de la Naturaleza para revivir el pasado con lentitud, sin alteraciones de consecuencias deplorables, hasta que un día, plenamente iluminados, podamos conquistar la memoria integral en los círculos divinos.

10. NUEVA MORADA ESPIRITUAL

Decididamente, el paraíso de contemplación inalterable no era creación para mí.

Las alegrías del retorno a la espiritualidad ennoblecida y el fortalecimiento de la conversación con el Hermano Andrade y con Marta, me proporcionaban, sin duda alguna, infinito júbilo; no obstante, allí mismo, reposando a todo lo largo en el lecho, sentía la necesidad de entrar en acción.

Sondeaba el reajuste de mis fuerzas, reconociendo que el cerebro no demostraba el cansancio de los últimos días mientras me hallaba en el cuerpo carnal, y que las fatigas del corazón habían desaparecido. Dentro de mí se operaba una bendita renovación.

Pretendía rogar que me dieran trabajo, aprovechando mis posibilidades de acción útil, pero me dominaba el recelo. Ignoraba si mi pobre tarea en el mundo había sido aprobada por los poderes superiores. Y en lo íntimo, yo no ignoraba mis propios errores.

¿Cómo solicitar ser admitido en las obras elevadas si no basta la buena intención para servir con eficiencia?

Deseaba salir de la habitación para ver el panorama, allá afuera.

Respiraría de ese modo el bendito clima de la actividad mental, observando de antemano cuales serían las posibilidades en el futuro próximo. A pesar de los impositivos de trabajo que torturaban mi pensamiento, decidí callar.

Yo era, ahora, un hombre distanciado del lodo. Me asilara en otra embarcación y en otro mar, bajo la protección de la generosidad ajena.

COMENTARIOS FRATERNOS

El Hermano Andrade, que me distinguía con el mayor aprecio, comentó el desengaño de todas las criaturas que proceden de la Tierra esperando un cielo de contemplaciones baratas, haciendo resaltar que muchos espíritus ociosos, en la falsa apreciación de la Justicia Divina, imploran inmerecido descanso en el paraíso, en la última hora de su vida terrestre, después de haber apurado todos los venenos del alma en la taza del cuerpo. Se precipitan entonces en las tinieblas, revueltos de desesperación, y de indisciplina, después del sepulcro, tan pronto como se dan cuenta de la necesidad de continuar en el esfuerzo intensivo para lograr el auto perfeccionamiento. Muchos hermanos infelices, en estas protestas inútiles contra las leyes universales, caen en las garras de temibles organizaciones de malhechores desencarnados, aprendiendo aflictivamente a deshacer los pesados grilletes de la ignorancia y de la mala fe, al contacto con entidades crueles que los dominan par

tiempo indeterminado, tal como ocurre en la esfera carnal de los hombres rebeldes e ingratos que pagan alto precio por el ajuste espiritual de sí mismas en la ruta oscura de la desarmonía y de la desilusión.

Consideró conmigo los imperativos de la acción, y haciéndome reír de alegría, me notificó que mi colaboración sería examinada en la primera oportunidad, aconsejándome por ahora mucha meditación y mucha calma, a fin de no retornar en las construcciones de la espiritualidad con los perjuicios de la lucha humana.

Al preguntarle por el juicio que se haría de mis actos, me respondió que la muerte no nos conduce ante tribunales vulgares, y si ante la propia conciencia; y que dentro de mi mismo encontraría, de acuerdo con los conocimientos evangélicos practicados en el mundo, los puntos vulnerables de mi espíritu, a fin de corregirlos.

Me puse colorado, sinceramente al ponderar sus observaciones.

Atenuando aquel choque con que me beneficiaba, aclaró que los desencarnados totalmente extraviados no conseguían acceso hasta allí, y que no obstante entregarme a mi propio juicio, un amigo de esferas más alta vendría a ayudarme a recomponer el sentimiento y el raciocinio.

Intrigado por no conocer el nombre del bienhechor anunciado y no deseando ser indiscreto, pregunté al Hermano Andrade si él mismo no podría auxiliarme en semejante juicio, a lo que replicó sorprendido:

— ¿Cómo podría hacerlo, Jarabo? También yo estoy luchando todavía conmigo mismo. No puedo.

Ante esta revelación de humildad, me callé resignado.

EN LA INTIMIDAD DEL HOGAR

Pasados unos minutos, hallándose Marta ausente de la habitación, mi bendito amigo me ayudaba a prepararme y a levantarme.

Antes de salir, le pedí que me acompañara en una oración breve, en la que rogué al Todo Poderoso que me amparara en la nueva vida y bendijese mis propósitos de progresar en la práctica del bien y en el conocimiento de la Verdad.

El querido compañero me abrazó, aprobando mi súplica.

Unos momentos después, nos hallábamos junto a mi hija en una espaciosa sala de recibo.

Con gran emoción, vi un retrato de la familia adornado con flores.

Mis ojos se humedecieron al contemplarlo. ¿Cómo no recordar aquel objeto afectivo? No menciono este hecho por su aspecto de afección personal. Lo hago solamente para que sirva de consuelo a aquellos que suponen que con la muerte se destruyen por completo las dulces alegrías familiares.

La organización familiar, en las esferas elevadas más próximas al hombre, son sumamente encantadoras.

Hice varias preguntas sobre aquellos parientes que yo esperaba volver a ver al regresar a la vida espiritual.

Marta, para todas mis preguntas tenía respuestas claras y felices.

Me informó sobre el destino de casi todos aquellos que estaban ligados a nuestro corazón.

Algunos asociados a mis experiencias se hallaban de vuelta en las regiones terrenales, disputando nuevos trofeos de redención, mientras otros se hallaban en círculos espirituales distantes. Muchos de ellos, encarnados o no, podrían ser visitados por mí a su debido tiempo.

Notando mi gran interés por todas las novedades, mi hija me mostró todo lo que constituía el hogar.

Cuadros y decoraciones, objetos y adornos, desfilaban ante mis ojos encantados.

No todos los muebles eran semejantes a los que conocemos en la vida de la Tierra, más la afinidad de todo lo que yo veía de nuevo, con el ambiente humano, era perfecto en el orden general.

Se detuvo contenta ante un piano de cola, armonioso y bello, más completo que los del plano físico, afirmando, radiante, que allí mismo tuviera la satisfacción de tocar para la madre, años antes de mi venida.

Graciosa y dulce, ejecutó para mí un aria en la que dejaba transparentar su extrema delicadeza filial, y, tal vez porque me veía los ojos humedecidos por el llanto, rememorando las emociones de la paternidad terrestre, abandonó el instrumento y me condujo al salón de lectura.

Me asombré ante el esmero con que eran conservadas las publicaciones. El arte gráfico alcanza aquí una perfección que no puede ser igualada en la Tierra. Los tipos

de imprenta son estructurados en material luminoso y los grabados, en color natural, parecen animados y vivos.

Ojeé un libro de notables proporciones. Contenía bibliografía sobre Beethoven, destacando las luchas en que fuera sorprendido en el mundo para difundir entre los encarnados el mensaje musical de los planos superiores. Leyendo las primeras páginas, aprendí sublimes conceptos sobre la mediumnidad divina entre las criaturas humanas,

Pregunté a mi hija sobre el lugar en que pudiera hallarse aquel gran compositor, respondiéndome Marta que sabía se hallaba en una esfera superior, que aún no le fuera posible a ella alcanzar.

El Hermano Andrade se refirió a los festivales maravillosos de los círculos o esferas sublimes, asegurando que los artistas ennoblecidos continúan creando la belleza y el bien para el desenvolvimiento de la vida planetaria; y después de una encantadora conversación, salimos agradablemente de paseo.

EL PARQUE DE REPOSO

Me es muy difícil narrar la emoción que me dominó a medida que me apartaba del ambiente doméstico.

Recordando los días fugaces en que intentaba descansar en la quietud de una ciudad de la montaña, cuando aún me hallaba en el cuerpo físico, vi presentarse a mis ojos deslumbrados el paisaje florido y brillante de una ciudad feliz.

Las casas residenciales se distanciaban grandemente unas de otras, revelando un programa previo de paz, al hacerlas surgir.

Variadas especies de plantas ostentaban flores maravillosas y perfumadas.

Estábamos en una extensa planicie, y a lo lejos se divisaba el caserío que se iba haciendo más compacto.

Nos hallábamos, ciertamente, en la cercanía de la gran ciudad que constituía mi nuevo plano.

Me informó Marta que ella había obtenido permiso de las autoridades espirituales para que me hospedara allí, en aquel gran parque de educación y rehabilitación en el que ella trabajaba. Se ocupaba en educar niños recientemente desencarnados, en aquella notable organización que visitaría muy pronto.

Colaboraba en diversos trabajos de auxilio a los pequeños que habían sido arrebatados a la experiencia de la vida material.

Algunos amigos cariñosos salían a recibirme, mientras mi hija querida me aguardaba. Se disponía a conducirme a la escuela espiritual, de igual modo que yo había tenido la felicidad de ofrecerle mi corazón paternal en su vida física.

Satisfaciendo mi curiosidad, me aclaró que los edificios del parque no eran de la propiedad particular, sino patrimonio común, dirigido por la administración central de la colectividad.

Comprendiendo el asombro que me dominaba, Marta me aseguró que en la Tierra los fundamentos de la

propiedad son idénticos, variando solamente los aspectos de la retención provisional de las utilidades planetarias por parte del hombre, en su carácter de usufructuario de los bienes de la vida, porque, a pesar de las leyes respetables que rigen el caso entre los encarnados, todo habitante de la Tierra ha de verse compelido un día por la muerte, a dejar todas esas ventajas en la esfera física.

REENCONTRÁNDOME A MI MISMO

Atravesábamos extensas y hermosas avenidas marginadas por vegetación caprichosa y linda, cuando tuve la alegría de ver algunos pájaros de peregrina belleza. Cantaban extasiados, como si fueran minúsculos seres conscientes, glorificando la Divinidad.

Su plumaje luminoso imponía asombro.

Trinaban junto a nosotros, sin temeros. Me dijo entonces el amigo Andrade, que los seres inferiores, donde quiera que se encuentren, reflejan de algún modo las cualidades de los seres superiores entre los cuales se hallan, y afirmó que los irracionales de la esfera carnal podrían ostentar otras condiciones de adelanto, en su situación de conciencias incipientes, si los hombres adoptasen una actitud mental más elevada durante la vida.

La armonía del ambiente recordaba una pastoral divina.

Pregunté a mi hija Marta, súbitamente, con la ru-

deza que me caracterizaba, si me sería posible visitar las autoridades administrativas que allí residían, para ella, amorosa y convincente, me pidió que esperase algún tiempo. Reparé en el halo de luz que la envolvía, y en los trazos brillantes que rodeaban al espíritu de Andrade, fijándome, enseguida, en un demorado autoexamen.

 Mi cuerpo espiritual era tan oscuro como el cuerpo carnal que había dejado en la Tierra.

 Comprendí el consejo de Marta, y poco faltó para que me abismara en un abatimiento lamentable. No llevaba aún conmigo suficiente bagaje de luz para buscar, confiado, la aproximación de los espíritus superiores.

11. LA LUCHA PROSIGUE

La vieja idea de que los desencarnados duermen narcotizados por un placer barato, entre sueños de incienso contemplativo, se pierde por completo para el espíritu de buena voluntad que atraviesa las fronteras del sepulcro.

Si hay jueces y administradores en la tierra, cuyos cabellos se vuelven blancos y que se cubren de arrugas, en difíciles actividades en favor del bien y de la paz de *sus* semejantes, si hay hombres y mujeres que ya experimentan en el mundo el valor sereno de abandonar los lazos de la sangre, situándose al encuentro de la Humanidad a través de las espinas del sacrificio y de la renuncia, ¿cómo aceptar un cielo en el que los escogidos sonrían y gocen ante el infortunio ajeno?, ¿cómo entender un edén delicioso en que nadie trate de mejorar el purgatorio infernal, si un simple político se preocupa en drenar el pantano que perjudica la ciudad?

ORGANIZACIÓN EDUCATIVA

Lo que yo veía en el parque dichoso, no era solamente la expresión encantadora y pacífica de la Natu-

raleza.

El interés en los servicios de progreso general, se mostraba inequívoco en todos los rostros.

La institución en la que mi hija prestaba concurso activo, me impresionó por su grandeza. Se trata de una universidad que sobrepasa en programa y en organización a cualquiera de los institutos europeos o americanos destinados a la formación y perfeccionamiento del carácter infantil-juvenil.

Los edificios centrales se congregaban inteligentemente bajo viejos árboles, rodeados de fuentes transparentes.

Las criaturas no podrían encontrar un paraíso más dulce. Algunos hermanos y numerosas hermanas las orientan y educan con singular devoción, preparándoles para la reencarnación en la Tierra.

Penetré al instituto, acompañado de Marta y del amigo Andrade, en los momentos en que centenares de niños jugaban felices, en bandadas, en los extensos jardines.

Gran parte de ellos corrió a nuestro encuentro. Abrazaron a mi hija efusivamente y algunos me besaron las manos, llamándome abuelo.

Aquellas manifestaciones de alegría pura me hicieron mucho bien.

Diversos pequeñitos traían consigo mismo hermosos halos brillantes.

Marta me explicó que la institución asila hermanitos desencarnados, entre los siete y los doce años de

edad; y al indagar yo sobre las criaturas de más tierna edad, me aclaró Andrade que para ellas, cuando no se trata de entidades excepcionalmente evolucionadas, inaccesibles al choque biológico de la reencarnación, hay lugares adecuados, en donde el tiempo y el reposo favorecen su despertar, con el fin de que no les sobrevengan conmociones nocivas.

Me informó mi hija que las criaturas, no obstante vivir allí en comunidad, se dividen, en cuanto al esfuerzo educativo, en grupos afines. Se caracterizan los grupos por distintos grados de elevación espiritual, y las clases se subdividen de acuerdo con las aptitudes y tendencias, una vez examinados los precedentes de cada una. Al preguntar si en la vida espiritual puede el niño desenvolverse y optar por el mal camino, replicó Andrade que eso es perfectamente factible, considerando que en la nueva esfera el alma recapitula las emociones del pasado con llamadas íntimas de distintas especies; agregando además que, de modo general, los niños estacionados en los parques de reajuste siempre se encaminan a la reencarnación. Si el espíritu de orden elevado se deshace de los lazos de la carne, habiendo cumplido con la ley que gobierna nuestros destinos, en el período infantil readquiere de pronto las más altas expresiones de la propia individualidad y se eleva a más altos planos.

Marta me presentó lindos grupos, incluso algunas decenas de indígenas libertos del cuerpo material, todavía en fase primaria de cultura y de inteligencia.

Mi mayor sorpresa la experimenté cuando me dio a conocer la asamblea de los niños orientadores. Son niños y niñas de pasado más respetable y, por ello, más accesibles a las edificantes enseñanzas de la institución. Siguen en el parque, a veces por mucho tiempo, aguardando circunstancias favorables para la ejecución de proyectos de orden superior, y mientras permanecen ahí, desempeñan valiosas misiones junto a otros niños y junto a adultos, entre las dos esferas, además de las tareas habituales de su incumbencia en la propia organización en la que se mantienen estacionados. Constituyen, así, vasta colectividad de pioneros del heroísmo espiritual, entre los cuales encontramos inapreciable estímulo y santo ejemplo.

AMBIENTE NUEVO

Encantado con lo que observara, seguimos en dirección al caserío central de la ciudad que me hospedaba.

Imposible resulta hacer la descripción del cariño y de la dedicación de los habitantes para con el paisaje. Tanto las flores como los árboles, evidentemente cuidados con vista al trabajo de espiritualización, surgían bellos y enternecedores a cada paso. En determinados Jardines, las flores luminosas llegaban a formar frases enteras de glorificación a la Divinidad.

Las casas no se aglomeraban como en las grandes

ciudades terrestres; ofrecían espacios regulares entre sí, como indicando que en aquel bendito reducto de la fraternidad y auxilio cristiano, hay lugar para todos.

No vi establecimientos comerciales, pero, en compensación, identifiqué gran número de instituciones consagradas al bien colectivo.

Recordando la lectura de las narraciones del espíritu de André Luiz y del Reverendo Vale Owen, pregunté al Hermano Andrade acerca de las características del nuevo ambiente, informándome que nos hallábamos en una colonia espiritual de emergencia, situada en planos menos elevados.

Varias comisiones de socorro dedicadas a múltiples trabajos de salvación, funcionaban allí, a beneficio no solamente de las criaturas encarnadas, sino también de grandes multitudes de desencarnados sumidos en las sombras y en la desesperación.

Las vías públicas estaban llenas de transeúntes.

Muchos se agrupaban siguiendo en conversación activa, mientras otros pasaban aislados; pero en ninguno de aquellos rostros sorprendí expresiones de rencor, aflicción o desánimo. Tal parecía que la irritación no tenía acceso en aquel dominio de la tranquilidad constructiva. Algunos me miraban con simpatía y bondad, percibiendo, naturalmente, mi condición de neófito; y dando a conocer al Hermano Andrade la extrañeza con que observaba la serenidad de aquellas personas, me explicó el estimado amigo que los habitantes de la colonia, aunque tengan fuertes motivos de preo-

cupación, hacen cuanto les es posible por conservar la paz con sinceridad, en atención a los designios de orden divino.

EL MAGNIFICO SANTUARIO

Después de atravesar bellas avenidas, en las cuales la Naturaleza cultivada ofrece sublimes espectáculos a la vista, me detuve admirado ante hermoso y magnífico edificio, suponiendo que se trataba de un templo importante. Siete torres maravillosas, de algún modo semejantes a las de la famosa Catedral de Colonia, invadían las alturas. En todo lo que mi vista podía alcanzar, observaba primorosas manifestaciones de orfebrería, admirables por su finura y belleza.

Me indicó Marta que nos hallábamos ante el gran santuario de la ciudad, en el que se desarrollaban los más destacados servicios espirituales de la vida colectiva.

Allí solamente tienen acceso, procedentes de la esfera carnal, las personas liberadas del estrecho dogmatismo religioso.

Los discípulos de cualquiera de las doctrinas, ahrojados por la cadena del cruel fanatismo, tienen que ser sometidos a períodos más o menos largos de reparación en su vida mental, en círculos más bajos.

En aquel templo, por tanto, me explicó mi hija, comulgan en el amor y en la veneración a Dios todos los

Espíritus liberales que moran en la colonia espiritual o que se hallen de paso por allí. Aún ligados a las creencias que los identificaban en la superficie terrestre, confraternizaban allí, en torno al Evangelio de Nuestro Señor Jesús-Cristo, no hallando motivos para disensiones y disgustos.

Hay servicio diario en aquella casa divina cuya contemplación me extasiaba y deslumbraba. Blancas puertas coronadas de luz la unían a la ciudad, en todas direcciones, y, a través de ellas, entraban y salían largas hileras de seres bienaventurados de semblante plácido.

Ponderó Andrade que allí se recibían órdenes y bendiciones que servían de estímulo a una vida más alta. Grandes servidores del Altísimo se materializaban allí, procedentes de esferas sublimes y distantes, distribuyendo amor y sabiduría; y justamente, de aquellas torres soberanas y venerables, es que parte, cada noche, el faro de luz guiando a los viajeros en el mar de las tinieblas, tal como lo había observado al atravesar el extenso puente sobre los despeñaderos.

Cuando intenté penetrar en el santuario por uno de los ángulos próximos, ambos compañeros impidieron mi gesto. No era conveniente todavía, me dijeron. Yo era un simple recién llegado, con características indiscutibles del cuerpo terrestre, aunque me sintiera feliz y confortado; informándome que, en la noche del trigésimo día después de mi desencarnación, sería recibido por muchos amigos en el templo

consagrado al servicio divino.

Hasta entonces, debía adquirir la necesaria preparación, a través de las fuentes del pensamiento.

FENÓMENOS DE SINTONÍA ESPIRITUAL

El día transcurrió rápidamente, multiplicándose las sorpresas reconfortadoras alrededor de mis pasos; y por la noche, terminado el culto doméstico de las Palabras Divinas, Marta me invitó al recogimiento, afirmando que la ciudad permanecía llena de atracciones y de estudios propios para la noche, no obstante lo cual, me aconsejaba el reposo a fin de evitar el exceso de impresiones en aquellas primeras horas de mi contacto con el ambiente.

Sorprendiéndome, el amigo Andrade declaró que se quedaría a mi lado aquella noche. Hizo resaltar que mis fuerzas se hallaban casi deshechas, que comenzaba a vivir la experiencia normal en aquella esfera nueva, y que, por tal motivo, posiblemente necesitaría instrucciones fraternales.

No obstante hallarme intrigado, acepté satisfecho el gentil ofrecimiento.

Pasamos a la extensa cámara destinada al descanso, pero fue suficiente que me entregara al reposo, para que determinado fenómeno auditivo y visual perturbase

mis fibras más íntimas.

Vi perfectamente, tal como si estuviesen dentro de mí mismo, las hijas queridas que permanecían todavía en la Tierra, y a algunos pocos amigos de los que dejara en el mundo, dirigiéndome palabras de nostalgia y de cariño.

— ¡Padre querido! ¡Dígame si usted vive todavía!
¡Deshaga mis dudas, muéstreme el camino,
venga hacia mí!

Aquella amorosa llamada amenazaba mi equilibrio. Mi razón flaqueó por segundos. ¿En dónde me encontraba? Contemplaba a mis hijas como si estuvieran a mi lado: quería besarles las manos, expresarles mi gratitud por su inmensa ternura, pero en vano trataba de hallarlas.

Aún no había logrado reponerme de aquel inolvidable y extraño momento, cuando apareció también en el cuadro de mi visión un médium amigo mío.

— ¡Amigo mío! ¡Háblenos! ¡Confórtenos! ... rogó conmovido.

Mi corazón latió apresuradamente. ¿Cómo atender a aquellas llamadas?

Iba a gritar suplicando socorro, pero el Hermano Andrade, más ligero y prudente de lo que yo pudiera suponer, se acercó a mí y me aclaró que aquel era el fenómeno de la sintonización espiritual, común a todos los desencarnados que dejan lazos del corazón en la retaguardia. Añadió que a través de semejante proceso,

era posible comunicarse con el plano físico, siempre que el intermediario terrestre pueda conservar la mente en la *onda de unión mental* durante el tiempo indispensable. Me informó que la entidad desencarnada es susceptible de mantener intenso intercambio mediante los recursos del pensamiento y que, por medio de esa comunión íntima, se encarcela el criminal en las sombras de su propia obra, mientras el apóstol del bien vive los resultados felices de su siembra sublime de renunciación y de salvación.

Me insufló fuerzas vigorosas, mediante pases de largo curso, y recomendándome calma, me aseguró que dentro de poco tiempo sabría controlar el fenómeno de las solicitudes terrestres, canalizando las posibilidades hacia la labor de elevación.

12. ENTRE COMPAÑEROS

Constituye un inmenso consuelo pensar que la muerte no interrumpe el trabajo sano y edificante.

Los ideales nobles poseen sus verdaderas raíces en la vida espiritual y más allá del túmulo, podemos continuar en las labores que afinan con nuestras tendencias y esperanzas.

Si es verdad que los malos prosiguen a veces su camino, encadenados a sus realizaciones oscuras, es cierta igualmente que la tarea del hombre bien intencionado no sufre estancamiento en su desarrollo. Existen mil ángulos diversos en cada misión de beneficencia, y la Providencia Divina favorece en todas partes la determinación del hombre en su anhelo de cooperar en cualquier sector del bien.

Mis primeros contactos con los asociados de las labores espiritistas cristianas representaron para mi espíritu un incentivo inapreciable.

¡Qué alegría, pensar en la continuidad de la colaboración digna! ¡Qué satisfacción verificar que mis defectos no me anularon totalmente, para continuar la obra doctrinaria que tanto amara en el mundo! No obstante las

graves imperfecciones de mi trato personal, seguía adelante, luchando, sirviendo .y aprendiendo...

La certidumbre de que podía continuar, sin violencia y sin saltos, en mi propia regeneración y perfeccionamiento, me llenaba de optimismo y de esperanzas.

VISITAS FRATERNALES

Encantado y dichoso con la asistencia fraternal de que era objeto, en la segunda noche recibí dos visitas agradables y preciosas.

Guillan y Schutel vinieron a abrazarme.

Presté mucha atención a la presencia y a la palabra de ambos, con el fin de no perder el más mínimo detalle de las noticias que me fuera posible transmitir luego a los compañeros de la Tierra.

Los observaba rejuvenecidos y profundamente felices.

Aureolas de tenue luz irisada acentuaban su simpatía irradiante.

Indagaron con el mejor humor, sobre mis impresiones iniciales en mi nueva experiencia, y cuando comencé a relacionarles mis sorpresas, noté que hacían todo lo posible por sustraer mis pensamientos de los asuntos de menor importancia.

Schutel mencionó el júbilo con que se entrega a la labor de su rica siembra espiritual en Matáo, y habló de las bendiciones que continúa recogiendo en la vida

espiritual, con tanto entusiasmo que, francamente, envidié su íntima situación.

Guillón, visiblemente satisfecho, se refirió a la alegría con que colabora en la extensión de los trabajos doctrinarios, bajo la orientación del espíritu Ismael, y significó su inmensa satisfacción ante la posibilidad de proseguir en espíritu junto a su esposa y a sus hijos queridos. Demostraba enorme alegría por haber readquirido plenamente la vista. Sus ojos, en efecto, se mostraban más penetrantes, más lúcidos. (1)

Ambos me aseguraron que dentro de breve tiempo volvería a mis actividades de adoctrinación, explicándome que no lejos de allí nos esperaban infinito trabajo y cooperación.

OPINIÓN AUTORIZADA

Preguntando a Guillón sobre el motivo por el cual no se comunicaba con mayor frecuencia en nuestro medio espiritista brasileño, hizo un gesto significativo, con aquella calma que era peculiar en él, y dijo:

(1) Guillón Ribeiro tenía cataratas en ambos ojos y, prácticamente, se hallaba ciego, antes de desencarnar.

— Mire, Jacobo, casi diariamente visito nuestras organizaciones, participando en los trabajos de abnegados servidores del Espiritismo en el Brasil; no obstante,

usted comprende los obstáculos del intercambio prematuro e inoportuno. Los compañeros de lucha deben actuar en campo libre; como aconteció con nosotros, hacen su recorrido en la ruta de la fe. Necesitan hacer uso de la propia razón y revelar sus propias fuerzas en la concretización de las bendiciones que recibimos de Jesús. Y usted reconocerá conmigo hoy, que no es justo interferir, no solamente con la supervisión que recibimos de lo alto, de la influencia indirecta y sabia de nuestros orientadores, sino también en los servicios de colaboración que se efectúan en los círculos que nos son familiares. Siempre que me es posible, coopero con los amigos en el desenvolvimiento del ideal que abrazamos; aunque no es de imperiosa necesidad que tengan que observar mi presencia personal en las tareas que les competen. La liberación del cuerpo material no nos exonera de la obligación de servir en las filas del Espiritismo con Jesús; mas aun así, podemos actuar sin necesidad de identificarnos. No faltan medios para actuar sin aspavientos, y sí en forma más sustancial y más provechosa, atentos, como debemos estar, a la victoria de la idea cristiana y no a la prevalencia indebida de nuestros puntos de vista. El concurso del Brasil en la obra de cristianización del mundo es mucho más importante de lo que parece, y, en esa bendita contribución, hay lugar para todos los servidores del Evangelio, no obstante las divergencias naturales en la interpretación de los textos sagrados. Nos hallarnos ante el gigantesco esfuerzo de la educación, cuya grandeza

estamos muy lejos de apreciar todavía. Por tanto, es conveniente que utilicemos los recursos a nuestro alcance, en beneficio de la fraternidad general, con sano y gradual entendimiento de la Verdad y del máximo bien, situándoos lejos de cualquier problema intrincado y desagradable de personalismo poco digno, que solamente represente orgullo, egoísmo y vanidad. Es indispensable que olvidemos los casos personales, para fijar la mente en el espíritu colectivo de la tarea redentora.

Y con una sonrisa que ponía muy de manifiesto sus altos atributos de psicólogo, concluyó:

— Es necesario evitar las complicaciones de "nuestra muerte".

INFORMACIONES SOBRE LA LUCHA ESPIRITUAL

Cuando les pregunté si moraban allí, en aquella misma colonia de rehabilitación y de educación a la que yo había sido conducido por la ternura de mi hija, respondieron negativamente.

Guillón dijo que residía en un plano diferente, en compañía de la que había sido su madre, que lo esperara más allá del túmulo con extremada caridad, y desde el cual continuaba unido a los familiares inolvidables y a los hermanos en labor, que aún seguían en los lazos de la carne; y Schutel se situara en una extensa organización,

destinada a proteger los intereses del Espiritismo evangélica, en el mismo núcleo en que Guillón había sido compelido a situarse, atendiendo a dictados del corazón.

Ambos comentaron el servicio de espiritualización que se desarrollaba en todas las direcciones.

Se refirió Guillón a las fundadas impresiones que le causaban las actividades de auxilio a los espíritus de las tinieblas, recordando con calor las sesiones del Grupo Ismael, en las cuales muchos eclesiásticos, envenenados por el odio y ciegos por la ignorancia, son conducidos al conocimiento cristiano, y nos contó que tantos sufrimientos e incomprensiones existen en las zonas próximas a la morada de los hombres, que Bezerra y Saya, con autorización para la sublime ascensión a los planos superiores, habían decidido renunciar a semejante gloria, en compañía de otros misioneros devotos al sacrificio personal, con el fin de consagrarse, por más dilatado tiempo, a la transformación gradual de largas filas de infelices. Es así que muchas instituciones de socorro y de enseñanza, son mantenidas en las regiones abismales, en las cuales la inteligencia de espíritus tiránicos y sagaces establece la esclavitud organizada, aunque temporalmente, de gran número de desencarnados despreocupados y desviados de las Leyes Divinas, manteniéndose en mentidas exhibiciones de poder, tal como sucede a muchos hombres destacados de la Tierra, que encierran a sus semejantes en las telas de sus creaciones mentales para el mal, en el que se complacen,

hasta que el Dominio Supremo los remueve.

La acción contra el crimen y contra la ignorancia, en las esferas que rodean la experiencia carnal, es vigorosa e incesante.

Destacó la necesidad de lograr un mayor aprovechamiento de las lecciones que el Espiritismo ofrece a las criaturas, y explicó que la obra social que nuestra Doctrina Consoladora viene realizando en el Brasil, constituye un valioso esfuerzo de vanguardia, toda vez que, en muchos centros de evolución planetaria, la solidaridad humana, con comprensión y aplicación de las bendiciones divinas, solamente es susceptible de intensificación en los círculos de trabajo más allá de la muerte. Encareció que el Espiritismo evangélico está llamado a desempeñar inmenso apostolado de liberación de la mente humana encadenada a los más oscuros y asfixiantes preconceptos que operan sobre millones de almas. Hizo hincapié en que no se debe morir sin alcanzar la íntima regeneración, porque nadie avanza un palmo en el camino de la eternidad sin luz propia. He ahí por qué se debe seguir creyendo que el mejor servicio que se puede prestar a la Doctrina, será siempre el de la propia conversión al Infinito Bien. Los fenómenos que suelen preceder al cambio de las actitudes mentales, en el terreno de las convicciones, no tienen otra finalidad que la de sacudir la conciencia, despertándola para la responsabilidad ante las leyes universales. Con la pérdida del cuerpo físico, no penetramos en un sistema de ac-

ceso indiscriminado al Reino Divino, sino en el esfuerzo de extensión de ese mismo Reino en la misma Tierra.

Ahora que nos hallábamos en "*otra región vibratoria del Planeta*", podríamos aquilatar la extensión de la lucha.

Era tan común renacer en la materia física, como morir en ella, y si el ambiente de las esferas felices es una realidad que se podía alcanzar, no es menos imperiosa y verdadera la obligación de perfeccionarnos a fin de merecerlas.

Cuando el hombre comprenda la grandeza de la vida y la rectitud de la justicia, el cuadro terrestre se modificará, orientándose invariablemente hacia el Bien Supremo.

NOCHE DIVINA

Finalizada la palabra instructiva y larga, Guillón y Schutel me invitaron a visitar Rio de Janeiro en su compañía.

El Hermano Andrade, que me seguía de cerca, consultado por mi mirada interrogativa, accedió prontamente.

La excursión habría de serme provechosa y no perturbaría mi rehabilitación. Nos acompañaría con placer.

Me despedí de Marta por primera vez después de haber ingresado en la nueva experiencia. Y al apartarme del ambiente hogareño acogedor, fui sorprendido por un paisaje encantador. Centenares de criaturas jugaban bajo los frondosos árboles del parque ampliamente

iluminado. Muchas de ellas tenían la frente coronada de aureolas sublimes y brillantes. Cantaban con alegría, más en el fondo de aquel júbilo con que se daban las manos unas a otras, en graciosos cordones como coros de ángeles, se traslucía manifiesta nostalgia de las afecciones terrestres, porque sus versos hermosos y cristalinos hablaban de la ternura de las madres distantes.

Las melodías simples y dulces se unían a los rayos de las estrellas que fulguraban en torno de la Luna Creciente.

Guillón me indicó los pequeños juguetones comentando:

-- Para las madres angustiadas de los círculos terrestres, existen aquí hijitos inquietos y nostálgicos.

Carros fulgurantes, muy diversos de los que conocemos en el mundo, adornados de flores radiantes, pasaban no muy lejos, rápidamente, tal vez en busca de esferas próximas.

Las torres del santuario brillaban bajo el firmamento tranquilo.

Nos pusimos en camino, y confiado en la generosidad de los que me asistían, osé formular una pregunta que procurara silenciar desde el principio:

Guillón, exclamé dudoso, usted sabe que siempre dediqué amor y veneración al espíritu de Bittencourt Sampaio... ¿En dónde se encuentra? ¿Podré encontrarlo?

El compañero me informó que nuestro respetable amigo colabora en la supervisión del Espiritismo Evan-

gético, en plano superior; adelantándome, por tanto, que probablemente sería Bittencourt el mensajero de amistad que vendría de una esfera elevada a darme la bienvenida, en la noche de mi recepción en el gran templo.

Reconfortado y feliz, decidí esperar.

13. VOLVIENDO A VER CÍRCULOS DE TRABAJO

El regreso a Río de Janeiro me emocionaba.

No ignoraba que la mayoría de los recién libertos del plano físico no se pueden mover con la eficiencia deseada.

Muchos espíritus permanecen como anestesiados e inconscientes, otros se demoran en la incapacidad de adquirir cualquier apreciación sobre sí mismos, inmovilizados por el choque o por el terror.

Conmigo, por tanto, la situación era diferente.

La sed de saber me renovaba las fuerzas.

Recordando mis últimos instantes en la materia, me volvía un malestar indefinible. La disnea parecía una entidad imaginaria pronta a individualizarse dentro de mí, cada vez que la evocaba con el pensamiento. Bastaba que recordase ciertos síntomas de agotamiento que experimentara cuando me hallaba en el cuerpo físico, para que los notara inmediatamente en mi organismo espiritual.

Comprendí, por tanto, que la mente posee incalculable poder sobre nuestro campo emotivo, y así como podía materializar ideas de enfermedad, también debería crear ideas de salud y mantenerlas. Basada en esta convicción,

procuré descifrar el problema en mi propio beneficio, y pasé a mentalizar el equilibrio y la esperanza, la alegría y el servicio. (*)

Estimulado por la protección de poderosos amigos, me cabía honrar su cariño y su devoción. Invitado, pues, a seguirlos, me competía ostentar el más alto nivel de energía, serenidad y comprensión.

(*) El traductor se permite llamar poderosamente la atención de los lectores sobre este punto trascendental, instándolos a que lo observen siempre en beneficio propio. El ha tenido oportunidad de lograr sorprendentes resultados, aplicándolo continuamente y con firmeza sobre sí mismo.

OBSERVACIONES EN EL PLANO TERRENAL

En el regreso, no se verificaron las peripecias de' la ida. Al apartarnos largamente del parque y hallándome amparado por los compañeros que me ofrecían sus brazos acogedores, nos entregamos al vuelo pleno.

Perduraba en mí la impresión de que realizábamos el viaje en línea horizontal, pero me recuerdo de haber contemplado, curiosamente, el gran puente que el haz luminoso destacaba, de espacio en espacio, calculando que íbamos, ahora, no solamente con gran rapidez, sino también a mayor altura.

Guillón, robustecido y de buen humor, me aconsejó que estableciera un paralelo entre el modo de trasportarnos que usábamos ahora y el pesado cuerpo de carne que habíamos abandonado en la Tierra; y como ya

alcanzáramos nuestro punto de destino en breves minutos, me aseguró que si bien es cierto que hay rutas aéreas para los pájaros metálicos de la aviación planetaria, hay también rutas espirituales definidas que favorecen la instantánea conducción de las entidades menos adheridas a las sensaciones de la vida física.

Observé que no habíamos alcanzado la ciudad como cohetes verticales caídos del cielo, y sí con la naturalidad de alguien que desciende por una escala de vastísimos escalones, perfectamente diferenciados unos de otros.

Aposentado en el suelo, sentí una extraña diferencia. El contacto con la tierra se asemejaba al de un magneto, lo que me obligó a admitir que el vuelo espiritual solamente es posible con facilidad, en la superficie del Mundo, a los espíritus más evolucionados y adiestrados en la movilización de determinadas fuerzas fluídicas.

Comentó Schutel las sorpresas sufridas durante los primeros días por el desencarnado en la vida extra-corpórea, alegando que los decenios transcurridos en el cuerpo carnal, imprimen hábitos que, efectivamente, pasan a constituir una "segunda naturaleza" para la individualidad.

Cuando consideré la posibilidad de materializarnos, en plena avenida, para dar un testimonio de la supervivencia, Guillón se rió, discreto, y me aseguró que si fuese probable tal acontecimiento, la perturbación alcanzaría a mucha gente, toda vez que la propia claridad reveladora de la creencia, para ser beneficiosa, debe penetrar gradualmente el templo interno de cada uno, agregando

que por eso mismo concede el Señor suficientes recursos a la mente encarnada para aprovechar sus bendiciones en la renovación y en la iluminación de sí misma. El progreso espiritual debe ser siempre gradual, sin violencia y sin alarma.

ATRAVESANDO LA VÍA PÚBLICA

Después de todo, era una novedad para mí devorar la distancia en las vías públicas, en la noche, sin ser visto por los semejantes encarnados.

Al día siguiente de mi liberación, había hecho una pequeña caminata en compañía de los amigos que me amparaban; pero la sensación de abatimiento no me había proporcionado ocasión de experimentar toda la extensión de la sorpresa de que me veía ahora poseído.

Lo que más me espantaba era la expresión espiritual de cada una de las personas con que me cruzaba en el camino. Observé que muchas permanecían acompañadas por espíritus benignos o por señales luminosas, que me permitían percibir el grado de elevación que ya habían alcanzado; pero el número de entidades ansiosas por disfrutar las bajas sensaciones de la vida física, siguiendo a sus víctimas de cerca, era francamente incalculable .

Me decía Guillón que era suficiente un breve examen para determinar la naturaleza del vicio de cada una. Poco a poco, a pesar del poco tiempo, verificaba por mí mismo, a través de los gestos con que se revelaban, los espíritus

prendidos todavía a las pasiones sexuales, a los tormentos del odio y a los caprichos de la venganza. El Hermano Andrade, a cuya asistencia recurriera muchas veces en los últimos tiempos de mi humilde tarea de socorro a los alcohólicos inveterados, en casos difíciles en los cuales la obsesión se caracterizaba perfectamente, me indicó algunos transeúntes torturados por la dipsomanía. Se hallaban seguidos por verdaderos vampiros de forma repugnante, algunos completamente embriagados de vapores; otros demostrando aflictiva sed, pálidos y cadavéricos. El cuadro más inquietante, no obstante, estaba constituido por un morfinómano y por las entidades en desequilibrio que se le unían. Parecía un hombre subyugado por tentáculos de pulpos enormes. Viéndolo aprisionado por cordones oscuros, pregunté al amigo Andrade cómo interpretar lo que teníamos ante la vista, aclarándome él, entonces, que los hipnóticos, especialmente los más violentos, afectan los delicados tejidos del periespíritu, proporcionando dulces venenos a los amantes de la ociosidad. Los hilos negros son fluidos de unión entre las "lampreas" invisibles y los plexos de la víctima encarnada.

Comprendí con más exactitud que el vicioso de cualquier especie se ve compelido a procurar material emotivo para sí y para los que lo obsesionan, cayendo invariablemente en la insaciabilidad que lo caracteriza.

Miré a Guillón espantado, e indagué:

¿Qué acontecerá a uno de estos infelices si desencarna?

Si la muerte lo sorprende en tal situación, me contestó con serenidad, vagará sin rumbo a voluntad de los verdugos que lo explotan con voracidad, hasta que un día delibere modificarse íntimamente, para el bien de sí mismo.

AULA DE PREPARACIÓN ESPIRITUAL

Unos minutos más, y penetrábamos en una respetable institución, en donde cooperaríamos en la transformación de entidades peligrosas por su avanzada cultura desviada hacia el mal.

Conducido por Guillón a la amplia sala, me sorprendí fuertemente al encontrar allí el espíritu de Leopoldo Cirne rodeado de decenas de entidades poco evolucionadas, que escuchaban su palabra con atención.

Era un aula perfecta en la que el viejo amigo preparaba futuros compañeros para la contribución espiritual de orden elevada.

Noté su preocupación en sintetizar, con el fin de ganar tiempo.

De los, tópicos registrados por mí, señalo, como más expresivo, el que tenía por objeto la enseñanza de la cooperación.

— Aun después de la muerte, decía, la fraternidad es el camino de la salvación. Para que un criminal vuelva al sendero de la paz, urge regenerarse y socorrer a los hermanos ignorantes que tuvieran también el infortunio

de resbalar por el despeñadero del crimen; a fin de que el intemperante se reajuste, es imprescindible que se cure, colocándose en la forma de poder auxiliar a los que todavía no pudieran libertarse de los malos hábitos; si el ingrato desea iluminar su propio camino, conviene que se dedique a reparar sus propios errores en los que se sumergió inopinadamente, amparando al prójimo de todo corazón, despertándolo a los beneficios de la gratitud. Es ineludible, por tanto, la reforma íntima con el trabajo del auto perfeccionamiento, con el fin de que la dádiva de la reencarnación produzca frutos de paz y de sabiduría.

Aquellos espíritus, revelando profundo interés, lo escuchaban con la misma atención con que en la Tierra suelen atenderse los informes alusivos al modo de ganar dinero fácilmente.

Sonriente, Guillón comentó la posición diversa en que nos hallamos después de nuestro paso por el sepulcro. Mientras nos encontramos en el mundo carnal, una aplastante mayoría de los hombres, menosprecia el alma, atendiendo únicamente las ventajas inmediatas del cuerpo. Al sobrevenir la muerte, se observa lo contrario; los indiferentes de ayer, en su mayoría, buscan el modo de olvidar las impresiones que les quedan de la experiencia física, procurando las ventajas del alma.

Nadie se eleva del suelo planetario, sobre alas ajenas; y de ahí la necesidad de numerosas organizaciones de asistencia y de socorro sobre la misma Tierra.

Cirne es uno de los pioneros de esas escuelas de preparación espiritual. Terminada su clase, vino a reunirse con nosotros, pronta y amablemente.

Así que, le dije satisfecho, ¿orientando a nuestros hermanos hacia el cielo?

Fijó en Mí aquellos mismos ojos relampagueantes que habíamos observado en otros tiempos, y me respondió:

No, Jacobo. No es precisamente eso. Si en la esfera carnal trabajamos instruyendo al prójimo para que aprenda a morir bien, cooperamos ahora a fin de que sepa renacer con provecho.

EN LA LABOR DE ADOCTRINAMIENTO

No tuve tiempo para contestar a su sabia respuesta. Schutel vino a buscarnos para tomar parte en las labores de evangelización.

Los trabajos de socorro a los desencarnados endurecidos se habían iniciado con la oración del orientador de la reunión.

Naturalmente, podrían ser instruidos en nuestra esfera de lucha, afirmó Guillón comprensivo; pero los beneficios obtenidos por la colaboración alcanzarían particularmente a los amigos encarnados, aumentando no solamente su conocimiento y su experiencia, sino también anulando sus lamentables impulsos hacia el mal. Que aquellos infortunados que se hallaban allí en presencia nuestra, eran espíritus perseguidores y

sombríos, no cabía duda alguna. No podían ver los bienhechores que acudían allí para mejorar sus condiciones, pero actuaban constreñidos por las fuerzas magnéticas que de ellos emanaban, oyendo no obstante sus instrucciones y advertencias edificantes, a través de aquellos mismos aprendices de las aulas de Cirne.

Observé entonces, con dolor, la diferencia que existía entre mi espíritu y los de los benditos compañeros que me habían llevado. Mientras ninguno de ellos era visible a aquellos hermanos ignorantes y perturbados, a pesar de las irradiaciones brillantes que revestían su personalidad, notaban mi presencia entre los espíritus ayudantes e intermediarios, pertenecientes a los cursos preparatorios de espiritualidad superior.

Una entidad me reconoció y gritó:

Aquel que está allí, ¿no es Jacobo?

Y mirándome de arriba a abajo, acentuó:

¿Qué es de su luz?

Sintiendo la opacidad, de mi organización espiritual y avergonzado con el incidente, me recogí en el silencio y en la inacción, recelando intervenir en las labores de aquella noche, en el desarrollo de las cuales no sobraba tiempo para cualquier indagación ociosa de mi parte.

Terminada la tarea, expuse mi caso a Guillón, quien, golpeando mis hombros fraternalmente, exclamó sin humillarme:

No se atormente, querido mío. Medite, ore, y, en el momento oportuno, recibirá las aclaraciones necesarias. No tenga duda de que obtendrá su luz.

Semejantes palabras de confortamiento no consiguieron disminuir la profunda tristeza que dominaba mi corazón.

14. XCURSIÓN CONFORTADORA

¡Cuántas veces invocamos la luz en los círculos religiosos! Despreocupados, aconsejamos a los amigos que la procuren, y en muchas ocasiones, inadvertidamente, la recomendamos a los hermanos que consideramos sumidos en las sombras. A través de conversaciones ociosas, señalamos a los que no la poseen, y siempre que hacemos uso de la palabra en público, la aconsejamos al mundo, en clamores altisonantes.

En realidad, semejante cooperación es oportuna y saludable cuando se basa en la sinceridad y en la recta intención; más frecuentemente olvidamos la palabra del Señor, que nos recomendó aprovechar las oportunidades de la experiencia humana en la iluminación de nosotros mismos, a través de la devoción al prójimo.

El problema se agrandaba en mis reflexiones.

Los amigos no me sugerían nada, no me reclamaban cosa alguna. Me amparaban sonrientes y felices; mientras tanto, las irradiaciones brillantes que de ellos emanaban, constituían una advertencia silenciosa.

Yo no procurara luz para mí mismo. Había conducido muchos desencarnados a la fuente sublime de las claridades evangélicas, pero había olvidado mis propias

necesidades. Había adoctrinado, o había pretendido adoctrinar a mucha gente, y en toda mi actuación verbal de predicación cristiana, había hecho sobresalir el imperativo de la luz para los corazones humanos. No obstante, ahora que participaba de una sociedad espiritual, reconocía la opacidad de mi alma. Mi periespíritu se mantenía en el mismo aspecto en que se caracterizaba en la vida física.

¡Oh Señor!, ¿por qué no hacemos bastante silencio en nosotros mismos, para oír tus enseñanzas, mientras permanecemos en las luchas del mundo?

AMPARO FILIAL

A solas con Marta, toda vez que el Hermano Andrade volviera a las obligaciones que le eran habituales, con el propósito de volver a reunirnos por la noche, no disimulé la tristeza que me asfixiaba.

Viéndome en lágrimas, mi hija se esforzó en consolarme. Me hallaba amargado, vencido, le dije. Albergado en un campo tranquilo, en donde me sonreían todas las bendiciones de la amistad, me sentía indigno de tanto auxilio y de tanta ternura.

No encendiera mi propia lámpara con vistas al futuro.

Allí nadie me acusaba, nadie proclamaba mis deficiencias; sin embargo, yo no era extraño a mi posición...

No le hablaba con la expresión caprichosa de la inadvertencia juvenil, sino con el profundo sentimiento

del hombre que se ve desencantado en un momento determinado, engañado en sus mejores intenciones.

Marta me pidió que tuviera serenidad y reflexión. Me aseguró que innumerables personas desencarnan en mis condiciones, y que, en aquel núcleo de trabajadores, nadie se juzgaba más importante.

Muchos compañeros revelaban densa oscuridad en sí mismos, y no por eso dejaban de obrar, contentos y serviciales, en la conquista de más nobles expresiones de la personalidad. No era lícito que me entregara de aquel modo a la desesperación. Aunque hubiese perdido el tiempo por completo, no cabía suponer que las lágrimas fueran suficientes para el trabajo reparador. Debía dedicarme al trabajo en incesante renovación para el bien.

VIAJE FELIZ

Observando mi sincero propósito de reajustamiento³, Marta, bondadosa, naturalmente interesada en consolarme, me propuso una rápida excursión. Disponía de varias horas para auxiliarme. Ella conocía mi íntimo deseo de visitar California para satisfacer llamadas del corazón. Algunos seres queridos aguardaban mi espíritu por aquella región.

Acaricé el proyecto con alegría casi infantil. La inquietud y la curiosidad que me habían caracterizado en la vida física, se hallaban íntegras en mí. Además, la

excursión tendría un carácter maravilloso bajo el esplendor solar.

Disimulé las preocupaciones que me torturaban y me preparé. Al poco tiempo, nos hallábamos fuera de la bendita colonia de servicio y de rehabilitación.

A la claridad del día, la vecindad no presentaba otro aspecto que el de una prolongada masa de materia opaca. En las cercanías no me fue dado vislumbrar ni siquiera el puente que reconociera en la noche de la víspera y distanciándonos de la población venturosa, noté que atravesábamos otras colonias espirituales, llenas de vegetación y de viviendas, aunque menos bellas. Respondiendo a mis interpelaciones, me informó mi hija que siempre nos es posible visitar los planos inferiores y consultarlos, no sucediendo lo mismo en cuanto a las esferas superiores, en relación con las cuales nos es indispensable satisfacer la necesaria preparación.

Pienso que permanecería por mucho tiempo en los paisajes que tenía a la vista, si Marta, dulcemente, no llamase mi atención hacia el objetivo de nuestro viaje.

— En estos planos, me dijo mi hija, la unión mental con la Tierra es todavía enorme. Muchas personas que "mataron el tiempo", están por ahí con deseos de revivirlo. Son nostálgicos de la vida física, que estiman vivir casi exclusivamente del pasado. No cometieran males graves, pero tampoco se dedicaran a hacer el bien en la proporción en que debían. Se quejan de mil infortunios, pero rehúsan emprender cualquier labor regenerativa.

Graciosamente añadió:

— Es el "personal de la omisión".

Suponía que nos hallábamnos muy lejos de alcanzar nuestro punto de destino, cuando la ternura filial me indicó el precioso paisaje de California. Pensé que debíamos hallar primero los hermosos panoramas de la Sierra Nevada, contrastando con las soberbias aguas del Pacífico, pero ya nos hallábamnos pisando el suelo norteamericano.

¿Cómo describir el maravilloso viaje al lector hambriento de informaciones? No puedo tener la presunción de hacerlo. Tenemos aquí en juego fuerzas y elementos inapreciables al sentido contemporáneo; y sería tan difícil explicar mi rápido viaje al Oeste de los Estados Unidos, como resultaría a un hombre común narrar a sus ve cijos un viaje por el espacio, a una velocidad más o menos semejante a la de la luz o a la del sonido.

Si un europeo culto necesita gran cuidado para comunicarse con un esquimal, con el fin de no herir su condición mental y también para no ser tomado por un mentiroso, ¿qué decir de las medidas que debe tomar un espíritu desencarnado al comunicarse con un amigo que todavía se halla encarcelado en el cuerpo terrestre?

VISITA SIGNIFICATIVA

Después de saciar mi sed afectiva junto a los corazones particularmente queridos a mi alma, surgió en mí cierto propósito invencible.

Rememorando mi estancia en las benditas tierras de Norte América, recordé a alguien a cuya inteligencia y bondad nunca dispensara suficiente admiración.

Mi hija me miró como si adivinara mis pensamientos. Y antes de que me dirigiera la palabra, le consulté de improviso:

— Marta: ¿No sería posible ver a Tomás Edison? Ella sonrió comprensiva, me dio el brazo generoso, y tomamos la dirección del Norte.

Transcurridos algunos minutos, alcanzábamos sublime paisaje...

Hasta entonces, habíamos estado en relación con extensas comunidades ligadas a la herencia española, mientras que ahora penetrábamos en vasto círculo de educación anglo-sajona. Tuve necesidad de utilizar el idioma inglés para hacerme entender mejor.

Marta me condujo a un gran edificio, exponiendo a un espíritu de respetable figura el propósito que abrigábamos; y con gran sorpresa oí decir al interpelado que el gran benefactor ya fuera avisado sobre nuestra visita y que se dirigía a nuestro encuentro. El informante aclaró que él habitaba en una esfera muy elevada, pero que vendría inmediatamente a recibirnos durante quince minutos. No disponía de más tiempo.

Acostumbrado en el Brasil a largas conversaciones, aunque jamás despreciase el valor del tiempo, intenté, disgustado, renunciar a la satisfacción que pidiera. El atento hermano que nos atendía, aclaró que durante el año de 1947, el gran inventor había podido disponer de mayor

porcentaje de tiempo para recibir a sus amigos de otra época.

Mientras esperábamos, pregunté a mi hija sobre las barreras que había que franquear para la expresión verbal. ¿Continuaríamos, más allá de la muerte, aislados unos de otros por las barreras lingüísticas? Los desencarnados del Brasil, ¿se verían impedidos de penetrar en los tesoros de las civilizaciones de otros pueblos, a causa del idioma?

Marta me explicó con paciencia que el espíritu de los hogares nacionales continúa dominando en los círculos más inmediatos a la mente encarnada, y que, a medida que se va acentuando la elevación, se encuentran mayores demostraciones de entendimiento colectivo, hasta conseguir recursos de acceso a la perfecta comunión espiritual, libres de cualquier Inhibición en cuanto a las dificultades de intercambio. Significó que de las agrupaciones temporales en que nos estacionamos, la mayoría de los espíritus son obligados a retornar a la carne, con el fin de que prosigan en su aprendizaje, y que toda liberación y toda sublimación tienen su precio correspondiente en el esfuerzo propio. Si nos hallamos en el estado "A", por más que deseemos avanzar al estado "B", no lograremos tal ventaja sin preparación, servicio y aplicación.

LA PALABRA DE UN GRAN BENEFACTOR

Permanecíamos entretenidos en aquella conversación reconfortante, cuando vimos a Edison en persona.

Era tal la luminosidad que coronaba su venerable cabeza, que tuve ímpetus de arrodillarme. Avancé hacia él perturbado por el júbilo y quise besarle las manos. Pero el inolvidable benefactor me abrazó sobre su pecho, y esquivando mis homenajes recordó los últimos años del siglo pasado, refiriéndose al fonógrafo, en cuya vulgarización tuve el placer de acompañarlo.

Rememoré el centenario de su nacimiento, y el admirable científico declaró que, no obstante hallarse desencarnado, continuaba trabajando sin descanso al frente de los peligros que amenazan la actualidad terrestre. Sumergido en los estudios y realizaciones de la Física en el plano espiritual, no es ajeno al servicio glorioso que el Espiritismo viene efectuando en beneficio del mundo; añadiendo, además, que no es suficiente probar la supervivencia del alma individual después de la muerte, ni situar nuevos patrimonios de la Naturaleza a la disposición de la inteligencia del hombre, sino más bien, promover inmediatos recursos de dignificación de la personalidad humana. Extendiéndose en ese tópico, comentó, categóricamente, la necesidad de reajustar la razón a los fundamentos divinos de la vida, a fin de que los procesos educativos en el mundo observen lo imprescindible respecto a la Fuente de Creación Eterna. Declaró que la desintegración atómica, practicada en la América, es seguida con indecibles preocupaciones por las Fuerzas Tutelares del Planeta, afirmando que la Humanidad vive en estos momentos aflictivo período de transición, sin la menor perspectiva de paz duradera, en virtud de los

sentimientos belicosos que orientan los corazones. En ningún tiempo, aseguró sin afectación, hubo tan grande impositivo de entendimiento y aplicación de las enseñanzas de Jesús; pero, hasta que los principios del Cristianismo gobiernen a las criaturas, de manera general, reinarán entre ellas, periódicamente, el hambre y la sed, la guerra y la enfermedad, la injusticia y el miedo, la destrucción y la ruina.

Sintiendo que el tiempo disponible tocaba a su fin, le pregunté si no volvería a reencarnar, respondiendo afirmativamente. Pero sonriéndome, hizo resaltar que sería en el momento oportuno. Le pregunté además sobre la continuidad de sus inventos maravillosos, con especial mención sobre la luz eléctrica, contestándome sonriente:

— El Creador es Dios, Nuestro Padre. Somos simples instrumentos de los designios sabios y justos de Él. Las invenciones continúan en la esfera pasada y en el círculo en que respiramos actualmente. Ahora, no obstante, mi querido Jacobo, ¿no habrá llegado la ocasión de que inventemos una lámpara divina y eterna que funcione para siempre dentro de nosotros mismos?

Con tal observación delicada y constructiva, vino el abrazo final, obligándonos a la despedida.

15. EN EL TEMPLO

Más allá de la muerte, se sitúan las esferas de la continuidad.

Si el hombre común consiguiese detener el curso de los pensamientos de segundo orden, durante algunos minutos del día, para reflexionar en la grandeza de la vida sondeando las realidades de la muerte, seguramente evitaría las cadenas del mal que lo sujetan a las recapitulaciones expiatorias.

Aquí permanecemos sujetos a nuestras propias creaciones, en igual forma que las piezas de determinada máquina se ajustan para su necesario funcionamiento.

El que se aflige por la falta de posibilidades materiales o en la angustia del tiempo, que haga el bien a sí mismo. El que se lamenta en el cautiverio del crimen, que se esfuerce por huir de sus garras, dedicándose al socorro de sus semejantes. El que se demora en el sueño del vicio, que honre la mano áspera que lo despierta y lo prepara para la caridad regeneradora.

Cada día que pasa para el hombre encarnado, parece gritar a sus oídos: ¡Aun es tiempo! ¡Aun es tiempo!

EN PREPARACIÓN

Después de prolongadas meditaciones, llegara el día en que yo debía ser recibido en el gran templo.

Marta y los amigos habían tomado todas las medidas susceptibles de intensificar mi felicidad.

Las criaturas del parque transportaran enormes cantidades de flores blancas como la nieve; y en nuestra dichosa casa, se hizo oír elevada música durante varias horas, advirtiéndome mi querida hija sobre la necesidad de mantener la mente alejada de todas las preocupaciones alusivas a la vida física.

Sería abrazado por muchos amigos; trazaría nuevas directrices para la lucha, y la preparación adecuada debía ser un deber en mí, me aconsejaba mi bondadosa hija.

Antes de la hora prevista, Andrade vino a nuestro encuentro, 'avisándonos que por la noche, efectivamente, quedaría solucionado mi problema de trabajo. Volvería a ver a muchos compañeros; pero yo estaba muy lejos de imaginar que volvería a encontrarme con la mayor parte de los espíritus con los cuales había convivido personalmente en las sesiones de labores realizadas en la Tierra.,

La muerte nos dirige a los objetivos que procuramos.

Los dictadores crueles no solamente tienen bajo su mando a los servidores que se corporifican en la Tierra, sino también a los asalariados invisibles que estimulan sus propósitos inferiores. El hombre que se convierte en instrumento de la bondad y de la salvación, aunque no lo

sepa, recibe el concurso de muchos hermanos interesados en los servicios de elevación propia

EN PLENO SANTUARIO

Por la noche, cuando las constelaciones aparecían en el cielo azul, todos, en blanco ropaje, nos dirigíamos al santuario.

En el fulgurante atrio, me esperaban muchos amigos del Espiritismo brasileño. Me extendieron sus brazos, y no obstante hallarme avergonzado por no poseer un halo brillante mientras todos ellos aparecían envueltos en aureolas luminosas, penetré en el interior.

Subirnos y subimos, hasta que en un salón adornado y amplio, varios hermanos, que yo no conocía, me recibieron generosamente.

Tal vez inspirado por Marta, un admirable grupo orquestal ejecutó la obertura de "La Gazza Ladra", de Rossini.

¡Con qué emoción acompañé aquella música ejecutada con suave encanto! ¡Qué nostalgias de mi antiguo hogar terrestre! La esposa y las hijas, educadas en la elevada comprensión del divino arte, se hallaban como vivas dentro de mí... ¡Qué inmensos deseos de reunir las sobre mi pecho y continuar, así, unidos en espíritu eternamente!

No pude contener abundantes lágrimas.

Terminada la melodía, un gran grupo de niños-orientadores entonó un hermoso himno titulado "El hermano que vuelve de lejos".

A pesar de las palabras amorosas de Bezerra, Guillén, Cirne y de Marta, yo nada podía responder. Tal parecía que algo atravesaba mi garganta. Me sentía nuevamente un niño. En mi memoria, volvía a ver a mi abnegada y valerosa madre, como si estuviésemos en la distante Europa. Sentía su cariñoso abrazo y oía sus palabras de despedida:

— ¡Vete, hijo mío! ¡Trabaja dignamente, sé bueno para con Dios y para con los hombres! Algún día volveremos a vernos de nuevo en el hogar.

Miraba a los niños que me sonreían mientras cantaban; escuchaba a los compañeros que me estimulaban para que tuviera buen ánimo; observaba el ambiente dulce y afectivo, envuelto en radiosas filigranas, y me preguntaba a mí mismo si aquel no sería el hogar divino a que se refería mi madre en mis días de la infancia...

Cientos de entidades se congregaban en torno, respetuosas, y al fondo, una centena de espíritus singularmente iluminados, se mantenían en profunda meditación. Andrade me los indicó diciéndome:

— Aquellos son vanguardias de la pureza y de la sabiduría, que suministran fluidos para materializaciones de orden divino.

No logré contestarle sobre la impresión que me causaban, a causa del llanto que embargaba mi voz. No

obstante, noté que al lado de ellos, se prolongaba vasta cámara lirial, en la parte de la torre que ocupábamos.

Por las ventanas próximas dominaba con la vista gran parte de la ciudad, maravillándome en su contemplación en aquella noche hermosa y plena de paz, repleta de armonía y de luz.

NUEVA FAMILIA DE LABOR

Probablemente con el objeto de sustraerme de la extrema emotividad que me dominaba, el Hermano Andrade me condujo a un apartado rincón del recinto, presentándome a algunas decenas de compañeros tan oscuros como yo, diciendo:

— Aquí, Jacobo, se alinean los cooperadores de su trabajo edificante, que ha de proseguir con gran actividad.

Llovieron los abrazos de alegría y de camaradería.

Reconocí a muchos de ellos, que habían desencarnado años antes que yo.

Surgió la conversación llena de júbilo y de discreción. Algunos me preguntaban sobre mis últimos trabajos doctrinarios. Muchos se recordaban de nuestros encuentros y de nuestras reuniones en diversos lugares de Río de Janeiro. Allí se hallaban también varios médiums conocidos míos.

La nota predominante en la conversación era la esperanza en el futuro.

Todos se lamentaban, como me ocurría a mí mismo, por no haber sabido aprovechar eficazmente las horas mientras se hallaran en el cuerpo físico. Hubiéramos podido concretizar mucho más nuestro ideal cristiano en la causa que abrazáramos, si hubiésemos procurado aplicarla con igual denuedo con que procurábamos enseñarla.

Enfermos en cuyo tratamiento había cooperado mediante pases, enaltecían la fe con que se había separado del cuerpo material y expresaban el júbilo con que esperaban la oportunidad de auxiliar a los seres queridos que aun quedaban en los círculos terrestres.

Dentro de todo mi ser vibraban nuevos incentivos.

No merecía semejantes demostraciones de confianza y de aprecio, pero me aplicaría las lecciones; y si las autoridades superiores nos permitiesen congregarnos para dedicarnos al servicio útil, podrían contar con mis energías débiles y humildes.

Cierto viejecito que aseguraba haber asistido a mis trabajos en Botafogo, me informó que muchos de los presentes eran elementos evangelizados en nuestras propias reuniones y oraciones. La mayoría había sido traída de múltiples lugares, después de largas tareas de pruebas y de reajustes, para que comenzáramos juntos nuevas labores.

Indicó Andrade que yo podría continuar reposando al lado de Marta por más tiempo; y que en el momento oportuno prepararía el grupo de asistencia fraternal a la que me había dedicado en los últimos años de mi vida

carnal, con el fin de que la desencarnación no me impusiese un intervalo ruinoso en mis actividades.

Abracé a los compañeros, uno a uno, extremadamente conmovido, y les dije que no irían a trabajar conmigo, sino que era yo el que iría a trabajar con ellos. Seríamos un conjunto de servidores del bien, procurando la luz en el servicio digno. Constituiríamos una sola familia, en nombre del Eterno Amigo, nuestro Señor Jesucristo.

MOMENTOS DIVINOS

Volviendo a la presencia de Guillón y de otros amigos, reparé que el silencio se hiciera profundo e indefinible.

Bezerra, nimbado de intensa luz, tomó lugar entre la gran asamblea y el conjunto de hermanos que oraban extáticos, y elevó al Divino Maestro sentida oración.

Sus palabras caían en mi corazón como chispas de un fuego celeste que me sacudían las fibras más íntimas, sin destruirlas.

Rogaba, magnánimo, a Jesús, que me fortaleciese y me inspirase, en el nuevo ministerio.

Tan excelsas eran las expresiones de la súplica, que un fenómeno extraño se produjo ante mis asombrados ojos.

Al impulso cíe la oración, los amigos iluminados se hicieron más radiantes y más bellos, y las flores del recinto, como si estuvieran nimbadas de un oculto esplendor, irradiaban ahora mayor brillo.

Las lámparas, allí, eran las almas inflamadas de amor, y la claridad que se esparcía, intensa y divina, no alarmaba el corazón.

Pétalos de fluidificada sustancia azul comenzaron a caer sobre nosotros, portadores de delicado aroma, y se deshacían suavemente sobre nuestros frentes, como si obedeciesen a la amorosa apelación del sublime hermano. Marta me amparaba, porque las lágrimas de dicha, aunque tranquilas, me hacían temblar, abatido y trémulo.

Cuando Bezerra terminó, ¡oh intraducible maravilla!

En la blanca cámara, surgió, de repente, una estrella cuyos rayos llegaban a tocar el suelo. Eran tan conmovedoras las vibraciones que se esparcían por el recinto, que no pude soportar la compañía de aquellos seres iluminados.

Me aparté, instintivamente, para el lugar en que se hallaban los compañeros de organismos opacos.

Marta me siguió, pareciendo un ángel guardián presuroso y dulce; y recordando la hora en que la viera, cariñosa y linda, en las labores de materialización en Pará, en 1921, cuando todavía me hallaba en la Tierra, me arrodillé humildemente, acompañándome ella en aquella acción.

Guillón y los otros me miraban con lágrimas en sus ojos, y contemplando la estrella que estaba comenzando casi imperceptiblemente a tomar forma humana, grité, sollozando; diciendo que yo no era digno de aquellas manifestaciones de aprecio y que tampoco era merecedor de aquella visita divina que comenzaba a revelarse.

Fortalecido por sobrehumano valor, confesé mis faltas y puse de relieve mis defectos, en voz alta, abiertamente, sin omitir error alguno.

Declaré que por mí hablaba la sombra que me envolvía, y afirmé que no debía ser examinado por un amigo, y sí juzgado en calidad de reo, merecedor de justa condenación.

Conmovidos tal vez por la exaltación a que me había entregado, Guillón, Sayáo, Cirne y Schutel dejaron la posición que ocupaban, vinieron a nuestro lado, y levantándonos a Marta y a mí, emocionados, nos sostuvieron en pie entre sus brazos cariñosos y amigos.

16. LA PALABRA DEL COMPAÑE- RO

Por más que intenten los mensajeros espirituales describir la grandeza de las demostraciones del alma eterna en los oídos del hombre que permanece en el mundo, jamás encontrará recursos con que expresar la realidad.

Sometido a saludables limitaciones, el espíritu encarnado es incapaz de traducir la belleza celeste. La sensibilidad desarrollada en la ciencia o en la virtud, la percibe como un relámpago fugaz, intentando aprisionarla en la palabra, en el sonido y en el color accesible a la apreciación humana; pero los artificios de la inteligencia no son suficientes para fijar la claridad divina.

Extático y asombrado, noté que la estrella se transformaba lentamente. De la nebulosa radiante, alguien se destacó nítido y reconocible para mí.

Era el magnánimo Bittencourt Sampaio, cuya expresión resplandeciente constituía lo que podía designarse como un ser angélico.

Lo rodeaban amplias aureolas rutilantes.

Sorprendido y avergonzado, traté de retroceder, pero no lo conseguí. Intenté arrodillarme, pero Guillón me sostuvo en sus brazos.

Poniendo su diestra sobre mi frente, continuó diciendo con nobleza y sinceridad:

— ¡Hiciste bien, Jacobo, relatando tus propias faltas en este plenario fraternal!

La Infinita Sabiduría designa tribunales para juzgar a aquellos que no la conocen, porque la ignorancia reclama lecciones, a veces rudas, de los planos exteriores; pero los hijos del conocimiento santificante, se condenan o se salvan a sí mismos.

Los sordos voluntarios exigen fenómenos clamorosos en el terreno de la expiación, para que se les desarrolle la acústica; y los ciegos de ese jaez piden medidas espectaculares, en los círculos del dolor, con el fin de que se les dilate la visión.

Para nosotros, por tanto, que aceptamos la gracia de la Revelación Divina, semejantes providencias son inútiles.

La propia conciencia labra en nosotros irrevocables arrestos.

Somos el fruto de nuestra siembra.

Erramos y acertamos, aprendiendo, corrigiendo y perfeccionando siempre, hasta lograr la conquista del Supremo Equilibrio.

No te aferres, pues, a las sombras destructoras del remordimiento o' de la queja.

¿Quién ha pasado incólume sobre los precipicios de las pasiones humanas, a no ser el Amado Maestro?

Sin gestos convencionales, sin ninguna actitud que denotase afectación, saludó a la asamblea y se dirigió hacia mí, pronunciando frases que yo no merecía...

EL JUICIO DE NOSOTROS MISMOS

¿Nuestro? ¿Qué aprendizaje ha alcanzado todas las enseñanzas de una sola vez?

¡Calma el corazón de discípulo y concentra tus esperanzas en los benditos días del futuro!

La muerte para todos nosotros, que aun no hemos alcanzado los más altos niveles de la Humanidad, es una pausa bendita en la cual es posible abrirnos a la prosperidad en los principios más nobles. Atesoramos aquí para distribuir más tarde bendiciones de vida inmortal en las oscuras esferas de la reencarnación. Respiraremos ahora la armonía y la paz a que hemos sido conducidos, a fin de portar después su sublime estandarte entre los compañeros que, aun aherrojados en la carne, duermen en las tinieblas de la discordia y de la ilusión.

Somas células de la Humanidad militante, en busca de la Humanidad redimida.

Herederos de muchos siglos de experiencia carnal, es imposible lograr la definitiva ascensión .de un día para otro.

Es indispensable planear el bien y realizarlo; sembrar la felicidad y recogerla, a costa de sudor y sacrificio en el trabajo personal.

¡Abre el pensamiento al rocío del ánimo bueno!

¡No te detengas en la aflicción vacía!

Regresaremos a la escuela de la aplicación, en la carne distante, y se hará necesario emplear nuevas energías en las recapitulaciones imprescindibles.

ANTE LAS BENDICIONES DE LA LABOR

Produciéndose un ligero intervalo en la palabra amorosa y venerable, deseé preguntarle sobre la continuidad de mis trabajos, en vista de los informes que allí recibiera del Hermano Andrade; pero antes de que pudiese expresarme verbalmente, confirmó generoso:

— te ocuparás en el servicio, de ahora en adelante, en compañía de los mismos compañeros de la bendita lucha.

Los círculos de vida que poblamos ahora, son de continuación.

En la experiencia humana, tenemos la siembra. En la vida espiritual que nos es accesible, comienza la cosecha.

El favoritismo no existe en el Gobierno Universal. La Infinita Sabiduría solamente nos indica, a través de la Ley.

Hay espíritus que se preparan en el mundo para la bendita primavera del trabajo pacífico en la esfera superior; y hay otros que se encaminan, voluntariamente,

hacia el invierno de las angustias y de las tinieblas, tan pronto como dejan el cuerpo material.

Todos aquellos que de alguna manera estuvieron en tu compañía en la fraterna, comunión de intereses espirituales, constituyen la legión afectiva con la cual seguirás hacia adelante, distribuyendo el amor, la luz y la verdad.

Nuestra acción mental en las estrechas líneas de la vida física, es un simple ensayo para las labores que esperan nuestra cooperación después de la muerte.

Sobresalen, a nuestro alrededor, multitud de necesidades de iluminación redentora.

Es necesario no desanimarse ni estacionarse. Conquistaste valiosas posibilidades de servir, por los conocimientos que adquiriste; y si las atenciones materiales terminaron con el atestado de óbito pasado al viejo cuerpo, las tareas edificantes prosiguen activas, reclamando tú dedicación.

Formamos la caravana que jamás se disuelve.

Con las manos entrelazadas en la labor del bien, no reposaremos sino en el Maestro que de cerca sigue nuestra buena voluntad.

Es necesario, Jacobo, encontrar la paz dentro de nosotros mismos, en la batalla por la victoria de la luz, tal como el Señor lo demostró perseguido y crucificado.

Lejos de nosotros el descanso destructivo de los que procuran el Cielo sin las credenciales del Reino Divino en sí mismos.

LAS OLVIDADAS VIRTUDES DE ILUMINACIÓN INTERIOR

Compadeciéndose de mis abundantes lágrimas, levantó mi rostro con su diestra y mirándome bondadosamente, continuó:

— Lamentas no poseer, ya, más amplio desenvolvimiento de la luz interna; con todo, cualquier desaliento de nuestra parte en el esfuerzo salvador, significa indebida reacción de nuestra voluntad caprichosa contra los soberanos y justos designios de Arriba.

No nos detengamos a examinar la exigüidad de nuestros recursos. Dilatémoslos utilizando las posibilidades que Jesús nos confió. En las tropelías de la agitación carnal, casi siempre nos olvidamos de las virtudes susceptibles de ser encontradas en los carriles apagados y anónimos del valle. Nuestra visión, en tales circunstancias, está concentrada sobre el cúmulo de la organización social provisional a la que servimos, y en la imaginaria montaña de los honores terrenales, coronada no obstante de ventajas respetables; y esperamos el bienestar y el placer, la sagacidad y el dominio, las facilidades temporales y las consideraciones fantasiosas a nuestro personalismo poco digno, olvidando por completo, a veces, los dones sagrados del deber humilde y desconocido.

¡Cediendo a los impulsos que presiden nuestros instintos primitivos, nos despreocupamos de adquirir simplicidad y amor, paciencia y renunciación, resignación y

esperanza; dádivas de la vida eterna que el Héroe Celestial nos ofreció a los pies de la cruz!

Nos impresionamos con el Salvador en las claridades sublimes de la Resurrección, pero olvidamos al Maestro Crucificado.

Nos agrada disponer, pero aborrecemos obedecer. Procuramos la autoridad, pero desdeñamos la disciplina.

Ejercemos severo examen sobre los actos ajenos, sin establecer la más mínima vigilancia sobre nuestro propio corazón.

Nos entendemos perfectamente con el ruido y con la liviandad del mundo que envuelve nuestros sentidos inferiores, pero raramente nos comunicamos con el Espíritu Sublime del Cristo, en la propia conciencia.

Sabemos caer de prisa, pero difícilmente nos decidimos a levantarnos.

Nos adornamos con las flores de un día y perdemos los frutos de la eternidad.

Nos habituamos a pedir las bendiciones del Eterno, y, cuando las recibimos, nos disponemos a dormir indefinidamente.

— Llenamos la Tierra de palabras brillantes, olvidando que la victoria en el bien es más concreta en aquellos que oyen el consejo sabio y lo aplican.

Es por esto, amigo mío, que llegamos sin lámpara propia a las eminencias de la vida, incapaces de contemplar el brillo solar por nuestra deficiencia de luz.

Pero el Todo Misericordioso jamás nos cierra las puertas del servicio de elevación.

Aquí también encontrarás las bendiciones de la lucha, en cuyo aprovechamiento encenderás la propia lámpara para la jornada.

Sin las cualidades que santifiquen el carácter, dignifiquen la personalidad, espiritualicen el raciocinio, e iluminen el corazón, es impracticable la felicidad en los más gloriosos mundos.

La lámpara puede ser tímida y pobre; no obstante, si posee material equilibrado y perfecto para sintonizarse con la Sed de la Fuerza, producirá luz y belleza, en silencio.

Renovémonos así, embelleciendo nuestras posibilidades interiores, para que podamos comunicarnos con el Supremo Donador de la Vida, a través de los hilos invisibles de amor que lo unen con el Universo Infinito.

¡Deja, Jacobo, que rujan las tempestades en el mundo; olvida las recordaciones violentas del pasado; emerge del "hombre viejo", y dirígete hacia lo alto!

¡Entonces ha de irradiar tu luz brillante y pura!
¡Amemos el trabajo transformador!

¡La vida nada debe a los inútiles!

Somos ramas de la Vid Divina, y nuestra felicidad exige la savia inmortal que procede de las raíces profundas. Sin ese alimento, nos convertimos en gajos secos e improductivos.

¡Atraviesa valeroso esta hora de transición!
¡Reanímate en el Señor, y no desfallezcas!

VOLVÍA FINAL DE LA REUNIÓN

Inmediatamente, como si deseara sustraernos a la idea del ceremonial, pasó a conversar naturalmente con nosotros. Se refirió a los compañeros que compartían con él las actividades de la esfera en que se encontraba, y entabló particular conversación con Guillón sobre la evangelización en el Brasil, y las angustias del mundo moderno.

Cuatro entidades más, ligadas al fraternal mensajero, se habían materializado en forma armoniosa y fulgurante.

Me abrazaron con cariño y cantaron con los niños-orientadores un delicado himno consagrado a Jesús.

En derredor mío los dulces entusiasmos de la Buena Nueva, trazaban planos de sagrada cooperación con el Cristo. Se referían los amigos presentes a la multitud de espíritus fanatizados en el mal y a los sufrientes desencarnados de todos los matices, examinando recursos para iluminarlos, ampararlos y auxiliarlos; pero, a pesar del interés con que observaba los proyectos de renovación redentora, no tenía para conmigo mismo sino lágrimas de compunción y de gratitud.

Otros cánticos se hicieron oír, conmovedores y hermosos; y cuando Bittencourt Sampaio y los suyos se despidieron en deslumbramiento de júbilo, sentí el principio de una revolución interior, de profundas consecuencias para mi futuro. Perdiera momentáneamente la curiosidad enfermiza que me orientara hasta entonces. La claridad de los otros había acentuado mi oscuridad. Mi

inquietud característica se centralizara. ¿Por qué avanzar en el conocimiento intelectual con el alma a oscuras? Tenía que cambiar de rumbo. En realidad, fuera agraciado por la benevolencia de muchos amigos que rodeaban mi espíritu de atenciones y de ternura, pero en lo recóndito de mi ser, estaban las señales de mi falta de adaptación al Reino del Señor, que yo ambicionara servir; antes de extenderlo a los demás, era indispensable construirlo dentro de mí mismo. A pesar de la belleza inolvidable de aquella noche de amor, las gracias recibidas me confirmaban, en el fondo, las primeras impresiones de que yo no pasaba de ser un mendigo de la luz.

17. EN LA ESCUELA DE LA ILU- MINACIÓN

¡Bendita es la bondad del Señor, que no fuerza a la criatura a tener que esperar siempre!

Si fuese fustigado por los amigos con palabras rudas, después de la desencarnación; si me recordasen sin caridad mis errores, tal vez me refugiara en mi propia resistencia, acentuando las sombras que dominaban mi alma. Probablemente inventaría recursos contra el servicio de la luz. Las advertencias, sin embargo, llegaban a mí silenciosas. La asistencia de mi hija, los cuidados del Hermano Andrade, la conversación de Guillón y la devoción de Bittencourt Sampaio, transbordaban amor que renueva y eleva sin alarde.

Nadie me humillaba. Al contrario, de todos recibía incentivos para mi propia mejoría.

Me alegraban saludables modificaciones, penetrando mi corazón silenciosamente.

En razón de todo esto, al siguiente día del encuentro con Bittencourt en el gran santuario, tenía mi espíritu sumergido en graves y profundas meditaciones.

¿Cómo podría recibir a mis compañeros para el trabajo, si me sentía inapto y oscuro? En lo íntimo, pre-

tendía absorberme en preocupaciones aplastantes, ganar tiempo aprendiendo y sirviendo; no obstante, en lo recóndito de mi conciencia perseveraba el recuerdo de aquella enseñanza evangélica alusiva al "ciego guiando ciegos". No. No debería precipitarme. Me convenía meditar en oración, suplicando al Señor que desarrollara mi visibilidad espiritual... Era ineludible mi reajuste, antes de entregarme a nuevas empresas.

INSTITUCIÓN RENOVADORA

En ese estado de alma, recibí la visita intencional de Guillón, que me aseguró conocer cuánto me sucedía. Atribuyó mis dificultades a la transitoria inadaptación a la vida espiritual, y me aconsejó un curso rápido en una de las escuelas de iluminación que allí había.

Y como le pidiese ayuda, me contestó sonriente que encauzaría la solución del problema, con el Hermano Andrade, añadiendo lealmente:

— En ese servicio nuevo, Jacobo, procure ser niño otra vez. No tenga ideas preconcebidas. Olvide al hombre de negocios que fue, olvide su posición de jefe con los subordinados y las personas agradecidas a su posición. Llega siempre el momento en que debemos devolver al Señor las dádivas que nos hizo a título de préstamo. Con su mente limpia y fresca, usted aprenderá mejor el sentido de la vida real. Saber comenzar aquí, es una ciencia agradable y al mismo tiempo compleja.

Escuché atentamente el consejo, y después de breve intercambio con mi hija, fui conducido por el Hermano Andrade a una de las dependencias del mismo templo que visitáramos en la víspera.

Allí se hallaban algunas decenas de espíritus en contacto con los instructores.

Noté que las aulas estaban animadas; todavía no se revestían del carácter solemne, y por ese motivo, se hacía difícil destacar los profesores de los, alumnos.

Todo era simple y cordial.

Se caracterizaba el ambiente por su expresión acogedora.

Las disertaciones eran de carácter grave, pero dentro de la mayor fraternidad.

Andrade me confió a la protección de la oficina administrativa y se retiró, después de explicar que me dedicaría al aprendizaje por unas semanas solamente, por el hecho de poseer cierto bagaje de conocimientos elevados, obtenidos en la esfera carnal; considerando que la mayoría de los compañeros allí estacionados en las lecciones diurnas, necesitaban, por tanto, algunos recursos rudimentarios de la espiritualidad superior.

INFORMACIONES ÚTILES

A solas con el instructor que me atendía, grabé en mi mente sus palabras estimulantes y afables.

Se mostraba sinceramente interesado en auxiliarme.

Conduciéndome a un amplio recinto de la organización, me dijo con alegría y franqueza:

— Usted apreciará las enseñanzas y se valdrá de las posibilidades de la escuela, con la eficiencia precisa, en medio de espíritus que le son desconocidos hasta ahora. En las enseñanzas iluminativas, las afecciones terrenales no siempre nos ayudan. Al contrario, comúnmente perturban. La conquista de la luz interior demanda cierta violencia a los intereses del "yo", y los parientes y afines, a veces dominados por la afección exclusivista, provocan vibraciones de piedad mal entendida, de amor propio herido, de melindres innecesarios y celos nocivos. Esto, en la mayor parte de los casos, envuelve el alma en una vibración de peligrosa ilusión, como si un material aislante la apartase del clima real de la vida. Cada uno de nosotros es un problema particular en la Creación Divina. Debemos enfrentarnos valerosamente con nuestros enigmas. Si es necesario libertar de las zonas inferiores el corazón, para unirlo a los planos más elevados, tengamos suficiente valor para hacerlo. En tareas como la que se va a iniciar, el estacionamiento de la mente en las formas más respetables de retención puede ser perjudicial.

Miré a mi interlocutor, esperanzado y contento, y, quizás porque observase mi ansia juvenil de aprender con provecho, me golpeó paternalmente en los hombros, y me dijo sonriendo:

— ¡Que sea feliz! Recuérdese de su necesidad de transformación saludable y prosiga fortalecido y sereno.

A los pocos instantes, tomaba lugar entre los asistentes.

Ningún conocido. Ningún lazo que me hiciera recordar mentalmente el pasado.

Supe después que esa característica de la institución es providencial.

Aun no nos hallamos en un campo de amor equilibrado. La herencia del "círculo consanguíneo", de la "simpatía incondicional", del "grupo sectario", o del "impulso preferente", todavía nos acompaña intensamente en la esfera en que me reajusto. La autoridad superior nos permite conservar semejante patrimonio en su forma venerable de inclinación constructiva, durante el tiempo que deseemos; aunque en el régimen de aclaración espiritual, es prudente actuar contra cualquier situación exclusivista. De ahí la conveniencia de la congregación de elementos neutros entre sí, porque la amistad que ahí se establece no tiene los residuos de la pasión terrenal que, aun en su aspecto hermoso y noble, en el cual se aprovecha la elevación de nivel cultural y sentimental del mundo, funciona contra la armonía de la mente, sin la cual es imposible encender la propia luz.

APRENDIENDO

En poco tiempo me había familiarizado en el curso. La organización se dedica al suministro de valores educativos a los espíritus procedentes de la esfera carnal,

portadores de grandes compromisos en los desvíos del bien.

Es curioso observar que la mayoría de los alumnos se encuentran en la situación del hombre necesitado de un metal precioso, que hubiese permanecido mucho tiempo junto al filón aurífero, olvidando su propio objetivo.

Los profesores son incansables en aclarar que en la reencarnación tenemos el más valioso instituto educativo, significando que en realidad todas las luchas terrestres tienen por objeto redimir al espíritu e inflamado de virtudes celestiales. Hacen mucho hincapié en que, una vez en el cuerpo físico, el hombre olvida los imperativos de su permanencia en los distintos grados de la preparación, y se dedica a la conquista de inutilidades o ventajas efímeras, cuando no se erige en un tirano o en un crítico de sus propios hermanos de lucha. Vicia su mente en la ociosidad, ante la gloriosa bendición recibida, y, muchas veces, abandona la escuela de la carne en deplorables condiciones morales, por las deudas adquiridas en el mal uso del libre albedrío ante las leyes ineludibles que gobiernan la vida.

En vez de respetar las materias de servicio redentor y utilizarlas en beneficio de sí mismos, los aprendices de la sabiduría, en la actuación terrenal, las utilizan con indiferencia en perjuicio propio, cuando no las aprovechan lamentablemente en la perpetración de faltas criminales. Por tanto, cuando el alma deja el plano terrenal seguida de valores intercesores de la devoción fraterna', por la buena voluntad que demostró a sus semejantes, le es permitido

frecuentar las instituciones iluminativas más allá de la muerte, con posibilidades en la acción práctica, entre los núcleos de entidades inferiores.

Se comprende, entonces, que todos los conflictos de la lucha carnal se revisten de sublimes finalidades.

En la vida real del espíritu, el sufrimiento pierde el aspecto sombrío. No es considerado tan solamente como un motivo expiatorio, sino también como una bendición salvadora que perfecciona e ilumina siempre. El hombre que se aferra al placer fácil de un minuto, pierde la bendita siembra de la eternidad; solamente por eso es que no saca del obstáculo, del dolor y de las dificultades el resultado de alegría imperecedera que ofrecen al alma.

CONCEPTOS DE UNA CARTILLA PREPARATORIA

Del acervo de primorosos libros que me fuera permitido observar, uno de los instructores sacó determinada cartilla de afirmaciones sintetizadas y destinadas a despertar la mente, recomendándome cuidadosa meditación en su lectura. De entre ellas, deseo destacar algunas que supongo han de interesar de cerca a los compañeros que se dispongan a recibir mis humildes noticias: "Cada espíritu es un mundo vivo con movimiento propio, con sujeción a las causas que creó para sí mismo en el curso del Tiempo, gravitando en torno de la Ley Eterna que rige la Vida Cósmica"

"Dos terceras partes de las criaturas humanas en-, carnadas en la superficie de la Tierra, se demoran' en la jornada evolutiva que va de la Irracionalidad a la Inteligencia o de la Inteligencia a la Razón. La otra tercera parte restante se halla en tránsito de la Razón a la Humanidad. Fuera del cuerpo terrestre, pero ligados al mismo plano, evolucionan miles de millones de seres pensantes, en las mismas condiciones".

"En esferas más elevadas del Planeta, otros miles de millones de almas se dirigen de la Humanidad a la Angelitud"

"El proceso de la educación del ser hacia la Divinidad, tiene su base en la reencarnación y en el trabajo incesante".

"El instituto de las compensaciones funciona igualmente para todos".

"Nadie elude las leyes universales".

Con sorpresa, vine a saber que así como el suelo bruto ayuda al labrador y lo educa mediante el trabajo que lo mejora y enriquece, así también las inteligencias inferiores y rudas benefician a los espíritus superiores en conocimientos y en virtud, cuando se interesan en la dilatación de sus propios poderes, tal como en una agremiación escolar el lucro legítimo pertenece a aquel que enseña y se dedica a la preparación de alumnos distraídos o ingratos.

Los casos agrupados en la escuela son dignos de mención especial. Los compañeros cuentan los más interesantes episodios en materia de fuga en las ansias de la

felicidad definitiva. Huyeron lejos del tesoro de la santificación íntima, deliberadamente, por infantil recelo de sufrimientos y humillaciones. Perdieron grandes y benditas oportunidades de ascensión a las cumbres iluminadas; y ahora, tal como me ocurre a mí, reparan el tiempo menospreciado por medio de labor más intensa.

"Los recursos de la dignificación de la individualidad permanecen a la disposición de la comunidad planetaria en las diversas escuelas religiosas de la Tierra; escuelas que se diferencian en el culto externo, de acuerdo con los impositivos de espacio y tiempo, pero que, en el fondo y en esencia, se hermanan en la Fuente de la Eterna Verdad, en que la integración del Alma con la Luz Divina se realiza por intermedio del Supremo Bien".

"Jesús es el Ministro de lo Absoluto, junto a las colectividades que progresan en los círculos terrenales. Los grandes instructores del mundo, fundadores de distintos sistemas de fe representan mensajeros de El, que nos gobierna desde el principio".

"Toda criatura humana posee en sí misma las semillas de la Sabiduría y del Amor. Cuando ambiente esos divinos gérmenes dentro de sí misma, y los desenvuelva ampliamente a través de los siglos incesantes, conquistará las condiciones del Sabio y del Ángel, que se revelan en la sublime personalidad de los Hijos de Dios, en mayoría de edad divina".

Mientras estuve en el cuerpo material, muchas veces, apresuradamente como si devorase algún alimento sin masticarlo, adquirí conocimiento de las instrucciones de

orden superior. Pero allí a la vista de las circunstancias en que me encontraba, la lectura me obligó a serios pensamientos.

18. ENSEÑANZA INESPERADA

Nadie podrá escapar a los imperativos del propio mejoramiento. El ignorante podrá refugiarse en la intemperancia de los sentidos físicos, creyendo que la muerte es el fin de toda lucha; y el instruido podrá hojear páginas preciosas, imaginándose exonerado de la obligación de ser útil al prójimo en la devoción fraterna. No obstante, para todos aquellos que permanecen lejos de la acción edificante y renovadora, la vida espiritual vuelve a abrir las puertas del esfuerzo personal imprescindible.

Los espíritus holgazanes atrasarán su marcha deteniéndose en la rebeldía o en la inercia, y serán aprovechados en la obra regeneradora o evolutiva, a la manera de corrosivos que sirven para las tareas de limpieza utilizados por manos hábiles. Pero los hijos del arrepentimiento y de buena voluntad, encontrarán mil modos de actuar y de servir, en el extenso campo del bien.

En las altas cimas, se congregarán asambleas de venerables benefactores, en favor de millones de seres; pero ningún espíritu podrá sentarse en un trono que no edificó, ni brillará con lámpara ajena.

Las llamadas y los consuelos de los campos nobles, no deben ser interpretadas exclusivamente como simple confortamiento de protección efectiva, y sí, por encima de

todo, como valiosas herramientas de servicio redentor. Esta es una enseñanza que estoy aprendiendo a costa de muchos esfuerzos y que los amigos esclarecidos de la Tierra posiblemente evitarán, valiéndose de las oportunidades de elevación y perfeccionamiento que el mundo les ofrece.

EXPERIMENTACIÓN

Cierto compañero de aprendizaje me invitó a experimentar prácticamente las lecciones de la escuela en que nos reajustamos.

Iríamos a Río de Janeiro, en donde habíamos recibido valiosas bendiciones de la fe. Procuraríamos algunos de los casos de adoctrinación y socorro, en los cuales actuaríamos, y aplicaríamos entonces los principios recibidos.

El orientador a quien expusimos el proyecto, lo aprobó con evidente satisfacción; pero consideró que debíamos ir en compañía de alguien más apto que nosotros, a fin de que no se perdiera nuestra siembra. Indagó sobre las particularidades del propósito, y después de oír a mi colega, comenté mi objetivo.

Antes de mi desencarnación, había luchado por mucho tiempo con un peligroso obsesor de un alcohólico inveterado, sin haber conseguido convencerlo ni modificarlo. Me agradaría observar el caso "in loco" y, con las precauciones a que me viera compelido, me prepararía para el servicio mayor que me esperaba.

El director me oyó con paciencia y no presentó ninguna objeción, recomendándonos, a continuación, a la custodia del Hermano Órnelas, veterano en trabajos de la especie que pretendíamos acometer.

Al poco tiempo, nos hallábamos en la ciudad, al anochecer.

El compañero que nos seguía de cerca explicó que innumerables hermanos de otros círculos, imposibilitados por largos decenios de reencarnar, se dedican a tareas oscuras y de sacrificio, entre las almas endurecidas o sufrientes, con el fin de conquistar por la abnegación y por el heroísmo silencioso, la irradiación luminosa que les falta. Emplean largos años en el esfuerzo de renunciación adquiriendo humildad en el trato de almas rebeldes y ásperas, como sembradores que buscan la dádiva de la flor y del fruto al contacto del suelo bruto. En general, son hombres y mujeres que se excedieron en la autoridad o en el uso del dinero, en la inteligencia o en la belleza, asumiendo graves compromisos morales que se consagran después del sepulcro, por largo plazo, al género de actividades que íbamos a intentar, en benditas peregrinaciones de auxilio a los semejantes, ostentando aflictiva posición de servidores oscuros y anónimos para alcanzar mejor los fines que se proponen.

ANTE UN ESPÍRITU OBSESOR

El alcohólico, cuya situación me había hecho incurrir en diversos servicios de oraciones y de adoctrinaciones

durante mis Últimos tiempos de vida material, se hallaba en un bar suburbano, emborrachándose. Al lado de él, el temible espíritu obsesor daba expansión a impulsos indignos. Cada copa llena era una nueva taza de veneno fluido que él aspiraba con extraña voluptuosidad.

Nos aproximarnos sin pérdida de tiempo.

Antes de actuar, el espíritu de Órnelas me advirtió que hallándonos fuera de los lazos físicos, el socorro a los espíritus atrasados exige otros recursos además del arma verbal. "Nos hallarnos aquí, aclaró con la mayor atención, sin el elemento controlador de la mediumnidad. Cuando el instrumento encarnado está en las tinieblas de la ignorancia, la entidad desequilibrada se apodera de su cuerpo completamente, llegando a la posesión casi absoluta, y entonces, verificamos en los círculos terrestres la exacta reproducción del alma desorientada y falta de razón, ofreciendo intensa sensación de locura. La mayoría de los médiums, por tanto, aun siendo sonámbulos puros, controlan de algún modo a los espíritus comunicantes irreflexivos y desdichados, ejerciendo hasta cierto punto determinada censura sobre las palabras rudas o inconvenientes que desean pronunciar. En aquel instante me hallaba con un obsesor frente a frente. Debía prepararme para demostrarle los mejores sentimientos de mi corazón, porque, por su parte, me daría a conocer las notas más íntimas de su propia conciencia.

Nos acercamos a aquella pareja lamentable.

El verdugo miraba una copa cercana, de igual modo que un magnetizador interesado en su presa. Era una

triste figura de vampiro que provocaría gestos de pavor en las personas allí presentes, si pudieran ver su- máscara diabólica.

Volviéndose hacia nosotros y sintiendo que lo observábamos con calma, me pareció que se concentraba para ofrecernos mayor resistencia, sonriendo con escarnio; y dirigiéndose de modo especial a mí, echó una franca carcajada.

Al principio, me molesté. Experimenté un malestar intraducible.

Aquel espíritu endurecido envolviéndose en una nebulosa sombría, enviaba contra mí fuerzas envolventes y perturbadoras.

Órnelas me sacudió los hombros vigorosamente y me dijo:

"Noto su inexperiencia, pero no tema. Centralice la voluntad y reaccione con todas las energías de que dispone. Prepárese para oír y hablar con serenidad. Sus condiciones psíquicas surgirán a la superficie del rostro y de la palabra. No se deje abatir. Yo lo ayudaré".

La advertencia me tranquilizó íntimamente, aunque en realidad no llegara a conseguir refrenar mi recelo, en vista de la agresividad del obsesor, que se acercaba a mí con expresiones provocadoras.

DIALOGO SORPRENDENTE

Ante el temible verdugo y bajo su zona de influencia sin el concurso de un médium, como me ocurriera en las

adoctrinaciones de otro tiempo, tuve el impulso de alejarme de aquella experiencia. ¿No sería mejor esperar a que mi espíritu se fortaleciera más?

Órnelas, mientras tanto, con mirada severa, me impidió retroceder y poniendo su diestra sobre mi frente, me aconsejó proseguir, prometiéndome inspirarme en las observaciones convenientes.

Me mantuve seguro y miré sin temor al obsesor. Percibiendo mi decisión, el infeliz recogió los puños cerrados con que me afrontara lleno de cólera.

Mientras, la colaboración magnética de Órnelas me sustentaba, proporcionándome gran fortaleza.

Fue así mi primer diálogo, después de la muerte, con un espíritu desviado del bien:

Hermano mío, le dije emocionado, ¿no se decide a libertar a nuestro amigo enfermo, ya de por sí tan miserable?

Y usted, aun después de muerto, ¿no desiste de importunarme?, replicó el obsesor con rabia.

Sí, no desisto porque quiero ser su amigo y deseo proporcionar luz a su espíritu.

Pero a Ud. no le veo luz alguna. ¿Cómo quiere usted dar lo que no tiene?...

Su respuesta me hirió profundamente y faltó poco para que no huyera. Pero la mano vigorosa de Órnelas me amparaba, y respondí:

Trabajaré sinceramente en el bien hasta que la Voluntad del Señor ilumine mi alma.

El perverso interlocutor se rió con la mayor falta de respeto y prosiguió:

¿Por qué insiste? No adelantará nada...

Fuera de la caridad no hay salvación, le repliqué lleno de confianza. ¿No cree ser un deber nuestro ayudar al compañero de mente enferma, aunque esté aún unido al cuerpo terrestre? ¿No conoce su familia respetable que sufre grandemente?

Vaya, vaya, Jacobo, contestó contundente, usted se refiere a la caridad con tanta seguridad...

¿Cómo no? ¿Qué será de nosotros sin la práctica del bien?

Según me consta, exclamó sarcásticamente, usted en la Tierra daba gran preferencia al dinero, estimaba profundamente su propia fortuna...

En mis reacciones del "hombre viejo", quise decirle que era más justo amar el dinero propio que los bienes ajenos, pero la expresión fisonómica de Órnelas detuvo mi frase de autodefensa, y, en lugar de proferirla, dije con serenidad:

Recogí las ventajas materiales alcanzadas por el esfuerzo digno, tal como el mayordomo que retiene consigo, transitoriamente, las dádivas del Señor. Lo que el Todo Poderoso me confió, lo dejé restituido, con la conciencia feliz, según sus sabios designios.

El verdugo hizo un ademán de odio y volvió a comentar:

No le reconozco autoridad alguna para dar consejos. Usted fue, siempre un hombre áspero, indisciplinado,

voluntarioso. Muchas veces, acababa de señáarnos el buen camino y seguía luego la senda contraria. Ahora quiere ser un apóstol...

Hizo un gesto ridículo, con el fin de torturarme, y continuó:

Frecuentemente, después de dejar los médiums a través de los cuales cambiábamos ideas, yo seguía sus pasos con discreción, y notaba que Ud. no actuaba de conformidad con sus propias enseñanzas.

Semejantes frases, dichas así a quema ropa, me desconcertaron.

Me ruboricé avergonzado; mientras, Órnelas me garantizaba la firmeza de ánimo.

Sí, concordé, reconozco mis debilidades. Pero mis deseos de renovación y de perfeccionamiento son sinceros. No podemos santificarnos de una sola vez, y si todos los pecadores se negaran a trabajar en el bien, alegando que se sienten malos e ingratos, ¿cómo podríamos esperar una vida mejor en el mundo? Si los espíritus comprometidos con la Ley no se resuelven a colaborar en el rescate de sus propias deudas, por el hecho de reconocerse deudores, jamás alcanzaremos la liquidación de las cuentas humanas. Comprendo que no soy un ejemplo vivo de los conocimientos evangélicos, confiados a mi alma por la Compasión Divina. Mientras tanto, tenga la seguridad de que no descansaré hasta que consiga afinar mis actividades con los ideales redentores que abracé.

El interlocutor no se alegró con mi argumentación. La lealtad de mis declaraciones disminuía su cólera. Escuchó,

enmudecido, y cuando se produjo el intervalo, consideró con menos ironía

Su caso, entonces, será como el del médico que debe restaurar primeramente su propia salud...

No niego semejante necesidad, añadí con sinceridad, haré todo cuanto sea necesario para lograr mi propio restablecimiento espiritual. En el servicio bien sentido y aplicado encontramos la corrección de nuestros errores y la redención del pasado, por más deplorable y delictuoso que sea. Tenga por cierto que el enfermo que no es egoísta, buscará remedio y recurso tanto para sí como para los demás. Persistiendo en su actitud, es usted quien se perjudica a sí mismo.

El desdichado, en una crisis de desesperación, me recordó en voz alta ciertas faltas cometidas por mí en mi última existencia. Pero, auxiliado por Órnelas, yo iba hallando medios de responder sin irritación, constructivamente.

Terminado el largo y desagradable diálogo en que me vi inesperadamente envuelto, aplicamos pases de socorro al hermano encarnado, que se mantenía en aflictivas condiciones de enfermedad y de embriaguez. Después de enorme rebeldía, el terrible perseguidor consintió en que yo orase, colocando su cabeza entre mis manos. Supliqué fervorosamente al Señor que nos amparase a él y a mí, para que ambos pudiéramos mejorar nuestros corazones y ascender en el conocimiento y en la práctica del bien.

Terminada mi primera práctica personal de servicio, el obsesor me miró de diferente manera. Ya no me parecía

tan agresivo. Se mostraba dispuesto a atender mi disposición fraternal. Viendo Órnelas que yo esperaba un éxito mayor, habituado como estaba a la acción inmediata de la Tierra, me sustrajo a mi expectación, exclamando:

No espere una rápida reacción de reajuste. Si la simiente exige tiempo, con el frío y el calor, con la lluvia y con el Sol, para germinar y producir, ¿cómo queremos exigir que de un momento a otro se obtenga la realización de espiritualidad en un ser que es eterno? Los resultados de la buena iniciativa pertenecen a Dios. Nos es suficiente, querido mío, el placer de servir. Volveremos sobre este caso en la primera oportunidad.

Admirado con la paciencia del compañero, lo seguí sin dudar.

INDICACIÓN SALUDABLE

Cuando el colega que iba con nosotros atendió por su parte a la tarea que se había propuesto, Órnelas percibió la tristeza que me acometiera súbitamente. En efecto, graves reflexiones acudían a mi pensamiento. Al final de cuentas, ¿quién había adoctrinado en este caso? ¿Había sido yo el que llevara socorro al espíritu infeliz, o fuera el espíritu sufriente quien me beneficiara con la verdad?

Un sombrío velo de preocupaciones descendiera sobre mí.

¿Cómo proseguir? No ignoraba que un grupo de cooperadores decididos y fieles esperaban mi concurso.

El compañero de más experiencia, comprendiendo cuanto pasaba por mí, se aproximó mientras regresá-

bamos, en plena noche, y me dijo con cautivadora inflexión de bondad:

— Jacobo: en todas partes nos hemos de ver enfrentados por nuestra propia conciencia. Si honramos a nuestros amigos por el incentivo y por el júbilo que nos proporcionan, agradezcamos a nuestros adversarios gratuitos la osadía con que nos ponen de manifiesto nuestras necesidades. Los que nos aman, destacan nuestras excelentes cualidades de servicio ya hecho, en la individualidad imperecedera; y los que no nos tienen estimación, indican, con ruda franqueza, las imperfecciones que aun conservamos con nosotros. Los que nos quieren y los que simpatizan con nosotros, se callan con respecto a las sombras que nos rodean, pero los contendientes y los desafectos, las develan en nuestro provecho, siempre que tengamos suficiente serenidad para buscar los intereses del Señor y no los nuestros. En su capacidad de tolerar las observaciones amargas, reside la base de su propia iluminación. El progreso es obra del esfuerzo mutuo. El hermano perturbado se benefició intensamente con su concurso valioso, y gradualmente fijará en él mismo la limosna recibida. Por tanto, no es razonable que Ud. pierda su parte. Conserve la enseñanza, medítela y guarde su valor. Es probable que Ud. se sienta ahora afrentado y herido; pero los días pasarán sobre los días, y más tarde, llegará a la conclusión de que no le hablo sin sólida razón.

El consejo refrescó mi alma dilacerada. Por primera vez comprendí que así como llega el momento en que los

jueces del mundo son juzgados por las obras que realizan, surge también el minuto en que los adoctrinadores de la Tierra son a su vez adoctrinados por los servicios que dejan de hacer.

19. LA SORPRESA SUBLIME

Aprender, será siempre valioso trabajo para el corazón.

Después de mi llegada, observando que el combate por la extensión del bien se desdobra en todas direcciones, creí en la posibilidad de proseguir en el mismo diapasón de actividad a que me consagrara en la Tierra.

La luz interior revelada por varios amigos, sin que la más mínima partícula apareciera en mí, constituyera la primera evidencia que sugería la modificación de mi actitud mental. ¿De qué me valdría la actividad en demasía sin probabilidades de realización benéfica?

Allí, el servicio se pautaba en líneas diferentes.

En el nuevo plano, la garantía del éxito permanece exclusivamente en el individuo.

Mi impulso de disputar cualquier tarea, había concluido.

Así como el vehículo necesita de combustible para desplazarse, de igual modo necesitaba yo del factor cualidad para la nueva lucha que comenzaba.

Tal impresión estaba mal esbozada en mí cuando el encuentro con el infeliz perseguidor me la impuso violentamente. De él había escuchado amargas referencias que dilaceraron mi ser. No obstante, reconocí tanto

provecho en las reprimendas recibidas, que juzgué precioso servicio continuar registrando las impresiones de las almas perturbadas, sobre mí mismo. ¿No sería esa la mejor forma de trazar con seguridad mi propio plano de realizaciones futuras?

Después de la muerte, el juicio, por desagradable que sea, es una bendición. Poco a poco, comprendí que era necesario oír con humildad, a fin de actuar con provecho.

El contacto directo con un obsesor vulgar, aclarara mi conciencia. El hiciera resaltar las sombras que aun me envolvían; sombras que los abnegados amigos de la primera hora velaban, movidos por la piedad evangélica.

Es imprescindible evitar la precipitación antes de emprender nuevas obras.

REAJUSTE

Deseando prepararme convenientemente para servir mejor, pasé a visitar solo, o acompañado de otros colegas, las más diversas asociaciones de espíritus endurecidos y sufrientes.

El Hermano Andrade, Marta y otros amigos que me otorgaban continua asistencia, atendiendo ahora a mis necesidades de adelanto, me dejaron bajo el exclusivo cuidado de la escuela de iluminación, que seguí frecuentando cariñosamente. Cada lección era nueva página de sabiduría reveladora, impulsándome al deseable progreso espiritual.

Procuraba, pues, en las demostraciones prácticas, despertar mis energías superiores, con la juvenil atención del universitario dedicado a los libros, interesado en organizar concienzudamente su propio futuro.

¿Era preciso buscar humildad en el auto-conocimiento, a través de las acusaciones merecidas o inmerecidas? No me faltaría valor para hacerlo.

Siempre que los intervalos naturales de los estudios y de las tareas del instituto iluminativo me favorecían, me dirigía inmediatamente a las zonas de los espíritus desviados, ejercitando mi capacidad de soportar.

De boca de innumerables infelices e ignorantes, escuché largas referencias a mis actos. Me criticaban acerbamente; discutían mis propósitos e intenciones. Antiguas faltas de épocas remotas, que yo suponía olvidadas, eran traídas a tono de los reproches verbales. Errores de la juventud, omisiones de la edad madura, gestos eventuales de aspereza, pequeñas promesas no cumplidas, problemas de sentimiento no liquidadas, todo, en fin, era puesto de manifiesto por los enemigos del bien, a los cuales me aproximaba en las mejores disposiciones de entendimiento fraterno.

En concordancia con las nuevas lecciones, almacenaba semejante material, con el cuidado del hombre prevenido que guarda linternas apropiadas para las horas oscuras. En muchas ocasiones, me aparté del campo de la lucha, bañado en lágrimas, considerando las alegaciones que me eran lanzadas al rostro. Pero. .. ¿Qué hacer? Ese,

sin duda, era el mejor camino para la identificación de los propios defectos y para lograr extirparlos.

Hay compañeros que no se resignan a ese género de esfuerzo; no obstante, para ganar tiempo, observé desde el primer momento que en ese proceso de aclaración es posible abreviar la propia renovación para el bien, y limitar grandes luchas.

VIVIENDO LAS LECCIONES

Por más de doscientos días, me había venido consagrando a la teoría de la iluminación en la escuela y a la práctica intensiva de las enseñanzas, junto a los hermanos desventurados, cuando cierta noche, de regreso al hogar espiritual, solo, fui asaltado por un furioso grupo de clérigos desencarnados, que evidenciaban, tanto en los gestos como en las palabras, profunda ignorancia y lamentable insensatez. Por lo que me pareció, venían intencionalmente a mi encuentro, intentando infundirme desequilibrio y terror. Embozados en capuchones tenebrosos, los conté uno a uno. Eran dieciséis figuras de aspecto siniestro. Se acercaron a mí, violentos y sarcásticos. Rememoraban los ataques que a veces hiciera yo a los clericales. Me cubrían de insultos y me amenazaban sin compasión. Recordé la antipatía que indebidamente tuviera para esa clase respetable, y satisfecho, me reconocí transformado, diferente. Aquellos puños cerrados y levantados contra mí, no me intimidaban

y no me sugerían reacción. Me hallaba tranquilo, aunque sorprendido.

Vinieron sí a mi memoria las lecciones evangélicas que aprendí a plenitud en el curso, y aislando mi mente de la gritería infernal, me puse en meditación.

¿No nos aconsejara el Señor, orar por los que nos persiguen? ¿No ejemplificara la permuta del bien por el mal? ¿No nos pidiera El ayudar a los enemigos y amparar a los que nos calumnian y odian? Además, ¿no eran aquellas almas dignas de ayuda y de piedad? Probablemente, distintas circunstancias habían conspirado en la existencia terrestre contra sus ideales dignos de mejor suerte. Si la Providencia Divina no me ofreciese recursos de más amplio conocimiento de la vida, si fuese obligado, en el inicio de la lucha humana, a retardarme en las fórmulas del fanatismo religioso, ¿habría logrado suficiente energía para liberarme? ¿Y si el eclesiástico hubiera sido yo? ¿Cómo habría soportado las disciplinas? ¿Habría tenido bastante valor para soportar los obstáculos impuestos por las vanidades de la posición concordante con los compromisos eclesiásticos? ¿Hubiera solucionado sin perturbaciones, los problemas del partidismo dogmático? Después de todo, ¿por qué irritarme? ¿Quién merecía más compasión, ellos que se hallaban en la desventura de ignorar al Cristo de la bondad y de la comprensión, o yo, que ya comprendía de algún modo la necesidad de trabajar, luchar y sufrir por la redención propia?

Sintiendo sinceros deseos de auxiliarlos, me entregué a la oración, no como otras veces que emitía palabras de elogio y de súplica con bases poco profundas en el sentimiento. Intentaba, con toda el alma, ser útil a aquella falange de entidades inconscientes. En realidad, no poseía nada de bueno en mí mismo; pero Jesús permanece rico de bondad y de ternura durante todos los días de la vida. Por tanto, nos atendería, vendría en recorro de nuestras necesidades.

Pasados algunos minutos, observé que, al contemplarme en oración, los circunstantes se apartaron un tanto, aunque continuaban acribillándome con denuestos y burlas.

Cuando me detuve en la rogativa al Divino Amigo, reportándome a las aflicciones que aquellas almas infelices deberían experimentar naturalmente, a lo largo del camino regenerador, y reflexionando sobre las angustias que sufren, un impresionante silencio se hizo en torno mío.

Nunca como en aquellos momentos me sintiera tan fuertemente interesado por alguien, como si estuviese disputando auxilio para hermanos o hijos de mi propio ser.

Cuando abrí mis párpados húmedos por la emotividad a la que la oración me había llevado, noté que los adversarios se apartaban cabizbajos y vencidos.

Procuré rogarles que volvieran, para conversar fraternalmente, pero la voz no lograba salir de mi garganta.

Había sobrevenido lo imprevisto.

Lleno de asombro, comprobé que una suave luz brillaba en torno mío.

¡Oh, Señor! ¿Cómo describir la conmoción del alma libre, a los compañeros que aun se encuentran prendidos a las limitaciones de la carne?

NUEVO DESPERTAR

Sorprendido con semejante luminosidad, me sentí sujeto al suelo. ¿Quién estaría irradiando luz a mi lado?

Cerré los ojos nuevamente para agradecer la presencia del benefactor que por cierto allí debía encontrarse junto a mí. No obstante, a pesar de reconcentrarme en mi propio "yo", seguía viendo los rayos de luz que se renovaban en lo íntimo de mi ser.

Intrigado, me refugié de nuevo en la oración, silenciosamente, cuando en medio de aquella masa de luz, distinguí a alguien que procuraba evidenciarse. Era Bittencourt Sampaio, estimulando mi corazón hacia el bien. No se revelaba tan nítido como en aquella noche inolvidable de nuestro encuentro en el santuario, pero no tuve dificultad alguna en reconocerlo.

— "Jacobo, me dijo después de pronunciar algunas palabras para saludarme y darme valor, no te admires de la claridad que te rodea.

Te pertenece. Nace de tus energías internas, orientadas ahora hacia la Bondad Suprema.

La concentración de amor verdadero produce bendita claridad en el alma. La luz es la sustancia divina generada en las fuentes superiores del Espíritu Eterno. Feliz de ti, que comprendiste sin tibieza la necesidad de arrojar los caprichos propios para que la Voluntad del Señor favorezca el santuario de tu conciencia.

La mente que arroja fuera de sí el oscuro y pesado material de los intereses poco dignos, se prepara valerosamente para lograr la celeste señal de la irradiación espontánea.

Las preocupaciones indeseables pasaron ya

Comenzaste a renunciar con sinceridad al "hombre viejo", y la "criatura nueva en Cristo", se va formando en tu corazón.

¡Bendita sea tu esperanza!

No te olvides de que el amor da siempre, principalmente de sí mismo, de sus propias fuerzas y alegrías.

Por ahora, los rayos de tu buena voluntad brillaron en las horas culminantes de la fe, por la concentración de poderes espirituales en la oración. ¡Y a medida que te recojas en el ejercicio legítimo del amor cristiano, en demostraciones genuinas de comprensión del Evangelio sentido, vivido y aplicado, controlarás tu capacidad irradiante, según el dictamen de la propia alma!

¡Ama sin pasión, espera sin angustia, trabaja sin expectativa de recompensa, sirve a todos sin preguntar, aprende las lecciones de la vida sin rebeldía, humíllate sin ostentación ante los designios superiores, renuncia a tus propios deseos, sin lágrimas tempestuosas y la voluntad

justa y compasiva del Padre, te iluminará constantemente el corazón fraterno y el camino redentor!

¡Ora, vigila, muévete en el esfuerzo digno y sé feliz, amigo mío!

¡Tu luz aumentará con la dilatación de tu devoción al Bien Infinito!"

¿Qué expresiones terrenales podrían expresar la sublime sorpresa que ofuscaba mi espíritu? No lograría contestar.

SABIO AVISO

Dulce e indefinible emoción me hacía curvar bajo el peso de lágrimas de reconocimiento y de júbilo. Observando que el mensajero continuaba en silencio a mi lado, esperando que yo hablara, recordé la enseñanza evangélica, y repetí las palabras:

— Hágase en el siervo la Voluntad del Señor.

Y vibrando en deseos de relatar mis nuevas experiencias a los compañeros de la retaguardia, supliqué lealmente:

— Bittencourt; amigo mío, en el plano terrenal, nuestros amigos tienen un concepto equivocado de elevación y de salvación. Muchos se creen privilegiados por poseer un simple título de creencia religiosa, y otros suponen que es suficiente cumplir con el deber de asistencia caritativa y mecánica para con el prójimo necesitado y sufriente, para subir inconscientemente a los

mundos felices. Pocos se cuidan en cuanto a la necesidad de perfeccionarse a sí mismos, con el fin de irradiar solamente el amor que el Maestro nos legó. ¿Me será permitido darles noticias de la nueva esfera? ¡Tal vez mi experiencia personal sea provechosa a algunos de ellos para que se decidan a practicar el Evangelio y a servirlo por encima de sí mismos, con olvido de la vanidad y del orgullo, del egoísmo y de la discordia que muchas veces nos queman el corazón!

— Sí, Jacobo, — concordó con la mayor atención, — serás autorizado para hacerlo; pero por ahora, contén los impulsos que te sugiere la iniciativa. Evita las referencias personales en tu correo fraterno. En muchas circunstancias, la cita de un simple nombre provoca enormes perturbaciones mentales en torno de la criatura a la que nos referimos. No intentes imponer convicciones a espíritu alguno, ni aun tratándose de los que amas profundamente. Cuenta tu caso a los que puedan oírte lejos de la curiosidad enfermiza que nunca se anima en el trabajo serio, sin olvidar la función del tiempo en la siembra de la fe. Aprende a esperar en el servicio edificante, impersonalizando las buenas obras. Cuidate del mal deseo de decirlo todo en un solo minuto. Hay distintas ocasiones para plantar y cultivar, coger y seleccionar. La verdad es como la luz, que no siendo convenientemente dosificada, puede cegar en lugar de iluminar. Transmite, pues, tus noticias, prudentemente, sin la presunción de obtener provecho y aceptación de inmediato, en la lucha humana; y cálmate sin demora, convencido de que toda

criatura, tal como aconteció con nosotros mismos, dejará un día el patrimonio de la carne con todo lo que supone en el campo de la ilusión educativa o en la sombra devastadora. Ayuda la planta para que se desarrolle y florezca, pero no violentes el germen, para que el fruto aparezca en el momento preciso.

Acto continuo, Bittencourt se despidió con palabras reconfortantes y amigas, dejándome en la consoladora certeza de que me sería posible instruir a los hermanos de lucha y de ideal, sobre las sorpresas que había encontrado después de la muerte.

¿Qué alegría mayor podría haber a mi corazón de luchador?

20. RETORNO A LA TAREA

El trabajo es una de las mayores bendiciones de Dios en el campo de las horas. En sus dádivas de realización para el bien, el triste se reconforta, el ignorante aprende, el enfermo se rehace, el criminal se regenera.

Ahora que sentía dentro de mí mismo algunos rayos de luz, trataba de penetrar la grandeza del acto de orar y de meditar.

Poco a poco, fui perdiendo el interés por las indagaciones de toda suerte, y cuando me hallaba en conversación con los amigos de mi nuevo círculo, sabía considerar la conveniencia de la palabra oportuna.

Comprendí que recibir distinciones es aumentar la responsabilidad individual, y por ello, aprendí a honrar al Supremo Poder sin solicitudes particulares en mi propio beneficio. Comprendí que practicar el bien, dando algo de nosotros mismos, en las adquisiciones de alegría y felicidad para los otros, es el don sublime por excelencia, y en razón de eso, me preparaba para ser más espontáneo y desinteresado en el concurso fraterno, más eficiente y pronto en la acción de servir.

Aquellas largas conversaciones sin ventajas fundamentales para la vida del espíritu, perdieron para mí la importancia que representaban en un principio cuando

interpelaba a Marta y al Hermano Andrade, sobre mil asuntos diferentes.

Soportaba con serenidad las cumplidas conversaciones sostenidas con entidades sufrientes, necesitadas de desahogo, valiéndome de tales ocasiones para suministrar enseñanzas redentoras a aquellos que se mostraban inclinados a ello, pero me sentía incapaz de tomar tiempo a los compañeros de servicio, con interrogaciones ociosas o prematuras.

Bezerra me aseveró, cierto día, que el entendimiento del alma es igual que una lente minúscula en el seno de la Infinita Obra Universal, y que el primer problema de la conciencia interesada en adquirir Amor y Sabiduría, no es el de inquirir, con infantilidad y desesperación, los patrimonios de la Vida: y sí el de enriquecer la lente de la propia comprensión, perfeccionando y dilatando su poder, con el fin de que pueda reflejar y diseminar la Eterna Grandeza del Señor, aprovechándola para sí y para los otros.

Acepté, feliz, el imperativo de recogimiento espiritual, y cuanto más buscaba atender la pequeñez de mi alma y mis gigantescas necesidades de auto-renovación, más confortamiento y paz obtenía de la oración, pues para mi pensamiento constituía ahora vigoroso manantial de recursos, de cuyas fuerzas irradiantes recibía dobladas posibilidades de emprender los servicios nuevos.

CONSEJO FRATERNAL

Sintiéndome incapaz de reiniciar la tarea, procuré a Bezerra para que me aconsejara.

El gran orientador me recibió con su habitual bondad y me explicó, gentilmente:

Jacobo, si nuestros hermanos ignorantes, di... pues de la muerte del cuerpo, la mayor parte de las v e ces prosiguen encadenados a las acciones ruinosas a que se dedicaron, nosotros a nuestra vez, continuamos en los servicios de espiritualización a que nos hemos dedicado devotamente . Nos sentimos abrasados en la sed de conquistar gloriosas cimas; pretendemos más luz, más alegría y vida abundante, como modo de enriquecer la estrada que trillamos. Entretanto, el milagro de nuestras antiguas concepciones terrestres no existe. El Cielo está suficientemente iluminado y jubiloso, tratando de arrebatarnos. Compete a nosotros mismos descorrer los velos de la sombra y eliminar las espinas del sufrimiento que surgen de nuestro desacuerdo con la Ley y conquistarlo, comenzando semejante servicio en nuestra propia alma. Su trabajo, pues, es de proseguimiento. Organice un entendimiento con los amigos de su buena tarea, y retorne a los procesos de auxilio. Cada sector de actividad cristiana, al lado de hermanos obsesados, enfermos, desorientados, ignorantes, criminales o infelices, tanto encarnados como desencarnados, representa un ángulo de la construcción de su propio paraíso. El espíritu vale por las expresiones divinas que puede

traducir en el propio camino, porque el Creador atiende a la criatura, a través de la criatura. Regrese, contento, a sus casos de socorro. Ellos representan su mejor oportunidad de servir al Señor. Ayudando, libertando e iluminando a los otros, usted auxiliará, mejorará y se engrandecerá a sí mismo.

Al hacerle algunas preguntas en relación con el hecho de volver a comenzar, me sugirió que me concentrase con atención para recordar todos los servicios de los últimos diez años, a fin de establecer un programa con criterio y método.

Terminado nuestro intercambio, me aislé para lograr la rememoración necesaria.

¡Con qué inmensa claridad recordaba los incidentes!

Tuve la idea de que un maravilloso disco de imágenes accionaba dentro de mi imaginación, proyectando lentamente sobre mi retina todos los cuadros vivos del último decenio.

Tomé nota de cuanto me era necesario para volver al ministerio que comenzara al abrazar los principios evangélicos en la esfera carnal.

Después, con la colaboración del Hermano Andrade, preparé una reunión con todos los cooperadores en unión de los cuales se desdoblarían, de ahora en adelante, mis humildes esfuerzos.

ANTE LOS NUEVOS SERVICIOS

La reunión con los amigos fue confortante e interesante. Tres cuartas partes de las entidades presentes habían estado unidas a mí, a través de los trabajos de adoctrinación en los círculos terrestres. Residuos renovados de antiguas agrupaciones de espíritus obsesores, incapaces todavía de sintonizarse con planos más elevados, buscaban en mí protección y amparo, temerosos de la influencia de malhechores crueles que los tiranizaban.

Guardaba conmigo la responsabilidad de haberles descubierto los horizontes de la vida superior, pero ellos continuaban necesitando el concurso de alguien que los ayudase en el desenvolvimiento de los recursos no muy complejos de que eran detentores, de igual modo que mi situación reclamaba compañeros para las obligaciones que debía desempeñar. Permanecíamos todos en la posición de los discípulos de buena voluntad que, no obstante la devoción a las lecciones, no consiguen actuar solos.

La palabra de los colaboradores, les exponía las esperanzas en el futuro, obligándome a reflexionar sobre los graves deberes que asumía. Esperaban la alegría de laborar en el propio perfeccionamiento. Disputaban fuerzas para la mejoría de sí mismos. Trazaban planes de servicio, con entusiasmo y con confianza. Se dirigían a mí, como si fuera para ellos un jefe seguro.

Las nociones de responsabilidad, penetraban mi fuero interno.

No recibía las confidencias de los amigos, con el fácil optimismo de otros tiempos. Recibía sus observaciones y opiniones, ponderando las dificultades que podían sobrevenir. Me hallaba realmente confortado, ante la posibilidad de absorberme en la acción constructiva; pero por dentro, me dominaban abrumadoras reflexiones.

Examinamos y discutimos varios casos de obsesiones, persecuciones y enfermedades, en cuya zona sombría deberíamos penetrar. Recordamos el imperativo de estimular la cooperación de diversos compañeros amenazados por las tinieblas del desánimo y de la discordia, con el fin de no inmovilizar la mente y los brazos entre los sufrientes del mundo.

El amigo Andrade, presente en la reunión, aseveró sensatamente que es tan difícil modificar las disposiciones de un espíritu perseguidor y vengativo, como levantar un hermano entregado al desaliento.

En esos momentos de sana fraternidad, recibí noticias directas de todos los procesos de socorro en los cuales tuviera la alegría de actuar en los últimos años, y, resumiendo largas demostraciones verbales, llegamos a la conclusión de que era imprescindible atacar el trabajo, sembrando el bien. La muerte no interrumpe el buen combate de la luz contra las sombras: lo intensifica dilatando además el conocimiento divino en torno del siervo laborioso y fiel. Constituiríamos, pues, un conjunto de servidores del Evangelio de la Redención, interesados en extenderlo dentro del más amplio dinamismo espiritual.

Residiríamos allí mismos, en el pequeño burgo en donde Marta me aguardaba llena de cariño y dedicación.

Con los recursos intercesores de Bezerra, todos nuestros problemas de localización y de movimiento de servicio fueron solucionados satisfactoriamente.

ASAMBLEA DE FRATERNIDAD

Fue así que designamos nueva fecha para trazar las bases definitivas de la diferente fase de trabajo.

En el día señalado para esa tarea de fraternidad, los árboles acogedores que rodeaban nuestra morada, se mostraban también más hermosos y más serenos, ofreciendo flores abiertas que parecían proclamar la esperanza en los frutos del porvenir. Pájaros alegres cantaban en las ramas, augurándonos sublime alegría.

Desde las primeras horas de la mañana comenzaron a llegar grupos de amigos. Los minutos se deslizaban encantadores, y de mí, no sabría explicar el júbilo que dominaba las fibras más íntimas de mi ser. Al anochecer, Bezerra, Sayáo, Guillón, Cirne, Ignacio Bittencourt, Rosenburg, Federico Junior, Ulises, Tosta, Casimiro Cunha, Baturra, Romualdo de Seixas, Petitinga, Emmanuel, André Luiz y muchos otros trabajadores del Cristianismo redivivo, en el Brasil, permanecían con nosotros, dando valor a nuestros corazones.

Iniciados los trabajos de comunión fraternal, diversos orientadores presentes nos exhortaron al ministerio de la

acción evangélica; y Bezerra de Meneses, haciendo el resumen, comentó la grandeza de la vida que se desdobra, infinita, en todos los ángulos del Universo y la divinidad del trabajo constructivo que nombró por la escala iluminada cuyos escalones nos conducen ante la Fuente Augusta de la Creación. Se extendió ampliamente sobre los servicios que nos competerían de ahora en adelante, y se refirió a los tesoros de buena voluntad, arrancándonos lágrimas de esperanza y de alegría. Por fin, en un gesto que provocó el contento general, invitó a André Luiz a hacer la oración para cerrar el acto, aludiendo a sus trabajos informativos sobre nuestra esfera de acción. El estimado médico de la espiritualidad se levantó y oró grandemente conmovido:

"¡Señor Jesús!"

Danos el poder de labrar nuestra propia conversión

Para que tu Reino de Amor sea irradiado

Del centro de nosotros mismos...

Contigo en nosotros Convertiremos

La tiniebla en claridad, El dolor en alegría,

El odio en amor,

La falta de creencia en fe viva,

La duda en certeza, La maldad en bondad,

La ignorancia en comprensión y sabiduría,

La dureza en ternura, La debilidad en fuerza,

El egoísmo en cántico fraterno,

El orgullo en humildad,

El torvo mal en infinito bien

Sabemos, Señor,

*Que de nosotros mismos
Solamente poseemos la inferioridad
De la que debemos deshacernos...
Pero, unidos a Ti,
Somos gajos fructíferos En el árbol de los siglos
Que las tempestades de la experiencia jamás
troncharán...
Así, pues, Maestro Amoroso,
Dígnate ampararnos
A fin de que nos elevemos
Al encuentro de Tus manos sabias y compasivas, Que
nos erguirán de la inutilidad. Para el servicio de la
Cooperación Divina, Ahora y para siempre. ¡Así sea!..."*

VOLVIENDO A COMENZAR

La oración terminó en un deslumbramiento de luminosidad y de alegría, extendiéndose más allá, de nosotros...

¿Qué podría decir, en señale agradecimiento? De mi júbilo, hablaban las copiosas lágrimas que brotaban de mis ojos.

Vinieran las despedidas, y al poco tiempo, mientras los compañeros de mi nueva lucha reposaban en el domicilio que abrigaría nuestro pensamiento orientador, me vi solo, bajo el arbolado bañado por la luna. En los cielos, brillaban aquellas mismas estrellas que, de cuando en cuando, me habituara a contemplar en la Superficie de la

VOLVÍ

Tierra, y, meditando, con el alma feliz, sobre el siguiente día en que volvería a tomar el mismo bendito trabajo que comenzara entre los hombres, rogué en silencio la bendición del Eterno, para que no me faltasen la luz y la paz, el equilibrio 'y el valor, en la tarea bendita de volver a comenzar.